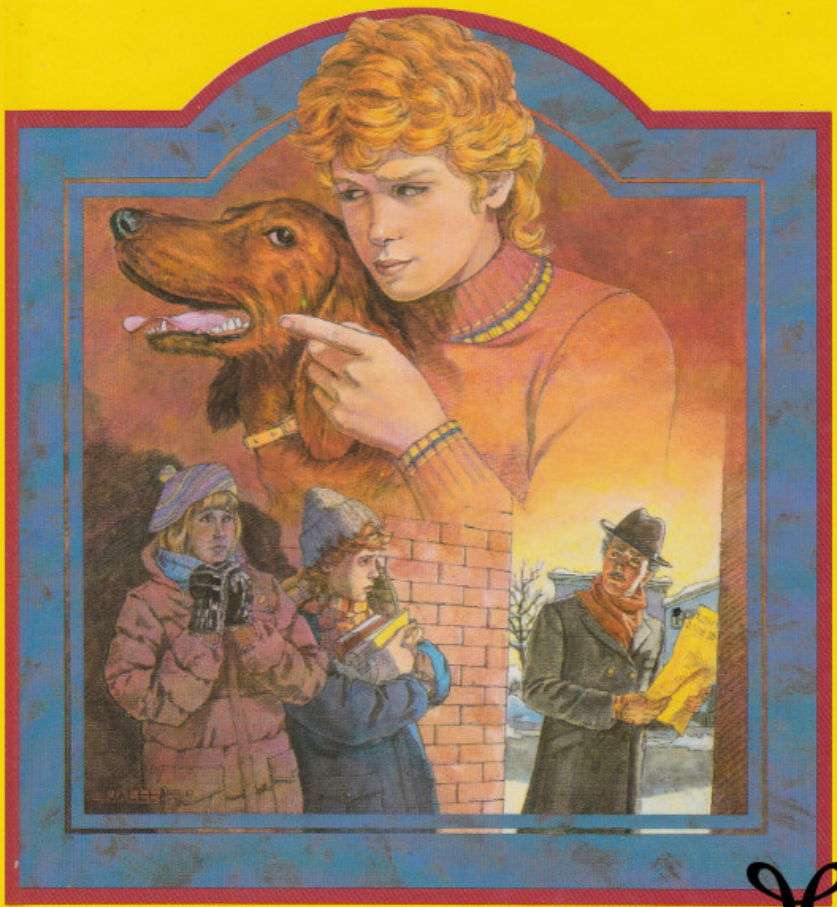
TRIXIE BELDEN

19

UN MISTERIOSO CONCURSO



Cuando un compañero de clase atrae la atención de Trixie hacia la situación de los pájaros locales durante el frío invierno, los Bob-Whites deciden organizar un concurso de animales para concienciar y conseguir dinero para alimentar a los pájaros. Sin embargo, no todo el mundo apoya la idea y el concurso es amenazado de sabotaje por varios frentes. Trixie sospecha del agresivo joven que lleva la Fundación Contra el Hambre en el Mundo, pero Trixie descubre que es culpable de un crimen mucho más serio y los Bob-Whites deberán mirarse a sí mismos y reconocer que sus acciones no ayudan a todos.

Kathryn Kenny

Un Misterioso Concurso

Trixie Belden 19

ePub r1.1
Titivillus 15.02.15

Título original: *The Pet Show Mystery*
Kathryn Kenny, 1985

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

Un invierno interminable • 1

—¡YA NO AGUANTO MÁS! —exclamó Trixie al entrar por la puerta de atrás de su vieja casa de campo—. No lo aguanto ni un minuto más.

La madre de Trixie abandonó un segundo lo que estaba haciendo, en la cocina, y miró a su hija, algo preocupada.

—¿Pasa algo, cariño? —le preguntó.

—El invierno. El colegio. La nieve. Los deberes. El aburrimiento —contestó Trixie de mal humor.

—¡Pero Trixie! —dijo Helen Belden—. Hoy ha sido tu primer día de colegio, después de dos semanas de vacaciones. ¿Ya te has hartado?

Trixie suspiró mientras se desabrochaba el abrigo. Lo colgó en una percha, y también la cartera, y luego entró en la cocina.

—Yo no sé por qué estoy aburrida, pero lo estoy. Puede que no

sea el colegio lo que me canse; debe ser este invierno tan terrible, tan interminable.

—Ha sido muy duro, sí —reconoció su madre.

—¿Duro? ¡Yo diría insufrible! —exclamó Trixie, mientras abría la nevera para coger la merienda—. Primero tuvimos esa tormenta de nieve tan intempestiva dos días antes del Día de Acción de Gracias. Y a los tres días, hubo otra. No dio tiempo ni a quitar la nieve, entre tormenta y tormenta. Y después, durante las dos semanas siguientes, hizo tantísimo frío que la nieve se hizo hielo y ya no hubo forma de quitarla. Y así estamos.

—Con todo este frío, y con toda esta nieve, no hay quien haga nada —prosiguió Trixie—. Y menos mal que han puesto un segundo autobús, más tarde, para que los que vivimos fuera de la ciudad podamos participar también en las actividades del colegio. Pero eso sólo nos ocupa una hora y media extra. El resto del tiempo tenemos que estar metidos en casa sin saber qué hacer —concluyó cuando ya se había sentado a la mesa para merendar.

—Me parece que exageras —dijo su madre—. Lo que te pasa es que los Bob-Whites, que normalmente estáis metidos en multitud de actividades, os desesperáis ahora porque no tenéis muchas cosas que hacer.

Pese a su mal humor, Trixie no pudo menos que sonreír. Los Bob-Whites de Glen (un grupo del que formaba parte Trixie y sus dos hermanos mayores, además de sus cuatro mejores amigos) eran, desde luego, un grupo muy activo.

Los dos lemas del club eran la diversión y la ayuda a los demás. Y el azar les hacía tropezar siempre con misterios que era preciso resolver. Al menos, Trixie insistía en que los líos surgían por casualidad. Sin embargo, sus amigos estaban convencidos de que era ella, Trixie, la que atraía hacia sí los misterios, como un imán. ¡Ah, sí, Trixie tenía que admitir que disfrutaba como una loca cuando se metían en algún jaleo!

—¡Jaleos! —dijo en voz alta, mientras preparaba rodajas de manzana, de pera y lonchas de queso en un plato—. Eso es lo que nos hace falta por aquí.

—Habla por ti —dijo la señora Belden. Después de estas vacaciones tan ajetreadas, me vendría muy bien un par de semanas tranquilas.

—Las semanas tranquilas se están convirtiendo en meses —dijo Trixie, que sólo veía el lado oscuro del asunto—. Ese es el problema.

Justo entonces se abrió de nuevo la puerta de atrás, y entró una figura envuelta en ropa hasta tal punto que ni siquiera se le veía el rostro.

—Tengo la solución a todos nuestros problemas —dijo nada más entrar—. La cibernética.

Trixie y su madre se miraron, perplejas, asombradas por el comentario, tan oportuno. Y las dos se echaron a reír.

—No le veo la gracia por ningún lado —dijo Mart mientras se quitaba el pasamontañas y se desabrochaba el anorak.

Trixie no necesitaba ver el pelo rojizo, los ojos azules, y las pecas de su hermano (tan parecido a ella) para identificarle. Mart era el único miembro de la familia Belden que utilizaba un lenguaje tan pomposo.

—No pasa nada —se apresuró a decir Trixie—. Pero bueno, cuéntanos eso de la «energética», y cómo va a solucionar nuestros problemas.

—Ci-ber-né-ti-ca —repitió Mart, más despacio—. Sistemas de control de la comunicación electrónica. O computadoras, para los no iniciados.

—Ya lo sé; te apuntaste a un curso de programación de computadoras este semestre —dijo la señora Belden—. Veo que de momento te lo estás pasando bomba.

—La diversión es sólo una parte. Mi interés central se basa en mi enriquecimiento cultural —dijo Mart, con pedantería—. Hoy he tenido mi primera experiencia directa con la alta tecnología. Y ya puedo sentir los parámetros de mis conocimientos expandiéndose a saltos cualitativos.

—No lo aguanto —dijo Trixie—. De verdad que no lo aguanto.

En ese momento entró Brian Belden. Tenía la punta de la nariz y las orejas rojísimas, y le brillaban los ojos.

—Dejadme que adivine. Mart os estaba contando lo de su vasta experiencia con las computadoras… unos veinte minutos, en total.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Trixie haciéndose la sorprendida.

—Está clarísimo —dijo Brian—. No me ha hablado de otra cosa

en todo el camino. Hasta me arrepentí de no haber cogido el autobús, en vez de llevarme el coche para poder dar una vuelta al final de las clases.

—Obviamente, ninguno de vosotros entrevé las posibilidades —dijo Mart—. Con esto, seré un tesoro más efectivo para los Bob-Whites. Podré seguir el rastro a nuestras transacciones, llevar a cabo análisis financieros prospectivos, planear proyectos a largo plazo…

—¿Y vas a hacer todas esas cosas? —preguntó Trixie—. El tesoro de los Bob-Whites no tiene nunca más de cinco dólares. ¡Y sería una lástima desperdiciar la energía de un ordenador en eso!

—No has cogido aún los entresijos de la teoría de control —dijo Mart levantando el dedo índice.

Después, cogió con una mano toda la fruta y queso que pudo, y la cartera con la otra.

—No desperdiciaré más tiempo tratando de explicároslo; tengo cosas más importantes que hacer.

—Y yo también —dijo Brian—. Claro que yo no tengo clases tan interesantes… lo mío son las viejas ciencias, las matemáticas, la historia, y la literatura. Aunque puedo dedicarme a todo eso con el mismo entusiasmo.

Y levantando sus libros de la mesa, donde los había dejado, siguió a su hermano escaleras arriba.

La charla fugaz con sus hermanos hizo que Trixie casi se olvidara del aburrimiento. Pero en cuanto estos salieron de la cocina, volvió a sentirse desolada.

—Supongo que yo también tendré que ir a estudiar —dijo, pero sin hacer el menor intento de coger la cartera. De pronto, se le ocurrió preguntar—: Mamá, ¿puedo ir a Manor House, a ver a Honey?

—Pero si habéis venido juntas en el autobús —dijo la señora Belden.

—Ya lo sé, pero en el autobús no podemos hablar. Está lleno de gente, y se oye siempre mucho ruido. Si veo a Honey, me animaré un poco. ¡Por favor! Estaré de vuelta para la cena, lo prometo.

—De acuerdo —dijo la señora Belden—. A lo mejor te levanta el ánimo, que falta te hace.

—¡Cómo lo sabes! —exclamó Trixie. Salió corriendo hacia la puerta de atrás, y se puso las botas y el abrigo. Luego dijo adiós y se

fue.

El frío le cortaba la piel como un cuchillo. Para llegar hasta la carretera, desde su casa, Crabapple Farm, no tenía más remedio que ir contra el viento, por lo que pronto sus ojos se llenaron de lágrimas, y comenzó a dolerle la frente.

Puede que no fuera una idea tan buena —pensó—. *Sobre todo teniendo en cuenta que el sendero que lleva de Crabapple Farm a Manor House está in transitable, por la nieve, y hay que dar un rodeo por Glen Road.*

Cuando llegó a Glen Road, tomó el desvío para Manor House. El viento cambió de dirección, y de nuevo la atacó de frente. Caminó cabizbaja, mirando cómo sus botas se hundían en la nieve.

Al levantar la vista, vio algo oscuro a un lado de la carretera, a varios metros de donde estaba. Cerró los ojos para quitarse las lágrimas y poder distinguir qué era. No era una rama pues su perfil no era tan concreto. Y no era tampoco uno de esos buzones rurales… porque entre Manor House y Crabapple Farm no había ninguno.

Finalmente, Trixie empezó a formarse una idea sobre lo que podría ocultarse bajo aquella extraña forma.

Parece algo así como un animal de cuatro patas —pensó—. *No… quizá no. Es una persona, andando a gatas. Pero ¿qué puede estar haciendo alguien andando a gatas a un lado de la carretera?*

—¡Oh, no! —gritó—. ¡Tal vez ha habido un accidente, y el coche se ha ido sin parar!

Y se acercó lo más deprisa que pudo.

Al llegar junto a la persona, esta empezó a levantarse, lenta y torpemente.

No hay que levantarse nunca, si se está herido —pensó Trixie, nerviosísima, recordando el cursillo de primeros auxilios.

Aceleró los últimos metros y se agachó, alargando una mano.

—¡Deje que le ayude! —dijo.

Sorprendida al oír tales palabras, la persona se volvió bruscamente, tropezando con los brazos extendidos de Trixie. Algo cayó a la nieve dura, y al golpe suave siguió una lluvia de bolitas doradas.

—¿Qué crees que estás haciendo? —preguntó la voz, que era de mujer.

Llevaba puestos unos pantalones de tela gruesa, una trenca con capucha, y un gorro.

—Yo… yo sólo quería ayudarte —balbució Trixie, sorprendida por el encuentro—. ¿Estás herida?

—El choque no ha sido muy fuerte —dijo la chica—. Pero se me ha caído todo el maíz, eso es todo.

—No, me refiero a antes. Te vi a gatas, y pensé que estabas herida —explicó Trixie.

—Oh —exclamó la chica comprendiéndolo todo—. Ya entiendo por qué pensaste eso. Pero yo he pasado mucho tiempo andando a gatas por esta carretera, y a nadie ha parecido importarle nunca.

—¿De veras? —dijo Trixie observando su mirada inexpresiva—. ¿Dices que te has pasado mucho tiempo andando a gatas por aquí? ¿Por qué?

—Dando de comer a los pájaros. Eso era un cuenco de maíz machacado, que se me cayó al suelo al tropezar contigo.

—Perdona —dijo Trixie disculpándose—. ¿Y cómo es que estás aquí, dando de comer a los pájaros? Nosotros les ponemos muchísima comida en cuencos, en el patio de atrás.

—Pero esa comida no es para estos pájaros —dijo la chica—. Esto es para faisanes o codornices. Esas aves sólo comen en el suelo, no en cuencos artificiales. Pero como ha caído tanta nieve, el suelo está todo cubierto, y los pájaros no encuentran comida. Están muriendo a mansalva.

—Es curioso —dijo Trixie— pero a mí me parece haber visto este invierno más faisanes que nunca…

—Claro —dijo la chica—. Están tan muertecitos de hambre que salen de sus guaridas en busca de comida, a la carretera.

Ah, y por eso estás poniendo ese maíz por aquí —concluyó Trixie, creyendo haberlo entendido al fin.

—Tengo diez zonas de alimentación en un radio de tres millas, a lo largo de Glen Road. Y otras diez en la Carretera del Viejo Telégrafo. Todos los días salgo a cubrir alguna zona. No es mucho, pero tampoco puedo hacer más.

—Yo creo que lo que haces es maravilloso —dijo Trixie sinceramente—. Ha sido un invierno muy duro. Recorrer a pie tres millas todos los días, con este frío, es digno de admiración.

—Pero los pájaros siguen muriéndose, por mucho que haga —dijo ella con amargura—. Necesitan mucha más comida.

—Pero si haces todo lo que puedes… —insistió Trixie—. A mí me parece fantástico.

La chica se encogió de hombros; eso no era un consuelo para ella.

—Ya lo sé, pero no es bastante —insistió.

Hubo un silencio incómodo. Trixie no sabía qué decir; todo parecía volverse en su contra, como un boomerang.

—Me llamo Trixie Belden —dijo al fin.

—¡Ah! ¡Hola! ¡Creo que te conozco!

Trixie se dio cuenta de que había hablado con demasiada confianza. Algo en la frialdad seca de Norma le empujaba a hacerlo. Lo malo era que apenas conocía a Norma Nelson. Al oír su nombre, recordó haberla visto en los pasillos del instituto de Sleepyside, pero Trixie se acordó de que jamás habían cruzado ni una palabra.

—Tengo que irme —dijo Norma—. Está oscureciendo.

—¿Me dejas que te ayude con el resto de la comida? Por mi culpa te has retrasado, ¿no? —dijo Trixie tratando de ser amable.

—Ya me las arreglaré yo solita —contestó Norma con ironía.

Y Norma Nelson recogió su bolsa de maíz y una caja con cuencos de plástico. Sin decir adiós, se alejó por donde Trixie había venido.

La idea de Patch • 2

TRIXIE observó un momento a Norma antes de dar la vuelta y proseguir su camino hacia Manor House.

Ni siquiera sé dónde vive Norma —pensó—. *Debe vivir en la ciudad; si no, la habría visto en el autobús del colegio. ¡Se necesita valor para venir hasta aquí todas las tardes, con este frío!*

—Tienes razón —exclamó Honey Wheeler cuando Trixie le contó lo que le había sucedido con Norma Nelson—. Aunque me sorprende. Con lo calladita y tímida que parecía Norma.

—¿La conoces? —preguntó Trixie.

Honey movió la cabeza, y sus cabellos rubios, de color miel, le acariciaron los hombros.

—Una vez fuimos juntas a un curso de inglés —empezó a contar —. Ella nunca levantaba la mano, y cuando el profesor la llamaba, siempre había una pausa larguísima. A veces pensaba que Norma no iba a decir nada en absoluto. Pero no, siempre acertaba la respuesta. No es nada tonta. Lo que pasa es que es muy tímida.

—A mí me resulta difícil imaginarme como una persona tímida. Ese nunca ha sido uno de mis problemas —dijo Trixie, riéndose de sí misma.

Honey, sin embargo, permaneció seria.

—Pues yo sí que me imagino así. Es más, me acuerdo de cuando me daba miedo de todo. Y no es nada divertido, puedes creerme.

Las dos guardaron silencio unos segundos, recordando los días en que Honey Wheeler se mudó a Manor House, muy cerca de Crabapple Farm. Era la hija única de unos padres millonarios que se pasaban la mayor parte del tiempo viajando, y se había criado en internados. Casi todos sus problemas eran consecuencia de no haber tenido un hogar, con amigos de verdad y vecinos con quienes relacionarse.

Al darse cuenta, los Wheeler compraron Manor House, con sus caballos, sus cuadras, y cientos de acres de reserva forestal. También contrataron a la señorita Trask, una de las profesoras de Honey en el internado, para que viniera a administrar la hacienda.

A los Wheeler les salió todo muchísimo mejor de lo que

esperaban. El éxito se debía sobre todo a los Belden, que desbordaban vitalidad, y que, además de ser los vecinos más próximos, llegaron a convertirse en los mejores amigos de Honey.

Para que las cosas fueran todavía más «perfectamente perfectas», como Honey solía decir, poco tiempo después de que Trixie conociera a Honey, las dos chicas conocieron a Jim Frayne, un pobre huérfano que tuvo que huir de su cruel padrastro y se encontró con la herencia que por derecho le correspondía. Los Wheeler lo adoptaron como hijo suyo.

En pocos meses, Honey había conseguido un verdadero hogar, amigos de verdad, y hasta un hermano mayor.

—El venir a Sleepyside fue para mí como empezar una vida nueva —dijo Honey en voz alta.

—Y para mí también —dijo Trixie—. Ya sé que tengo dos hermanos mayores y otro más pequeño pero, aun así, de vez en cuando me he sentido sola. Pero desde que tú Hegaste, eso no me ha vuelto a pasar.

—Y estoy segura de que eso se lo debes en parte a mi hermano Jim —dijo Honey en broma.

Trixie sonrió. Las cosas, entre ella y Jim, eran «distintas», «especiales», y los demás Bob-Whites lo sabían muy bien. Pero Trixie todavía no había querido ser consciente de esos sentimientos, ni siquiera a solas.

—Puede que me pasara al ayudarte a vencer la timidez —dijo Trixie—. Ahora te metes conmigo con la misma saña de Mart o de Brian.

—Nunca podría meterme contigo con la misma saña de Mart —replicó Honey—. Desde luego, jamás diría algo tan molesto como eso de llamarte «Beatrix».

—¡Ah! —exclamó Trixie arrugando la nariz al oír su propio nombre—. Bueno, cuando él lo hace, siempre puedo contestar diciéndole que él y yo somos «casi gemelos». No puede soportar la idea de ser solamente once meses mayor que yo.

—Sí, siempre intenta comportarse como si fuera mucho más mayor, y más sensato —señaló Honey—. Y, por su modo de hablar, está claro que parece tener bastantes años más.

—¡Deberías oírle ahora! —dijo Trixie—. Está asistiendo a un curso de ordenadores este semestre, y llegó a casa hablando como

un «disquet».

Trixie suspiró y se apoyó contra la pared diciendo:

—En cierto sentido, sin embargo, envidio a Mart. Él tiene su clase de informática todos los días, y con eso es feliz. Pero ¿y yo?, ¿a mí qué me queda? Nieve, hielo y frío. ¡Uf!

—Te comprendo perfectamente —le dijo su amiga—. Cuando estuvimos recorriendo el norte del Estado, buscando a mi hermano, yo tuve la sensación de estar haciendo algo importante. Y no hay nada igual a eso.

—¡Eso es, exactamente! —dijo Trixie—. ¿Lo ves? Ya sabía yo que tú me entenderías. Y parece que eres la única. No puedo creer que no haya nada importante que hacer en este mundo en todo el invierno. Lo que nos falta es valor para salir al frío y hacer lo que sea necesario.

—Lo mismo que Norma Nelson, ¿eh? —preguntó Honey con perspicacia.

—Sí, justo… Honey, ¡se me está ocurriendo una cosa! ¿Por qué no nos dedicamos, también los Bob-Whites, a dar de comer a los pájaros? —dijo Trixie con entusiasmo.

—Me parece una idea estupenda —dijo Honey—. Aprovecharemos el dinero que nos quede en las arcas del club para comprar maíz machacado. Podemos iniciar nuestra ruta donde Norma acaba, ya que nosotros vivimos más lejos.

Trixie empezó a pensar el modo de llevarlo a cabo.

—Eso no bastará. Si sólo hacemos un par de rutas, terminaremos tan desmoralizados como Norma Nelson. Hay que implicar en esto a un montón de gente. ¿Te imaginas si convencemos a toda la gente de Sleepyside para que alimente a los pájaros? —preguntó ilusionada.

—¡Podríamos salvarlos a casi todos! —dijo Honey—. Pero ¿cómo vamos a hacer eso?

—No lo sé, pero ya pensaremos en algo. Te diré una cosa; voy a hablar con Mart y Brian. Mañana, en el colegio, se lo diremos también a Di y a Dan.

Diana Lynch y Dan Mangan eran los dos Bob-Whites que se habían incorporado al grupo recientemente. Solían tener un montón de trabajo, de forma que el tiempo que podían invertir en los proyectos del club era limitado…

—Luego podemos encontrarnos aquí, mañana, después de la cena —dijo Trixie levantándose y cogiendo su abrigo—. Ahora tengo que irme; es la hora de cenar. Te veré mañana, en el autobús. A lo mejor, para entonces se me habrá ocurrido algo.

—O a mí —dijo Honey—. ¡Qué bien!, Trixie. Ya incluso hace mejor tiempo y todo.

Durante la cena, aquella noche, Trixie habló a su familia sobre la necesidad de salvar a las aves salvajes.

—Según Norma, están muriendo a miles. Hay que hacer algo —comentó muy preocupada.

—Miles son muchos —dijo solemnemente Bobby, el hermano de Trixie, que tenía seis años—. ¿Puedo ayudarte a salvar a los pájaros, Trixie?

—Claro que sí —le contestó ella sonriéndole—. Todos pueden ayudar. Lo que todavía no sabemos es cómo.

—¿Y por qué no le preguntas a Norma Nelson si tiene alguna idea? —preguntó Brian—. Después de todo, ella ha estado trabajando en esto desde hace mucho tiempo. Tal vez haya pensado en enfocarlo de otra manera, pero le dé vergüenza pedir ayuda a alguien.

—¡Esa es una idea fantástica, Brian! —exclamó Trixie—. Lo haré. La próxima vez que vea a Norma en el colegio hablaré con ella de esto.

Cuando vio a Norma entre clase y clase, a la mañana siguiente, Trixie fue corriendo a saludarla.

—Hola, Norma —dijo, deteniéndose en medio del pasillo, que estaba atestado de gente. Incluso allí dentro Norma caminaba con parsimonia. Decenas de estudiantes pasaban a su lado, riendo, dándose empujones…; pero ella siguió su camino, mirando al suelo, como si estuviese completamente sola en Glen Road.

Trixie contó a los demás Bob-Whites el incidente por la noche, en el estudio de casa de Honey. Un cazo de jugo de manzana calentito, condimentado con canela y clavo, atraía a todos alrededor de la mesita del café. Junto a él, había una bandeja repleta de galletas de harina de avena.

—¿No es increíble? —dijo Trixie—. Ella debió haber adivinado que yo quería decirle algo. Pero, sin dar explicaciones, se largó y me dejó allí plantada. ¡Vaya unos modales!

—En cierto modo, has tenido suerte —dijo Mart—. He llegado a la conclusión de que es mejor ser ignorado por un experto que ridiculizado por él.

—Tengo la impresión de que ya no estamos hablando de Norma Nelson —dijo Brian.

—De Gordon Halvorson —dijo Mart—, de mi clase de informática. Su padre es programador de ordenadores, y tienen un ordenador en casa prácticamente desde que inventaron esos trastos. Como sabe tanto, yo creí que podría ayudarme. Le hice un par de preguntas, y se ha convertido en mi instructor particular; no me lo puedo quitar de encima ni un segundo.

—¿Y eso te parece mal? —preguntó Di Lynch—. Estoy segura de que una ayuda así me vendría como anillo al dedo, en una clase como esa.

—Pero si él no me ayuda —dijo Mart—. Sólo se dedica a dar órdenes. Me indica cada tecla que hay que tocar antes de que pueda averiguarlo por mí mismo. Y así no se aprende nada.

—Bueno —dijo Trixie—. Mart no puede contar con Gordon, y nosotros no podemos contar con Norma. Tendremos que pensar algo nosotros solos.

—Bien, de acuerdo —dijo Jim, adoptando un aire formal—. Para empezar, vamos a ver quiénes son nuestros aliados naturales en un plan para salvar a los pájaros. ¿Alguien puede aportar alguna idea?

—Cualquiera que ame a los animales —sugirió Di.

—Hay que ser un poco más específicos —dijo Jim—. Cualquiera que ame a los animales… cualquiera que ame a las aves de caza. ¿Qué os parece alguna asociación de cazadores?

—¿Estás diciendo que acudamos a los cazadores de pájaros para que nos ayuden a engordarlos este invierno, para que ellos puedan cazarlos en el otoño? —preguntó Trixie, indignadísima.

—No seas tan cabezota, Trix —dijo Brian—. Los cazadores responsables no hacen ningún daño a los pájaros. Y les encantaría salvar a más pájaros de los que pudieran matar en su vida.

—Bueno, vale —dijo Trixie—. ¿Y cómo nos ponemos en contacto con los cazadores?

—A través de sus perros de caza —dijo Dan—. El perro de aguas de Jim, Patch, es un perro de caza. Y el vuestro, Reddy, es un setter… otro perro de caza. Y sé que los que entrenan a esos perros

están muy bien organizados. Estarán en la guía telefónica.

—En principio, parece una idea excelente —dijo Mart—. Pero me veo obligado a hacer una pequeña objeción. Reddy tal vez tenga la herencia genética de un perro de caza, pero su carencia absoluta de entrenamiento lo hace tan inútil para la caza como para cualquier otra cosa.

Hubo una explosión de carcajadas entre los Bob-Whites. Nadie podía contradecir a Mart. El setter irlandés era encantador, y lleno de energía, pero solía invertir toda su energía en hacer diabluras, en lugar de utilizarla en cosas más prácticas.

—También podríamos contactar con la oficina del doctor Chang —dijo Dan—. Es un veterinario buenísimo. Y todos los amantes de los animales de la ciudad acaban acudiendo a él tarde o temprano.

—Y hasta puede que el doctor Chang nos deje meter en el sobre de sus facturas una carta explicando a la gente el problema —propuso Di.

—¡Fabuloso! —dijo Trixie—. Más ideas, venga.

—Eso —dijo Honey—. Y haría falta montar algo aparatoso, para que la gente se entusiasme con esto de salvar a los pájaros.

—Eso es exactamente lo que yo iba a decir —dijo Trixie a Honey.

Luego, añadió, volviéndose hacia los otros Bob-Whites:

—Algo que llame la atención de los amantes de los animales de todo el mundo. Pero ¿qué?

Sin dar lugar a que nadie respondiera, Patch abrió la puerta del estudio y, meneando la cola, se paró junto a su dueño. Al contrario de lo que ocurría con Reddy, Patch estaba muy bien enseñado. A una palabra de Jim, Patch se sentó obedientemente, jadeando en silencio mientras Jim le rascaba detrás de la oreja.

—Mirad… Patch ha acudido a tu llamada a los amantes de los animales —dijo Jim—. Y desde luego a nadie le gustan tanto las aves de caza como a Patch. Tú ayudarías si pudieras, ¿verdad, Patch?

—¡Ya lo creo que puede! —gritó Trixie.

Asombrados, todos (incluido Patch) se volvieron para mirar a Trixie. Había dejado su taza de jugo de manzana y se puso de pie. Por el brillo de sus ojos todos comprendieron que Trixie había tenido en ese momento una de sus geniales ideas.

—Eso es precisamente —dijo Trixie, algo más tranquila—. Patch puede ayudarnos a salvar a las aves de caza. ¡Y también Reddy, aunque no lo creáis!

Los Bob-Whites en acción • 3

LAS PALABRAS DE TRIXIE produjeron un silencio abrumador. Ninguno se atrevió a decir ni una sola palabra; incluso Trixie prefirió disfrutar de esa atmósfera que ella misma había creado.

También Honey, que normalmente solía leerle el pensamiento, estaba perpleja.

—¿Cómo van a ayudarnos Patch y Reddy a salvar a las aves de caza? —preguntó, por fin, Honey.

—De una forma muy sencilla; participando en el concurso de animales domésticos que organizaremos para sacar dinero y hacer público el problema de las aves de caza —dijo Trixie—. Daos cuenta de que los que paguen para entrar a ver el concurso, y los que paguen para que sus animales participen, lógicamente serán amantes de los animales. Así que no sólo querrán contribuir, con gusto, a una buena causa, sino que además será a ellos a quienes habrá que decir que es necesario alimentar a las aves de caza.

Casi de inmediato, Honey exclamó:

—¡Ay, Trixie, eso sí que es una idea magnífica! ¡Es genial, es fabulosa!

—¿Pero podremos hacerlo? —preguntó Jim, que era algo más realista—. Es un proyecto de envergadura.

—No es de mayor envergadura que la exposición de antigüedades o que el carnaval de hielo que montamos hace tiempo, y los dos nos salieron muy bien —afirmó Honey.

—Sí; y yo diría que los elementos básicos son los mismos —dijo Mart—. Habrá que poner una fecha, buscar un lugar donde celebrar el concurso, y hacer carteles y octavillas de propaganda. Y, claro está, habrá que contar con los animales. Aunque eso no será difícil.

—¿Lo veis? —dijo Trixie—. Mart está de acuerdo conmigo. ¡Y, por supuesto, eso significa que todo irá sobre ruedas!

—No estarás pensando en un concurso de animales formal y serio… Lo digo porque nosotros no tenemos la experiencia para montar una cosa así —dijo Brian.

—¡Cielos, no! —dijo Trixie—. Este será un plan divertido, con premios para el animal más pequeño, para el más grande, para el

más cariñoso, para el más raro. Desde luego, nada formal, nada serio.

—Pues casi mejor, porque el animal del clan de los Belden no es ni formal ni serio —dijo Mart.

—¿Vais a apuntar a Reddy como «el más incansable»? —dijo Honey riéndose.

Todos los Bob-Whites, excepto Jim, se rieron también.

—Si los Bob-Whites somos los patrocinadores del espectáculo, más nos valdrá no participar con ningún animal. No sería prudente, y menos si por cualquier circunstancia ganáramos algún premio.

—Me parece bien —opinó Trixie—. Reddy, en casa, es un bicho. Pero lo que es en público… en público Reddy se pone insoportable.

—Vale, pues empecemos a hacer planes —dijo Jim mientras se acercaba a la mesa para coger un cuaderno y un lápiz—. Primero, hay que pensar en el sitio.

—¿Qué os parece el gimnasio del colegio? —sugirió Trixie.

—Le preguntará mañana al director. Casi seguro que nos dice que sí —dijo Jim mientras tomaba nota de la sugerencia.

—¿Y cuánto tardaríamos en organizarlo? —preguntó Dan Magan —. Las aves están en peligro ahora.

Jim ojeó el calendario.

—Tendrá que ser algún sábado —dijo—. Y necesitaremos un par de sábados antes del espectáculo, para dar tiempo a que la gente se apunte. Así que yo diría que, como pronto, dentro de dos sábados.

—¿Tanto? —preguntó Trixie, desalentada—. Miles de pájaros habrán muerto para entonces.

—Te olvidas de una de las mayores ventajas de este plan —le dijo Honey—. La idea no consiste sólo en sacar dinero, sino sobre todo en concienciar a la gente. Y eso lo empezaremos a hacer tan pronto como colguemos el primer cartel. Al mismo tiempo que digamos a la gente que apunte a sus animales al concurso, les animaremos a dar de comer a los pájaros.

—Tienes razón —dijo Trixie esbozando una ligera sonrisa—. Pero por lo que veo la publicidad será mucho más importante en este asunto que en los otros que hemos organizado. Habrá que hacer carteles de lujo… y a montones.

—Por suerte, conocemos a un artista excelente —dijo Brian.

—¡Claro! ¡Nick Roberts! —dijo Trixie—. Hablaré con él mañana.

—En realidad, ya se me había ocurrido el nombre de Nick Roberts, pero en otro contexto —dijo Mart—. Ya se ha mencionado que habrá muchos premios, y lo más apropiado será entregar cintas y trofeos.

—Y la Tienda de Trofeos de Roberts es la mejor de la ciudad para eso —concluyó Brian, que estaba muy ilusionado.

—Esto va cada vez mejor —dijo Trixie—. Y no olvidemos la idea de incluir una carta en las facturas que el doctor Chang envíe, que, además de ser una invitación para que la gente dé de comer a los pájaros, ¡también lo será para que participen en el concurso! ¡Eh! ¿Y qué os parece si pedimos al doctor Chang que sea él el juez?

—Buena idea —dijo Jim apuntando rápidamente la propuesta.

—Estoy deseando empezar —dijo Honey.

—Me parece muy bien, porque ya estamos en marcha —dijo Jim, mostrando el cuaderno, lleno de anotaciones—. Y si el concurso va a ser dentro de dos semanas, tendremos que empezar a actuar ya mismo.

Antes de terminar la reunión, hicieron una lista que incluía las siguientes tareas: hablar con el director del colegio, ponerse en contacto con Nick Roberts y con el doctor Chang, y conseguir el permiso para montar un puesto publicitario en el Mercado de Sleepyside durante los dos sábados siguientes.

Acabada la reunión, Mart, Brian, Dan y Di fueron a casa. Trixie se quedó con Honey para redactar el texto de los carteles y octavillas.

—Hace falta un eslogan. Algo como «Ayudad a nuestros amigos voladores» —dijo Trixie arrugando la nariz—. Algo por el estilo… pero que no sea tan cursi.

—Las dos cosas hay que incluirlas… lo de ayudar a las aves de caza y lo de participar en el concurso —dijo Honey—. Tú lo dijiste muy bien al decir que Patch y Reddy podían ayudar a salvar a las aves de caza. Eso lo pensamos enseguida. El problema está en cómo le cuentas eso a la gente que no conozca a Patch o a Reddy.

Trixie se quedó mirando a su amiga. Luego arrancó una hoja del cuaderno y se puso a garabatear en un papel en limpio. Poco después, entregó el cuaderno a Honey.

Y Honey se echó a reír.

Lo que Trixie había dibujado era un perro de palotes, con su

cola, y con sus orejas caídas, y un hueso en la boca. El perro le llevaba el hueso a un animalillo diminuto, de dos patitas, con una especie de peluca rizada… CONTRIBUYE A QUE TU ANIMALITO AYUDE A LAS AVES DE CAZA HAMBRIENTAS.

—Me va a dar vergüenza enseñarle esto a Nick, siendo como es él un artista de primera —dijo Trixie.

—Pues no tengas ninguna vergüenza. Si no reconoce el talento que tiene, esto le recordará lo mucho que vale —dijo Honey con la sutileza que le caracterizaba, aunque el brillo de sus ojos indicaba claramente que estaba bromeando.

Los Bob-Whites encontraron a Nick Roberts en el taller de arte del colegio, a la mañana siguiente, antes de las clases.

—Muy bueno —dijo Nick cuando Trixie le enseñó el boceto—. Creo que con esto podré hacer algo que nos quede bien. Y lo del concurso de animales domésticos es una buena idea. Vi un artículo en el periódico sobre la tragedia que están sufriendo las aves de caza, y he estado pensando en ayudar sin saber cómo. Se me había

ocurrido donar algunas cintas y trofeos para los premios del concurso. ¿Qué te parece?

—¡Fabuloso! —exclamó Trixie abriendo desmesuradamente los ojos—. Guau… no había pensado en eso, pero sería estupendo. ¿Verdad, chicos?

Y como todos aceptaron con entusiasmo la oferta, Jim sacó la larguísima lista y tachó donde ponía: «Preguntar a Nick Roberts lo de las cintas y trofeos».

Nick empezó a reírse. Después les dijo:

—Como de costumbre, me lleváis ventaja, cosa que no me importa porque tengo que reconocer que no soléis equivocaros.

—Gracias, Nick —dijo Honey, agradeciéndole a Nick su generosidad al mismo tiempo que trataba de ser amable—. Ojalá que el resto de las cosas de la lista de Jim resulten tan sencillas.

Después de las clases, los Bob-Whites se metieron en su furgoneta, un regalo de Matthew Wheeler. El motor estaba helado, después de haber pasado el día a la intemperie, y costó bastante trabajo que arrancara.

—Yo sé cómo se siente el motor —dijo Trixie.

—¡Qué vas a saberlo! —replicó Jim—. Este cacharro, con lo que le cuesta arrancar, no tiene nada en común con los Bob-Whites. ¿No lo ves? Hace menos de veinticuatro horas que se nos ocurrió la idea del concurso, y mira todo lo que hemos hecho. He visto al director, y me ha dado permiso para utilizar el Gimnasio y montar un puesto para que la gente se apunte en la Sala Principal. Nick se encargará de los carteles, y encima nos regala cintas. Todo va sobre ruedas. Próximo paso… el doctor Chang.

La clínica del doctor Chang era una casa de ladrillo, situada en las afueras de la ciudad. Estaba bastante aislada, y esto era muy conveniente, porque los perros se pasaban casi todo el día ladrando en la sala de espera. Y sus ladridos provocaban los ladridos de los de la perrera, que se estaban recuperando de alguna enfermedad o, simplemente, los tenía ahí, esperando a que alguien los adoptase.

—Es ensordecedor —dijo Trixie cuando se estaban acercando a la puerta—. No entiendo cómo puede soportarlo.

—Probablemente está tan acostumbrado que ni siquiera los oye —explicó Di—. Al final terminas adaptándote a lo que sea, créeme.

Di, que tenía una pareja de hermanitos gemelos y otra de

hermanitas gemelas, sabía perfectamente lo que era habituarse a las circunstancias.

En el interior hacía fresco; una temperatura ideal para los animales de pelo, pero no para las personas y prueba de ello era que, en la sala de espera, los dueños de los animales estaban sentados con los abrigos puestos. Un obediente dóberman se había sentado junto a su amo, y aguardaba su turno sin moverse. Un terrier bastante nervioso recorría las pequeñas distancias que la correa le permitía. Un diminuto chiguagua se había acostado en el regazo de su dueño, tiritando a pesar de su traje de lana, y un gato gris, envuelto en una toalla verde, descansaba en brazos de su amo.

Tanto los animales como sus dueños se quedaron mirando a los Bob-Whites, por lo que Trixie se sintió incómoda cuando tuvo que decirle a la enfermera:

—Queríamos hablar con el doctor Chang. Le llamamos esta mañana, y nos dijo que viniéramos después de las clases.

—Le diré que estáis aquí —dijo la enfermera.

Todos seguían mirando a los siete jovencitos, extrañados de que ninguno llevara consigo un animal.

Cuando por fin la enfermera los acompañó al despacho del doctor Chang, Trixie sintió una mezcla de alivio y de culpa, por haberse colado de esa forma.

—No tardaremos nada —le dijo antes de entrar en el despacho. Explicó el proyecto del concurso de animales al doctor Chang y enseguida todos notaron su aprobación.

Honey le preguntó si podría meter cartas en los sobres de sus facturas, y el veterinario aprovechó para decirles:

—Me habéis cogido justo a tiempo. Las facturas las envió el día diez, que será el próximo viernes. Si me dais las cartas antes de esa fecha, con mucho gusto las meteré en el sobre.

—Ah, y otra cosa más —dijo Trixie—. Nos encantaría que fuera usted el juez en el concurso.

El doctor Chang miró a Trixie a través de los gruesos cristales de sus gafas.

—Ya tengo a medio Sleepyside enfadado conmigo porque les riño diciéndoles que sus animales están demasiado gordos o demasiado flacos. O se molestan cuando les digo que deberían llevarlos con correa para no tener que curarles todos los cortes y

heridas que se hacen. Si estos «juicios» les sacan de sus casillas, ¿qué será de mí si me nombráis juez en un concurso de animales?

—Bah, pero este concurso no es nada formal —dijo Honey—. La Tienda de Trofeos de Roberts nos regala un montón de cintas y trofeos. Todos los animales que participen se llevarán algún premio, para que todo el mundo quede contento.

—¿Todos? —preguntó el doctor Chang.

—Todos —se apresuró a contestar Mart—. Tendremos bastantes trofeos para todos los animales. A medida que vayan presentándose, iremos pensando en los premios que podemos darles.

—Muy bien —dijo el doctor Chang—. Puede que me arrepienta luego, durante el resto de mi vida, pero acepto.

—¡Yupiii! —exclamó Trixie, mientras los demás le daban las gracias a coro.

—Ahora nos vamos al Mercado de Sleepyside —dijo Jim al doctor Chang—. Le traeremos las cartas antes del viernes.

Al salir de la consulta, Trixie respiró profundamente.

—¡Guau! Hubo un momento en que creí que habíamos tropezado con el primer obstáculo. Me alegro de que hayamos podido convencerle —dijo satisfecha.

—Temo que nos hayamos excedido con nuestras promesas —dijo Brian al subir a la furgoneta, y sentarse al lado de Jim.

—¿Qué quieres decir? —preguntó Honey.

—Pues que mi hermanita, a quien es difícil sujetarle la lengua, ha prometido al doctor Chang que tendríamos un premio para cada animal. Imaginaos lo que será ir mirando cuál es el animal más grande que han apuntado, el más pequeño, y demás.

—Tales trabajos serán innecesarios —dijo Mart—. Mirad, ayer, en mi clase de informática, el profesor nos dijo que teníamos que diseñar un programa propio. Yo no sabía sobre qué hacerlo; me di cuenta de que habría que computerizar todo… era indispensable. Todo lo que necesitamos es hacer que los dueños rellenen una ficha al apuntar a su animal con su peso, altura, raza, y características especiales. Yo meto los datos en el ordenador, y con el programa que diseñe sólo hará falta pulsar un botón y tendremos una categoría para cada perro. La mañana del concurso, sólo tendré que pulsar un botón y todo saldrá en cuestión de segundos.

—¿De veras? —preguntó Trixie, muy impresionada—. ¿Y el

ordenador puede hacer todo eso?

—El programa puede, si es que yo puedo diseñarlo —aclaró Mart.

—Resulta difícil de imaginar —dijo Honey.

—Bueno, cuando llegue el momento, os dejaré que miréis mientras pongo el programa en marcha —prometió Mart.

Cuando llegaron al mercado[*], todos bajaron de la furgoneta. Mart fue corriendo hasta la entrada, para evitar pasar frío.

—¿Qué hacía la gente antes de que construyeran estos mercados? —se preguntó Trixie en voz alta, corriendo detrás de su hermano.

—Pues lo más seguro es que no fueran de compras casi nunca —respondió Brian.

El mercado tenía la forma de una I. Los dos extremos de la I tenían cada uno cuatro pisos, y era donde estaban los dos grandes almacenes de Sleepyside. El palito largo de la I tenía dos pisos, y estaban llenos de tiendas, cada una especializada en un producto determinado: quesos, velas, joyas, telas, materiales deportivos…

Los Bob-Whites se separaron para hacerlo todo más deprisa. Al cabo de media hora ya estaban sentados en torno a una mesa en un bar, con refrescos en la mano, brindando por el éxito de la expedición.

—Ya tenemos permiso para montar el puesto delante de la tienda de animales —dijo Jim.

—El propietario prometió tener a mano un montón de maíz machacado —añadió Mart— y también instrucciones sobre el cuidado y la alimentación de las aves de caza, para que la gente sepa qué hacer exactamente.

—Y tenemos sitio reservado para veinte carteles —informó Trixie—. Me da la impresión de que el concurso de animales va a ser el mayor éxito de los Bob-Whites hasta ahora.

A los dos días se cumplió todo lo que había dicho Trixie. El jueves por la tarde, Nick Roberts llevó a Trixie una serie de carteles que le fascinaron. El perro de palotes que ella había garabateado se había convertido en un perro de presa perfecto. Nick había conseguido, incluso, darle al perro movimiento. Y la pequeña perdiz estaba tan conseguida que parecía que estaba pidiendo que le dieran de comer.

—¡Ay, Nick, gracias! —dijo Trixie.

—Gracias a ti —replicó Nick—. Es para mí una gran satisfacción… saber que por una vez os estoy echando una mano yo a vosotros, y no al revés.

Trixie llevó inmediatamente los carteles a la secretaría del colegio. El instituto de Sleepyside tenía unas reglas estrictas: todos los carteles debían llevar el visto bueno de la señorita von Trammel, la secretaria del colegio. Era simplemente un trámite. La señorita von Trammel siempre sonreía, admiraba el arte de los carteles (fueran o no admirables) y ponía la firma del instituto.

Al menos, eso es lo que Trixie sabía que había hecho hasta entonces. Y eso es lo que parecía que iba a hacer ahora. Pero, de pronto, se detuvo cuando ya la punta de la pluma tocaba el papel.

—Doctor Chang —pronunció la señorita von Trammel con desprecio.

—Sí —dijo Trixie—. ¡Es nuestro juez!

—¡Ese… ese brujo! —dijo, furiosa, la señorita von Trammel—. ¡A ese medicucho de pacotilla no deberían dejarle ni que se acercara a los animales, y menos aún juzgarlos!

—¿Qué? —preguntó Trixie, perpleja—. Pero si él es… si es veterinario…

—Es un farsante —exclamó la señorita von Trammel.

La pluma seguía, inmóvil, sobre el montón de carteles. Por un momento, Trixie temió que la secretaria se negara a firmarlos.

Por fin la señorita von Trammel bajó la pluma, como si fuera a apuñalar el cartel, y estampó su firma, repitiendo la operación en los sucesivos carteles.

Trixie se quedó mirando, sin saber qué decir. Cuando vio que la señorita von Trammel terminaba, le dio las gracias y, rápidamente, recogió los carteles y salió apresuradamente de la secretaría.

—Jamás podría imaginarme que fuera así —dijo Trixie a Honey después de las clases mientras colocaban los carteles por los pasillos —. ¿Qué le habrá hecho el doctor Chang para que haya reaccionado con tanta violencia?

—Puede que no le caiga bien porque es oriental —sospechó Honey mientras arrancaba una tira de celo, y la ponía en una esquina del cartel.

—¡Uf! Supongo que no creerás que es por eso —dijo Trixie,

pegando el cartel en la pared.

—No; si te paras a pensarlo, no. En el colegio hay gente de todas las razas. Y nunca he visto que la señorita von Trammel les haga de menos.

—Es verdaderamente misterioso —dijo Trixie recogiendo los carteles que quedaban y doblando la esquina del pasillo.

—¡Eh, un momento! —advirtió Honey—. Esta vez nada de misterios, ¿vale?

—Vale —dijo Trixie con resignación—. Los misterios me encantan, ya sabes, pero no tenemos tiempo para investigar. El concurso de animales tiene prioridad absoluta.

Un joven agresivo • 4

TRIXIE pudo mantener su promesa, entre otras cosas, porque el concurso le ocupaba todo su tiempo libre. El viernes, los Bob-Whites montaron el primer puesto en la escuela, para que la gente se inscribiera. Honey, Trixie y Di accedieron a encargarse de esa tarea. Y alrededor de la mesa se agolparon los estudiantes, durante dos horas, hasta tal punto que casi entre las tres chicas no daban abasto.

—No tenía ni idea de que hubiera tantos amantes de los animales —dijo Honey.

—Pues yo tampoco tenía ni idea de que la gente se aburriera tanto en invierno, igual que nosotras —replicó Trixie—. Creo que todo influye. Es posible que si les vendiésemos entradas para ver cómo se seca la pintura en el auditorio, un sábado por la tarde, igual nos quedaríamos sin localidades.

—Creo que exageras —dijo uno de los chicos que estaba rellenando el formulario—. ¡Claro que si estuviésemos en junio, yo tampoco apuntaría ami hámster a un concurso, para un sábado por la tarde! —concluyó entregando la ficha y dos dólares a Trixie.

—¿Houdini? —leyó Trixie, sorprendida—. Mi hermano le puso ese nombre la tercera vez que se escapó de la jaula. Es un gran escapista —dijo el chico.

—Ya veo, pero, por favor, que no se te vaya a escapar el día del concurso —suplicó Trixie.

—Aunque, pensándolo bien, si nos pasamos los dos próximos meses persiguiendo a un hámster por los corredores del colegio, eso haría que el invierno se pasara enseguida. Sólo estoy bromeando —dijo al ver que Trixie se estaba poniendo pálida—. Os veré en el concurso.

—Houdini, el hámster —murmuró Trixie cuando se marchó el chico—. Por lo menos tiene el nombre adecuado, a juzgar por lo que cuenta. ¡Pero… estos otros! Max, el perro maravilloso. Verónica, la gata intrépida.

—Nada sofisticado, como Reddy o Patch, ¿eh? —bromeó Di.

—Pero esos nombres están muy bien puestos —protestó Trixie —. Reddy[**] es un Setter irlandés, y es rojo. Patch[***] tiene

manchas marrones y blancas. ¿Qué otro nombre les pondrías?

Di se encogió de hombros, diciendo:

—Lo que más me sorprende son los tipos de animales domésticos. Yo pensé que tendríamos un montón de perros y gatos, pero ya han inscrito a periquitos, canarios, hamsters, conejillos de indias, un hurón, dos jerbos, y no sé qué más.

—Y aquí llega mi pitón —dijo un muchacho, entregándole la ficha a Di.

Di la tomó y la soltó de pronto, como si le quemase.

—¿Una serpiente? —preguntó, mirando la ficha como si hasta el mismo papel fuera a morderla.

—Scott Hoper, no te creo ni una palabra —dijo Trixie, cogiendo la ficha y leyéndola en voz alta—. «Ed, un gato atigrado» —dijo Di alegrándose al leer la ficha, porque vio que Trixie tenía razón, que Scott sólo había querido gastarles una broma.

—Como habéis dicho, este invierno ha sido muy aburrido —les dijo Scott sonriendo—. Sólo quería animar la función un poco.

Y, tras pagar sus dos dólares, se fue.

—¡Menos mal! —dijo Honey—. Pero ¿y si a alguien se le ocurre inscribir a una serpiente?

—Habrá que permitírselo —dijo Trixie—. No pusimos ningún aviso en los carteles, prohibiéndolas.

Trixie se olvidó de las serpientes al ver que alguien se había parado cerca de la mesa. Dio un codazo a Honey y le susurró al oído:

—Mira.

—Norma Nelson —dijo Honey—. Debe de estar a punto de salir a dar de comer a los pájaros… al menos eso parece por el traje que lleva.

—Eso pensé yo —dijo Trixie—. Pero esta es la tercera vez que la he visto.

—¿Quieres decir que lleva un rato ahí plantada? —preguntó Honey.

—Va y viene —explicó Trixie—. Levantas la cabeza, y ahí está. Y al cabo de un momento, ya no la ves.

—Puede que sea de las que se olvidan de todo —dijo Di—. A veces yo tengo que mirar tres veces en el cajón del pupitre por si me dejo algo.

—Tal vez —dijo Trixie—, pero no creo que se trate de eso. Sospecho que hay algo escurridizo en su conducta.

—No digas «escurridizo». Me hace pensar en serpientes —comentó Di, frotándose los brazos para evitar el escalofrío—. Este concurso ya no es tan divertido como antes.

Al día siguiente, Di ya no estaba tan pesimista. Al cabo de una

hora en el puesto que habían montado en el mercado de Sleepyside, le estaban brillando los ojos.

—En el colegio, los divertidos eran los animalitos —susurró a Trixie—. ¡Aquí son los dueños!

Trixie estaba de acuerdo. Entregó una ficha a un señor y a una señora de mediana edad, que llevaban puestos trajes de los que se ponen para llevar los vehículos que van por la nieve.

—El doctor Chang tenía razón —contestó en un murmullo—. La gente se toma muy en serio a sus animales, y eso es lo divertido.

Como para ilustrar el comentario de Trixie, la mujer levantó la vista de la ficha y dijo:

—La competición no resultará demasiado «fuerte», ¿verdad? Nuestra Samanta es una gatita muy cuca, pero no está acostumbrada a las cosas violentas, ¿entendéis lo que quiero decir?

Esforzándose por contener la risa, Trixie respondió:

—No, señora. Los animales no tienen que hacer nada; sólo estar allí. La inteligencia cuenta lo mismo que… esto, el físico.

—Pues entonces, Ward, ciertamente apuntaremos a Samanta —dijo la señora.

Su marido asintió, y la mujer rellenó la ficha y se la dio a Honey con el dinero.

Cuando se fueron, Trixie dijo:

—Bueno, las personas mayores de esta ciudad están más embobadas con sus animalitos que los niños. Y yo diría que se aburren tanto en invierno como ellos, a juzgar por la actividad que hemos tenido hoy.

—Sí, el concurso va a ser todo un éxito —opinó Honey.

—Un éxito en todos los sentidos —añadió Honey—. Yo ya he visto que varios entraban en la tienda de animales a comprar maíz, después de hablar con ellos. ¡Se supone que ya estamos ayudando a las aves de caza!

—Así que estáis ayudando a las aves de caza —oyeron que alguien les decía.

La voz, sarcástica, hizo que las tres amigas levantaran la vista, sorprendidas. Un joven delgado, con barba, estaba ante ellas. Al revés que el resto de la gente del mercado, llevaba puesta una chaqueta de lana fina y no de mucho abrigo. Estaba calvo, y parecía que no llevaba nada en los bolsillos.

—Los pajaritos tendrán qué comer este invierno, ¿no es maravilloso? —añadió en el mismo tono.

—Eso creemos —dijo Trixie.

—Ya lo creo que lo es —dijo el joven con una sonrisa irónica—. Preocupémonos de los pajaritos, tan pequeñines, tan adorables. Y dejemos a un lado a la gente que se muere de hambre. Ellos no son una monada. Ellos no nos cantan para alegrarnos cuando salimos al bosque. Así que… ¿para qué vamos a darles de comer?

—Eso no es verdad —dijo Trixie de mal humor—. Nosotras ya hemos organizado cosas para esa gente. Pero ahora estamos ayudando a los pájaros. ¿Qué hay de malo en ello?

—Entonces, ya habéis ayudado un poquito a la gente, ¿eh?, ¿eso es lo que estás intentando decirme? —repuso el joven.

—No señor —intervino Honey—. No hemos hecho lo bastante por la gente, ni tampoco hemos dejado ese tema para siempre. Ya haremos algo más, algún día, pero… bueno, ¿a qué viene ahora hablar de eso?

—A nada —dijo otra voz.

Ellas se volvieron; un hombre se acercaba a la mesa. Su elegancia contrastaba abiertamente con el aspecto descuidado del joven. Su gabardina gris hacía juego con su pelo canoso. Llevaba el sombrero en la mano, con mucho estilo.

—No os va a entender, por mucho que habléis con él. Los tipos como él se interesan sólo en buscar problemas, no en encontrarles solución —dijo.

—¿Y llama a esto una solución? —dijo el joven dando a entender que todo aquello no servía para nada.

—Yo llamo a esto un buen comienzo —dijo el hombre con calma —. Y si no le gusta, ¿por qué no se va a otra parte a ver si encuentra algo mejor?

El joven se dispuso a hacer otro comentario impertinente, pero algo en la mirada de su interlocutor hizo que no pronunciara ni una palabra. Sin decir más, les dio la espalda y se alejó de la mesa a grandes zancadas.

—¡Guau! ¡Supongo que eso es lo que llaman «un chico resentido»! —dijo Trixie.

—Lo ha tratado usted como se merecía —dijo Honey, felicitándolo—. Nosotras nos habríamos quedado sin saber cómo

defendemos.

—No os sintáis nunca como si tuvierais que defenderos de tipos como ese —dijo el señor con voz suave y pausada, pero el brillo de sus ojos demostraba la intensidad de sus sentimientos—. Si de verdad se preocupara por los demás, buscaría un modo de ayudar… igual que vosotras. En lugar de eso… él finge preocuparse por los demás para llamar la atención de todo el mundo.

—Jamás se me había ocurrido pensar eso, pero veo que tiene razón —dijo Trixie.

—Sé que la tengo. Y ahora, si me permitís, quiero hacer una donación para reparar el daño que ese joven ha podido causaros —añadió mientras sacaba una cartera de cuero del bolsillo interior de su chaqueta.

—Bueno, en realidad no se trata de donar nada —explicó Trixie —. Usted paga una entrada para poder inscribir a su animalillo en el concurso, y así es como recogemos dinero.

El hombre echó la cabeza hacia atrás y se echó a reír.

—Mis animalitos son dos perros de aguas que son muy viejecitos los pobres, y ya no están para esos trotes. Sus días de concurso ya quedaron atrás. Estoy convencido de que preferirán que os dé un poco de dinero y les permita quedarse en casa.

—Lo comprendo perfectamente —dijo Trixie, sonriéndole—. Mi perro también se quedará en casa el día del concurso, pero no porque le fallen las fuerzas. De hecho, es tan travieso que lo más seguro es que destrozara el Gimnasio.

El hombre había sacado un billete de su cartera, pero, tras escuchar las palabras de Trixie, decidió sacar otro.

—En tal caso —dijo—, déjame que le pague la entrada a tu perro también.

Acto seguido, les dio el dinero, y se despidió amablemente de ellas.

—¡Pero si aquí hay cuarenta dólares! —balbuceó Trixie—. ¡Dos billetes de veinte! ¿Lo veis?

—¡Eso es como pagar veinte entradas! —exclamó Honey.

—¡Qué hombre tan bueno! —comentó Di.

Trixie reflexionó un momento. Luego dijo:

—En realidad le debemos estos cuarenta dólares al bocazas que atrajo a este buen hombre a nuestra mesa. Ahora, si no os importa,

—añadió con la sonrisa en los labios yo no iré corriendo a darle las gracias… al bocazas, me refiero.

Todas empezaron a reírse hasta que llegó más gente. Las horas siguientes pasaron muy deprisa, y tuvieron bastante trabajo con todo el jaleo. Cuando llegó Brian para llevar a las chicas en el coche, ya se habían inscrito cuarenta y dos.

—A los que hay que sumar los treinta que apuntaron a sus animales en el instituto: así que, en total son setenta y dos. ¡Y todavía nos quedan dos semanas! —dijo Trixie entusiasmada.

Repitió la buena nueva a sus hermanos, por la noche, mientras veían las noticias en la tele.

—A este paso, no necesitaremos vuestra ayuda. Podemos arreglárnoslas nosotras solas —dijo Trixie.

—Os felicito por vuestro éxito en el registro —dijo Mart—. Pero ¿es preciso recordarte que yo invertí las mismas horas en la sala de ordenadores, elaborando el programa para el concurso?

—¿Ya está listo? —preguntó Trixie.

—Casi, casi —dijo Mart—. Todavía hay un par de cosas que arreglar, pero el profesor dice que llevaré a cabo esa tarea tan complicada con suma eficacia.

—Bien —dijo Trixie—. Porque la verdad es que tenemos toda clase de animales. No me imaginaba que la gente tuviera animales tan raros…

De pronto vio algo en la tele que le llamó la atención.

—¡Es él! —gritó.

—¿Quién? —preguntó Brian.

—No lo sé. Bueno, quiero decir que no sé su nombre. Sube el volumen, a ver qué dice.

Y Brian se acercó al televisor. Entonces todos pudieron oír lo que decía:

«Actualmente, la gente se está muriendo de hambre en todo el mundo. Hoy día, la tecnología ha llegado a tal nivel que no debería estar fuera de nuestro alcance algo tan primordial como alimentar a la humanidad».

El rostro del hombre desapareció de la pantalla, y apareció la locutora que empezó a explicar:

«Estas fueron hoy las palabras de Paul Gale, el célebre luchador contra el hambre. Gale, cuya Fundación Contra el Hambre en el

Mundo recoge dinero para comprar alimentos que vuelan directamente hacia Burma, Tailandia, y otros países del Tercer Mundo, estará en Sleepyside durante las próximas semanas para asistir a la apertura de una oficina de su fundación. Según Gale, ha escogido nuestra comunidad porque gracias a su indiscutible prosperidad puede permitirnos hacer grandes donaciones para aquellos menos afortunados».

De nuevo volvió a aparecer el rostro de Gale en la pantalla. Parecía que estaba muy contrariado.

«Los que más tienen, deben dar más. Y aquí en Sleepyside sobra tanto dinero que la gente se dedica, literalmente, a invertirlo en dar de comer a los pájaros. Y esto mientras los niños se mueren de hambre. ¡Es preciso hacer algo!».

La cámara siguió enfocando a Paul Gale mientras la locutora decía:

—«Aquellos interesados en contribuir a esta causa pueden enviar su donativo por correo a la Fundación Contra el Hambre en el Mundo, en la calle Sur, número 75».

Al terminar las noticias, Trixie estaba hundida.

—¡Estaba hablando de nuestro concurso de animales! —comentó a punto de llorar—. ¡Nos ha acusado a nosotros de tirar el dinero a los pájaros!

Brevemente, contó a sus hermanos el enfrentamiento que había tenido con Paul Gale.

—Va a arruinar lo del concurso si sigue diciendo esas tonterías —concluyó, muy indignada.

—Lo dudo —le dijo Brian—. Su causa es noble, pero la nuestra también. Y la gente lo entenderá así.

—Puede que tengas razón —contestó Trixie—. Pero las cosas nos estaban saliendo tan bien… que no quisiera que empezaran ya a surgir problemas.

Honey desvela un rumor • 5

A LA MAÑANA SIGUIENTE, Trixie vio que el concurso, efectivamente, tenía graves problemas.

El lunes, en el colegio, la gran afluencia de estudiantes que habían inscrito a sus animales se había transformado en unos pocos.

—Tampoco importa mucho —dijo Trixie mientras ella y Brian recogían el delgadísimo fajo de billetes que habían conseguido ese día—. Ya tenemos suficientes animales para el concurso. Aunque no apuntaran a ninguno más, el concurso sería un éxito.

Pero el martes las cosas empeoraron considerablemente; la gente empezó a retirar a sus animales del concurso. Primero fue una chica, que quiso borrar a su periquito en peligro de coger una pulmonía.

—Son pájaros tropicales, ya sabéis —dijo—. Así que mamá dice que no conviene sacar a Peewee con todo este frío.

La excusa parecía lógica, y Trixie buscó la ficha de Peewee, la rompió, y devolvió el dinero a la chica.

Casi inmediatamente, otro estudiante se acercó a la mesa.

—Ese día tengo que visitar a mi abuela —dijo—, así que me es imposible llevar a mi gato. ¿Podría retirarlo del concurso?

Trixie se dio cuenta de que había sentado un peligroso precedente con Peewee; no había más remedio que devolver el dinero.

—Otros tres estudiantes también retiraron a sus campeones ese día, y todos ellos adujeron excusas poco fiables.

—No lo comprendo —dijo Trixie a Honey—. ¿Tú crees que esa entrevista a Paul Gale en la tele fue lo que ha dado origen a todo esto?

—Lo dudo —dijo Honey con una sonrisa forzada—. Alguien habría mencionado su nombre. Yo creo que hubo tanto entusiasmo al principio que la gente no se lo pensó dos veces antes y acudió enseguida a apuntar a sus animales. Y ahora que se lo han pensado mejor y se lo han dicho a sus padres, es lógico que hayan surgido inconvenientes.

Pero al día siguiente, aumentó el número de personas que

venían a retirar su participación.

A estas alturas, a Honey le costaba mantener la calma porque se veía claramente que el número de participantes se estaba reduciendo día a día.

—Este porcentaje no es normal —dijo—. Algo está pasando, y voy a averiguar qué es.

—¿Y qué vas a hacer? —preguntó Trixie.

Honey apretó fuertemente los labios dando a entender que fuera como fuera encontraría la causa.

—Ya pensaré en algo —replicó.

Momentos más tarde, una compañera de la clase de Honey retiró a su perro. También ella se había dado cuenta de que casualmente tenía que visitar a sus abuelos ese mismo día.

Honey trató de sonreír, pero no pudo. Con calma, vio alejarse a la chica de la mesa. Luego se levantó y dijo:

—Espérame aquí, Trixie. Voy a hablar con Heather.

Honey fue detrás de ella. Trixie vio que Heather se daba la vuelta y se paraba al oír su nombre. Honey y ella estuvieron hablando unos minutos.

Finalmente, Heather se perdió por el pasillo y Honey volvió a la mesa. A Trixie se le formó un nudo en la garganta al ver que Honey volvía con los ojos Henos de lágrimas.

—Ay, Trixie —dijo con voz entrecortada, con las lágrimas corriéndole por las mejillas—, no te puedes figurar lo que me ha dicho. Dice que corre un rumor por el colegio, sobre nosotras, y que por eso borró a su perro. Por lo visto, se dice que no vamos a emplear el dinero para dar de comer a las aves de caza… ¡sino que nos lo vamos a quedar para nosotras!

Trixie se quedó de piedra.

—Tendremos que decírselo a los demás ahora mismo —dijo—. Esto se nos está escapando de las manos, y nosotras solas no podemos resolverlo.

Y se pusieron a recoger lo de la mesa, para llevarlo a sus taquillas.

Justo cuando las dos amigas estaban terminando de colocarlo todo en las taquillas, apareció Jim por el corredor.

—¿Qué tal va, hermanita? He vuelto temprano para ayudaros a recoger, y ya no había nada. Me parece un poco pronto para iros de

vacaciones, ¿no? —añadió en broma.

—No puedo decírselo —dijo Honey a Trixie en voz baja—. Quiero decir, tengo que decírselo, pero cuando estemos todos los Bob-Whites presentes, porque me resultaría imposible repetirlo más veces. Hay que celebrar una reunión urgente enseguida.

—Tenemos que convocar una reunión —dijo Trixie a Jim.

Sin más preguntas, Jim dijo:

—Vamos a casa, pues. Pero antes llamaré a Mart y a Brian para decirles que pasaremos a buscarlos. Les diré que llamen a Di por si alguien puede llevarla a Manor House.

La casa del señor Maypenny nos pilla de paso, y Dan, seguramente, estará allí. Id yendo hacia la furgoneta… está abierta. Yo os alcanzaré.

Trixie sintió como si tuviera los pies de plomo.

Menos mal que no nos ha obligado a explicarlo todo —pensó—. Y menos mal que él tiene todavía las cosas claras, porque lo que es Honey y yo…

Las dos amigas acababan de meterse en el vehículo cuando Jim abrió la puerta del conductor y se puso al volante.

—Brian y Mart recogerán a Di y acudirán a casa —dijo—. Eso nos dará tiempo para ir a buscar a Dan.

El paseo por Sleepyside, hasta Glen Road, pareció interminable. Trixie trataba por todos los medios de no pensar en nada hasta que todos estuviesen reunidos.

Sólo la distrajo un codazo de Honey, que señaló un punto en el arcén. Allí, una gallina y un faisán picoteaban en un trozo de suelo que la nieve había dejado al descubierto.

—Pobrecillos —dijo Honey con dulzura—. Sólo queríamos ayudar.

Por el modo de decirlo —pensó Trixie—, *no sabría decir si los pobrecillos son los faisanes o nosotros. Puede que los dos. Aunque nosotros más bien parecemos gansos… o, al menos, eso debe pensar el que ha extendido esa patraña.*

No tardaron en parar delante de la casita donde vivían Dan y el Señor Maypenny, y Jim fue corriendo a buscar a Dan. Los dos volvieron al cabo de unos minutos, y Dan ya estaba avisado de que no debía hacer preguntas.

Poco después, llegaron a Manor House. Trixie se tranquilizó al ver el coche de Brian aparcado en la entrada.

Brian, Mart y Di estaban esperándolos en el estudio. Trixie y

Honey se quitaron los abrigos y se sentaron juntas en el sofá. Honey miró, suplicante, a su amiga, para que rompiera el silencio, pero Trixie, esta vez, no estaba por la labor.

—Tú conoces la historia mejor que yo —le susurró a Honey al oído—. Adelante.

—Una chica, Heather, me contó que corre el rumor por el colegio —dijo Honey— de que el dinero del concurso nos lo gastaremos en nosotros, y no en dar de comer a las aves de caza.

Trixie esperaba que los chicos se pusieran furiosos, pero no fue así. Aparentemente, a sus amigos la revelación les había dejado tan confundidos como a ellas dos.

—Hay que buscar el origen de ese cuento —dijo Dan—. ¿Te dijo tu amiga de dónde lo había sacado?

—Se lo pregunté, pero no consiguió recordar a quién se lo había oído la primera vez —contestó Honey.

—¿La primera vez? —repitió Brian, reconociendo enseguida la gravedad de esas palabras.

—Eso es —dijo Honey, confirmando sus temores—. Según parece, la historia la conoce todo el colegio. A estas horas todo el mundo ha oído el chisme tres o cuatro veces. No habrá modo de saber por dónde ha empezado todo esto, así que tampoco habrá forma de pararlo.

—Lo primero es verdad —dijo Mart—. Lo segundo, no. Tiene que haber algún modo de desmentir un rumor, y nosotros daremos con él.

—La solución está en demostrar a la gente que el concurso va sobre ruedas —propuso Dan.

—Sí —reconoció Brian—. Pero ¿cómo?

—Creo que lo tengo —dijo Trixie.

—Pues dilo —le dijo Mart.

—Bueno, si la gente no se fía de que nosotros manejemos el dinero del concurso, lo mejor sera no manejarlo —dijo Trixie—. ¿Por qué no abrimos una cuenta en el Banco? Estoy segura de que es imposible sacar dinero de una cuenta sin permiso o conocimiento del Banco. Y si la gente no confía en nosotros… al menos se fiará del Banco.

—¡Guau, Trixie, eso sí que es una gran idea! —exclamó Honey, entusiasmada.

—Sí, eso puede ser la solución —dijo Brian—. Y para anunciarlo, sólo tendremos que imprimir más carteles y octavillas.

—Los que estén a favor del plan de Trixie, que levanten la mano —dijo Jim.

Y siete manos se levantaron instantáneamente.

—Aprobada la moción —concluyó Jim.

—Y yo —añadió— propongo que levantemos la sesión, para que los Belden pregunten a su padre cómo funciona eso de la cuenta en el Banco, ¿vale?

—Estoy de acuerdo —dijo Honey.

—Os llamaré más tarde —dijo Trixie, levantándose del sofá de un salto y poniéndose el abrigo antes de salir corriendo hacia la puerta.

Sus dos hermanos mayores, que no eran tan impulsivos, se marcharon a continuación.

La explicación del doctor Chang • 6

—¡ESTO FUNCIONA! —exclamó Honey al día siguiente, por la tarde, al ver alejarse de la mesa al décimo estudiante que había inscrito a su animal aquel día.

—¡A las mil maravillas! —añadió Trixie—. Yo creo que la cosa va mejor ahora que antes de que se difundiera el bulo.

—Tienes razón —dijo Honey—. Los estudiantes deben de haber visto los carteles que hemos pegado esta mañana, explicando lo del Banco. Eso les habrá garantizado que el dinero irá a parar a buen fin. Y también habrá servido para recordar a los que querían apuntar a sus animales y no habían podido.

—Pues no esperes que le dé las gracias a quien nos ha difamado de esa manera —dijo Trixie——. No se me olvidará lo mal que lo hemos pasado. ¿Quién les tendrá esa manía a los Bob-Whites?

—Puede que nadie —dijo Honey—. Jim y yo estuvimos hablando de eso anoche, cuando os fuisteis los demás. Ya / sabes, a veces alguien dice una gracia o se pregunta en voz alta sobre algo. Luego otra persona lo oye, se lo cree, y lo repite. Y enseguida se convierte en rumor. Pero no ha habido ninguna mala intención en todo eso.

—Estoy segura de que eso sucede a veces, pero en esta ocasión no ha sido así. Alguien levantó esa calumnia con toda su mala intención, para hacer daño a los Bob-Whites.

Todo parecía indicar que había un misterio encerrado… ¡Trixie estaba segura!

—Muy bien —dijo Honey—. Puede que el objetivo fuera el concurso, y no nosotros.

—Es posible —dijo Trixie.

—¿Pero qué tiene de malo el concurso? —preguntó Honey.

Trixie iba andando delante de su amiga.

—Se me ocurren dos sospechosos. Paul Gale ha atacado el concurso públicamente en dos ocasiones… en el mercado y en la tele. Y la señorita von Trammel se puso furiosa al saber que el doctor Chang sería el juez.

—Admito que Paul Gale no ve con buenos ojos el concurso… o,

más bien, lo de dar de comer a las aves de caza. Pero tampoco ha podido divulgar la noticia en el colegio, sin estar allí.

—Pero en cuanto a la señorita von Trammel —prosiguió—, no me creo que esté tan furiosa como para querer echar abajo todo el proyecto.

—Yo le vi la cara, tú no —repuso Trixie—. Y estaba echando chispas.

—Yo llevo viéndola casi todos los días desde que vinimos a vivir a Sleepyside —dijo Honey—. Y me parece imposible que de repente se haya convertido en un ogro.

—Una descripción exacta de mi hermanita del alma —dijo Mart, cuando él y Brian llegaron a relevar a las chicas.

—No estaba hablando de Trixie —dijo Honey—. Me refería a la señorita…

—Os echamos de menos aquí —dijo Trixie enseguida—. Me alegro de que por fin hayáis venido. Hemos tenido mucho trabajo y muy… muy buena suerte —añadió mientras se iba—. Vamos, Honey. Deja que los señores trabajen un poco, por una vez.

Un nuevo grupo de estudiantes llegó a la mesa, distrayendo a los chicos. Honey esperó hasta estar donde nadie pudiera escucharlas para preguntar:

—¿Qué pasa?

—Dijiste que no podías imaginarte a la señorita von Trammel tan enfadada. Voy a demostrarte lo histérica que se puede poner —dijo Trixie, mientras sacaba de debajo de sus libros unas octavillas de propaganda del concurso. Agitándolas en el aire, dijo—: Sígueme.

Las dos muchachas se metieron en la secretaría. Se quedaron plantadas delante del mostrador, esperando a que la señorita von Trammel levantara la vista de unos papeles. Al verlas, fue hacia ellas inmediatamente.

—Siento molestarla a estas horas —dijo Trixie—, pero quisiéramos que nos firmara estas octavillas para poderlas colocar en el tablero de la entrada.

La señorita von Trammel cogió una de las octavillas y la leyó ante la mirada inquisitiva de Trixie.

Hay que sacar a la señorita von Trammel de sus casillas —pensó Trixie—, *para que Honey la vea… ya sé que no debería, pero…*

Trixie carraspeó antes de decir en voz alta:

—Imprimimos esto porque había circulado un rumor de que el dinero del concurso iba a parar a nuestros propios bolsillos. ¿Se imagina? ¡Y eso que todo el mundo sabe que el mejor veterinario de la ciudad es nuestro juez!

Trixie intentaba por todos los medios parecer inocente.

La señorita von Trammel endureció la expresión de su rostro.

Siempre creí que eso no era más que un modo de hablar… pero la verdad es que parece que le hayan esculpido el rostro en una piedra —pensó Trixie.

Se le formó un nudo en la garganta; en el fondo se sentía culpable de haberla molestado.

—El doctor Chang es un impostor, ya te lo dije —dijo la señorita von Trammel—. Resultaría facilísimo creer cualquier cosa sobre él. Y en cuanto a estas octavillas, yo diría que ya las habrá visto todo el mundo. Desde luego, los pasillos estaban llenos. Y ya que no os molestasteis en pedir mi autorización antes, os prohibiré ponerlas en el tablón de anuncios. Alguien tiene que daros una lección, jovencitas. Las reglas hay que respetarlas.

Intentaba hablar con calma, pero se notaba que estaba completamente furiosa. Sin decir una palabra más, les dio la espalda y volvió a su escritorio.

Trixie y Honey salieron rápidamente de la secretaría.

—¿Has visto? —dijo Trixie en voz baja—. ¿No te dije que el concurso la sacaba de sus casillas?

—Sí, hay que reconocer que el doctor Chang no le cae nada bien —dijo Honey—. Me gustaría aclarar ese asunto. Hoy vamos a ir a su clínica, después de las clases, así que podremos preguntarle por qué le tiene esa manía la señorita von Trammel. Puede que entonces sepamos si ha sido ella la que ha estado boicoteando el concurso.

Sólo Honey, Trixie, Jim y Brian fueron a la clínica por la tarde. Di y Dan, como tenían trabajo, habían cogido el primer autobús. Mart se había quedado en la sala de ordenadores, tratando de acabar el programa.

Jim dejó la furgoneta en el aparcamiento vacío que había enfrente de la clínica. Al cerrar de un portazo la furgoneta, un perro se puso a ladrar. Y luego otro y otro hasta que terminaron ladrando todos los que allí había. Al abrir la puerta de la clínica, un ruido

ensordecedor casi les echó para atrás.

El doctor Chang les saludó en el área de recepción.

—Os dejé la puerta abierta, y eso que ya no son horas de consulta —dijo con una sonrisa—. No creí que fuerais a tomarme por sorpresa. Venid al despacho.

Y así hicieron; los ladridos fueron desapareciendo gradualmente.

Allí dentro, en el pequeño despacho del doctor Chang, los Bob-Whites repasaron brevemente los planes para el concurso y todo lo que habían realizado hasta entonces.

—Lo peor, hasta ahora —dijo Honey como por casualidad— fue que la secretaria del instituto se puso hecha una fiera con nosotros por distribuir octavillas sin su permiso. La señorita von Trammel se enfadó muchísimo.

—La señorita von Trammel… es la secretaria. ¿Usted la conoce, por casualidad? —añadió Trixie.

—Sí, la señorita von Trammel y yo nos conocemos hace algún tiempo —dijo el doctor Chang—. Fue una de mis mejores clientes cuando llegué a Sleepyside. Tenía un setter irlandés, igual que vuestro Reddy, aunque bastante mejor educado.

—Rusty era un animal hermoso. Bien entrenado, bien cuidado. La señorita von Trammel lo adoraba —dijo el doctor Chang con cierta tristeza.

—¿Y qué ocurrió? —preguntó Trixie, rompiendo un silencio breve pero incómodo.

—Bueno, al final lo mató, pero por cariño. Mirad, Rusty tenía un tumor. El bulto le apareció en un costado, y la señorita von Trammel trató de ignorarlo durante mucho tiempo… demasiado. Supongo que creyó que desaparecería solo, sin más.

—Pero cuando se enfrentó a la verdad y me trajo al perro, ya era tarde. Hice cuanto pude. Ella quería que hiciese más. Al final le dije que no podía hacer nada más, y que habría que sacrificar al animal, para que no sufriera.

—¿Y lo hizo? —preguntó Trixie.

—Sí —dijo el doctor Chang—, después de llevar al perro a otro veterinario que le dijo lo mismo que yo. Según ella, el perro se habría salvado de haberlo llevado desde el principio al otro veterinario. Decía que mi tratamiento no había servido para nada. Naturalmente, no era verdad. Pero supongo que eso le ayudó a

vencer el sentimiento de culpa que tenía por haber ignorado la realidad durante tanto tiempo.

—Así que en cierto modo mató a su perro y le echa a usted la culpa —dijo Trixie.

—Bueno, me parece que te has pasado —dijo el doctor Chang a Trixie—. Yo no sé si habría podido salvar al animal de habérmelo traído antes. Pero sí que me echó la culpa por la muerte de su perro.

—Pero eso sucedió hace tanto tiempo… —dijo Honey—. Todavía le dura el enfado, ¿no?

—Creo que era complejo de culpabilidad —dijo el doctor Chang — y eso tiende a durar bastante… a veces permanece para siempre.

—Pobre señorita von Trammel —murmuró Honey.

El relato del doctor Chang causó un gran impacto a todos. Los jóvenes concretaron horas para el concurso, dijeron adiós al doctor Chang, y se encaminaron hacia la furgoneta.

Cuando ya iban camino de casa, Jim dijo bruscamente:

—¿A qué vino eso de mencionar a la señorita von Trammel? Vosotras dos estáis buscando algo. ¿Qué es?

—Seguimos convencidas de que alguien extendió el bulo deliberadamente —dijo Trixie—. Queríamos averiguar si la señorita von Trammel tenía alguna razón para hacerlo.

Jim pareció confundido.

—¿Y? —preguntó con ansiedad.

Trixie dejó escapar un largo suspiro.

—Y parece que estábamos equivocadas. Alguien que ha llegado a querer tanto a un perro sería incapaz de boicotear un concurso destinado a proteger a los animales.

—Me alegra verte descartar una conclusión, en lugar de darla por sentada —dijo Jim.

El comentario sacó a Trixie de sus casillas.

—Que lo de la señorita von Trammel no tenga sentido no quiere decir que yo haya dejado de sospechar algo —volvió a insistir—. Alguien lo extendió adrede… ¡y me enteraré de quién ha sido, me ayudes tú o no!

El hombre del mercado • 7

AL DÍA SIGUIENTE, en la cafetería del colegio, los Bob-Whites dejaron claro que no investigarían por el momento ningún misterio.

—Queda semana y media para el concurso —dijo Jim—, y habrá que procurar que todo esté listo para entonces.

—No podemos permitirnos el lujo de jugar a la gallinita ciega —dijo Brian.

Guardó silencio unos minutos y añadió en tono jocoso:

—No, si queremos salvar a los faisanes.

—Yo apenas tengo tiempo para el concurso —confesó Dan—, así que lo único que me falta es dedicarme a investigar el origen de una calumnia.

—Estoy completamente de acuerdo contigo —dijo Mart—. Los misterios del cerebro de mi ordenador ocupan toda mi atención.

—Entonces, ¿todavía tienes problemas con el programa? —preguntó Di.

—Algunas discrepancias de poco relieve siguen acosándome. Las resolveré en un par de días —dijo Mart.

—Más te vale —dijo Trixie—. De lo contrario, no habrá ningún juego de la gallinita ciega… los que iremos a tientas seremos nosotros en el concurso.

El chiste de Trixie no debió de hacer mucha gracia a sus amigos, porque el abucheo fue unánime.

—Vale, volvamos a lo nuestro —dijo Jim—. Me encontré con Nick Roberts esta mañana. Quiere que nos pasemos por la tienda de su padre para escoger los trofeos y las cintas para el concurso. ¿Quién va a ir, y cuándo?

—Cuanto antes, mejor —dijo Brian.

—Claro, lo malo es que tengo la tarde muy ocupada —dijo Mart, mientras le daba un bocado enorme a su *sandwich*—. Tengo una cita con la computadora, como siempre.

—Yo tengo que coger el primer autobús —dijo Dan.

—Y yo. Lo siento —añadió Di.

—Bueno, todavía quedamos cuatro —dijo Jim.

—Dos de los cuales han de estar en el puesto de registros —le

recordó Brian.

—¡Ajá! Luego nos toca a Honey y a mí ir a la tienda a escoger los trofeos —dijo Trixie, levantándose rápidamente de la mesa.

—¿Cómo has llegado a esa conclusión? —dijo Jim riéndose.

—Bueno, los hombres, ya se sabe, ¡a sus puestos! —dijo Trixie con aire de suficiencia—. Las mujeres iremos al centro a elegir cintas. Estaremos de vuelta justo a tiempo para que nos llevéis a casa. ¡Hasta luego!

Y antes de que los chicos pudieran protestar, Trixie recogió las sobras de su almuerzo, las echó a la basura, y fue hacia su taquilla.

—¡Brrr! —gruñó Honey cuando ella y Trixie emprendieron, a pie, el camino al centro de la ciudad—. Más nos habría valido dejar a los chicos esta tarea; ellos tenían el coche.

—Ni hablar. Ya hemos estado en esa mesa más de lo que nos corresponde. Nos metimos en esto porque estábamos hartas de estar encerradas entre cuatro paredes, y las del colegio no son las más bonitas, precisamente —comentó Trixie.

—Hay que reconocer que es un buen ejercicio —dijo Honey, subiéndose el cuello de su abrigo—. Y la tienda no está tan lejos.

—No. Y si nos entra frío, siempre podemos entrar en algún sitio a calentarnos un poco —dijo Trixie disimulando su mal humor.

Incapaz de volver la cabeza por llevar un abrigo tan grueso, Honey miró a su amiga por el rabillo del ojo.

—¿Y qué tipo de «sitio» se te ha ocurrido exactamente? —preguntó.

—Ah, yo qué sé. Algún sitio donde a la gente no le importe ofrecer refugio a los paseantes. Algún sitio donde haya almas caritativas. Algún sitio como, por ejemplo, la Fundación contra el Hambre en el Mundo.

—¡Conque era eso!, ¿eh? —exclamó Honey—. Ya me extrañaba que tuvieses tantas ganas de salir con todo este frío. Pero Trixie, ya sabes lo que han dicho los chicos, y tienen razón. No tenemos tiempo…

—Para jugar a la gallinita ciega —terminó de decir Trixie—. Ya sé, ya sé. Pero no le haremos ningún favor al concurso si nos quedamos congeladas. La oficina de la Fundación nos pilla de camino; lo comprobé en la guía telefónica. Pasaremos al volver de la tienda de los Trofeos de Roberts. Vamos… date prisa.

Trixie apuró el paso, hasta tal punto que Honey tuvo que esforzarse para no quedarse atrás, lo cual no le dio ocasión de protestar.

Cuando llegaron a la tienda de trofeos, Trixie sintió un gran calor.

En la nueva tienda hacía una temperatura agradable y no como en la anterior, que había sido destruida por un incendio; esta era alegre, llena de colores, y contrastaba con el día gris de invierno que hacía afuera. El escaparate era más amplio, y las camisetas y gorras violetas, rojas, amarillas… colgaban de las paredes. Estos artículos eran los que habían contribuido sobre todo al éxito de la tienda.

Nick salió del cuarto trasero y sonrió al ver a las chicas.

—Estáis muertecitas de frío, ¿no? —preguntó.

—Pues poco nos falta —dijo Trixie, que sentía crecerle un hormigueo en las mejillas conforme iba sintiendo el calor en el cuerpo.

—Y el concurso nos anima bastante, menos mal —le dijo Honey.

—Ah, sí, el concurso —dijo Nick buscando debajo del mostrador.

Sacó una caja de cartón y un catálogo delgado. Abrió la caja y extrajo cintas de color púrpura, azul, rojo y amarillo. Algunas de las cintas no llevaban adornos, pero otras sí.

—Me dijisteis que todos quedarán campeones en este concurso, así que no estaba seguro de si querríais colores distintos para el primero, el segundo y el tercero. Opino que las azules y las púrpuras son un poco sosas.

—Tienes razón —dijo Trixie examinando las cintas que tenía delante.

—Cada animal tiene su propia categoría… o la tendrá, si es que Mart consigue diseñar el programa en el ordenador. Así que no hay lugar para segundos puestos —dijo Honey.

De pronto, tuvo una idea.

—Naturalmente. Sólo queremos cintas para los primeros —añadió.

—En realidad no son para el primero, si sólo hay un animal por categoría. Pero todos son campeones, así que podemos darles a todos una cinta púrpura —dijo Nick.

Trixie aprobó la idea con entusiasmo.

—Una solución perfecta —exclamó.

—Pero poco interesante —dijo Nick—. ¿No habrá modo de animar un poco las cosas?

—No, si no queremos meter en líos al doctor Chang con los dueños de los animales —dijo Honey—. Y ese riesgo no vamos a correrlo. Él accedió a ser el juez sólo después de prometerle que habría un premio para cada animal.

—¡Espera un minuto! —dijo Trixie—. ¿Y si dejamos que la gente otorgue un premio especial? Daremos una papeleta a todos los que compren la entrada, y entonces podrán votar a su animal favorito. Así tendríamos un premio especial sin involucrar al doctor Chang.

—¡Ay, Trixie, es una idea estupenda! —exclamó Honey.

—En efecto lo es —dijo Nick hojeando el catálogo—. Aquí hay un trofeo que os irá muy bien. Es una copa preciosa, con una base de madera de nogal, y con una placa en la que podemos grabar: «El Campeón Popular, Concurso de Animales de Sleepyside», y, debajo, la fecha. ¿Qué os parece?

Trixie se encogió de hombros; la propuesta era perfecta.

—Muy bien. Lo tendré todo listo dentro de dos sábados —dijo Nick.

—¡Uf! ¡Si parece que está ala vuelta de la esquina! —exclamó Trixie.

—No lo parece; lo está. ¡Y aún nos queda muchísimo por hacer! —dijo Honey.

—Lo que significa que tenemos que irnos —le dijo Trixie a Nick.

Las chicas se pusieron los gorros, los abrigos, y los guantes, y salieron apresuradamente.

—Esto no nos ha entretenido demasiado —dijo Trixie, cuando iban calle abajo—. Nos sobra tiempo para entrar en la Fundación contra el Hambre en el Mundo.

—No intentarás, así por las buenas, acusar a Paul Gale de difamador, ¿verdad? —preguntó Honey, preocupada.

—Claro que no. ¿Tú crees que soy tan bruta? Sólo voy a dejarle hablar y ver si duda de nuestra honradez.

El caso es que Trixie no tenía ni la menor idea de qué podía decirle a Paul Gale. Ensayó varias conversaciones posibles, y, absorta en su diálogo imaginario, casi se da de bruces contra la

oficina de la Fundación. El ver que alguien con el abrigo puesto salía de la oficina le asombró, aún más.

Es Norma Nelson, estoy segura —pensó Trixie—. *Reconocería esa forma de andar en cualquier parte, ¿o no?*

Trixie miró fijamente a esa persona, que se alejaba de ella, procurando cerciorarse de que su vista no la estaba engañando.

¿Qué estaría haciendo Norma Nelson aquí? A esta hora debería estar en su ruta, en Glen Road. ¿Para qué habrá venido a ver a Paul Gale?

Justo cuando Trixie iba a preguntarle a Honey si ella también la había visto, Norma, o quien fuera, dobló la esquina.

Bueno, es imposible que fuera Norma —pensó—. *Entretanto, aquí estamos, en la oficina de la Fundación, y todavía no sé qué decirle a Paul Gale*.

Sin embargo, tal y como salieron las cosas, Trixie no tuvo que decir nada a Paul Gale, porque no estaba en su oficina. En su lugar, una joven rubia, vestida de manera sencilla, con un jersey y una falda de lana haciendo juego, salió de una oficina y saludó a las chicas.

—Bienvenidas a la Fundación contra el Hambre en el Mundo —dijo—. ¿Venís a echarnos una mano?

—No —dijo Trixie, sin saber qué decir.

Tendré que dar alguna razón para haber venido —pensó desesperada.

—Sólo entramos para conocer mejor la Fundación —se le ocurrió decir a Honey—. Vimos a Paul Gale en la tele, el otro día.

La joven sonrió.

—El mensaje de Paul ha hecho que mucha gente se haya decidido a hacer donaciones. Si queréis, con mucho gusto os explicaré lo que hace la Fundación.

Las invitó a pasar a una oficina, y allí señaló un mapa que había colgado en la pared.

—Los alfileres rojos indican todas las áreas en las que miles y miles de pobres necesitan urgente y desesperadamente comida, medicinas, ropa… que envía la Fundación —dijo.

—Los alfileres verdes —continuó— indican las ciudades y pueblos de los Estados Unidos en los que la gente aporta dinero a la Fundación.

Trixie vio que el número de alfileres verdes excedía con mucho al de los rojos, y destacó ese hecho en voz alta.

—Por supuesto —dijo la joven—. La relación de gente que da a gente que recibe, ha de ser de cinco o seis a uno. Por ejemplo, vuestra donación apenas alcanzaría para un pobre.

Trixie sintió un nudo que le oprimía la garganta, ante la insistencia de la mujer.

Luego las acompañó hasta el otro extremo de la oficina, donde había un álbum de fotos abierto sobre un atril.

—Aquí hay fotografías de personas a las que hemos ayudado con contribuciones como las vuestras —dijo.

A espaldas de la mujer, Trixie y Honey se intercambiaron una mirada de escepticismo. Honey estaba tan impresionada por la actitud de la mujer, como Trixie.

La presión siguió; las dos amigas no sabían cómo salir de allí. La mujer les pidió sin más rodeos la contribución, y luego sus nombres y direcciones para poder incluirlas en la lista. Cuando se resistieron a hacer todo esto, ella recurrió a otros métodos, y les dio unos sobres.

—Entonces enviadnos por correo vuestra donación cuando estéis dispuestas a ello.

Trixie y Honey, que ya estaban cerca de la puerta, se volvieron y salieron corriendo.

—¡Guau! —dijo Trixie, una vez que ya estaba a salvo en la acera —. ¡Qué pesada! ¡Ni los vendedores ambulantes se ponen tan pesados como esa mujer!

—Trixie… —empezó a decir Honey con una voz un tanto misteriosa.

—Bah, ya lo sé. Es caridad, y están pidiendo dinero para una buena causa, pero sigo pensando que no deben hacerlo con esos métodos. Al fin y al cabo…

—¡Trixie! —repitió Honey subiendo la voz.

—¡Vale, vale! No les criticaré más. Pero yo tampoco te vi a ti muy entusiasmada con las palabras de esa mujer.

—Y es verdad. No te llamaba por eso, lo que quería decirte es que ese señor tan amable, que nos dio cuarenta dólares en el mercado, está dentro de un coche, al otro lado de la calle.

Trixie volvió la cabeza instantáneamente. Por el rabillo del ojo veía un coche aparcado, pero ya lo había dejado bastante atrás. No podía ver al conductor.

—Ay, me lo he perdido por refunfuñar sobre la Fundación. ¿Estás segura de que era él?

—Segurísima —dijo Honey—. De hecho, ya vi que estaba ahí antes de entrar en la oficina. Pero la primera vez no estaba segura del todo, y no me atreví a decir nada. Pero ahora me he fijado bien,

y es él.

—Vamos a dar la vuelta, para que yo pueda verlo —suplicó Trixie.

—No; no nos conviene que él sepa que lo hemos visto —opinó Honey.

—¿Por qué no? Tenemos todo el derecho del mundo a estar aquí, y no estamos haciendo nada malo. Y a él no le importará que lo vean, a menos… —dijo Trixie, abriendo desmesuradamente sus ojos azules.

—¿Tú crees que estará haciendo algo malo? —preguntó Honey, adivinando el pensamiento a su amiga.

—En el mercado apareció inmediatamente después de Paul Gale —dijo Trixie—. Y ahora está frente a su oficina. Tal vez… tal vez esté pensando en asaltar la Fundación y robarles. Deben de tener toneladas de dinero.

—Es posible —dijo Honey a regañadientes—. Pero a mí no me pareció ningún ladrón. Puede que sea el guardaespalda de Paul Gale.

Trixie rechazó esa idea.

—¡Pero si casi soy yo más grande que él! —exclamó—. Menudo guardaespaldas. Además, a él no parecía caerle demasiado bien Paul Gale. Por eso nos dio todo ese dinero. ¿Cómo iba a trabajar para él?

—Es verdad —dijo Honey.

Trixie siguió caminando en silencio un rato, buscando alguna otra razón pero no se le ocurrió nada.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Honey.

Trixie seguía reflexionando en silencio.

—Mira el reloj, en la joyería de Nordin —dijo Honey—. Tenemos exactamente dos minutos para volver al colegio si queremos que los chicos nos lleven a casa.

—¡Oh, no! No creo que nos vayan a dejar colgadas si llegamos un poco tarde. Aunque lo que está claro es que la próxima vez nos atarán con una cadena a la mesa de registros. ¡Vamos a darnos prisa antes de caer en esa trampa! —dijo Trixie acelerando el paso mientras Honey intentaba ir a su lado.

El misterio del señor amable quedó atrás… pero no olvidado.

Vestidas para la ocasión • 8

AQUEL RUMOR de los primeros días, la agresividad de la joven de la Fundación contra el Hambre en el Mundo, Paul Gale, y el señor amable… todo esto ocupaba la mente de Trixie esa noche… con mayor intensidad que la Revolución Francesa, que era el tema de la lección que le tocaba estudiar para la clase de historia. Sólo la presencia de sus hermanos, que estaban con ella en el estudio, contribuían a que de vez en cuando se pudiera concentrar en su libro de texto.

Mart refunfuñó; Trixie levantó la vista del libro.

—¿Qué ha sido eso? ¿Te pasa algo? —preguntó, contentísima de distraerse un poco.

—Un simple comentario sobre la complejidad de la informática —dijo Mart con arrogancia.

—¿Sigues teniendo problemas? —preguntó Trixie.

—Los tengo, pero no estoy seguro de poder resolverlos —dijo Mart.

—¿Y cómo lo sabes? —preguntó Trixie, cerrando su libro de texto y acercándose a la silla en la que estaba sentado su hermano.

—El ordenador, desde su vasta sabiduría, me indica dónde están —dijo mientras le enseñaba una hoja que había sacado esa tarde de la impresora del ordenador.

Trixie se puso a leer en voz alta:

—«Cuidado… la palabra no está en el lugar que le corresponde. Fatal… falta información final. Cuidado… tipo argumental incorrecto. Advertencia… modelo de formato imposible».

—¡Guau! ¿Qué son todos esos «cuidado», «advertencia», y «fatal»…? ¿Errores en el programa? —preguntó Trixie.

—Errores ya existentes, o errores en potencia. Uno puede corregirlos o no hacerles caso. Por desgracia —añadió Mart— cada vez que me pongo a corregir un error, aparece otro en su lugar.

Trixie se dio cuenta de que su hermano estaba preocupado, lo cual no era muy frecuente en él.

—Pero ¿al final funcionará? —preguntó Trixie—. ¡Sólo falta semana y media para el concurso!

—El programa estará a punto para entonces, te lo aseguro —dijo Mart con la seguridad que le caracterizaba, pero al mismo tiempo le quitó la hoja de las manos con cierta violencia.

Trixie se levantó y volvió lentamente a la silla que había abandonado cuando estaba estudiando, si es que había empezado a hacerlo. Todavía no se había sentado cuando sonó el teléfono. Se levantó de un salto.

—¡Yo lo cojo! —dijo.

Cuando contestó, le sorprendió oír la voz de Nick.

—¿Cómo va todo? —preguntó.

—Bien —dijo Trixie—. ¿Y a ti qué tal te va?

Hubo un silencio breve; sin duda, Nick vaciló antes de responder.

—A mí bien, sí. Pero… ¿y el concurso?, ¿todo anda bien? —preguntó con insistencia.

Trixie sintió que se le formaba un nudo en la garganta.

—Pues sí. Sí, que yo sepa. ¿Por qué? —le contestó.

—Verás, es que tenía la radio encendida mientras estaba estudiando, y el locutor ha dicho que el concurso ha sido cancelado. Pero me figuro que le entendí mal, si tú dices que va sobre ruedas…

—El concurso sigue en marcha… pero es posible que hayas oído algo así —dijo Trixie.

—No lo entiendo —dijo Nick.

—Yo tampoco. Pero voy a averiguarlo enseguida. Gracias por llamar, Nick —dijo Trixie despidiéndose rápidamente.

Al llegar al estudio dijo muy compungida:

—Nick Roberts acaba de oír en la radio que el concurso ha sido cancelado.

—¿Cancelado? —dijo Brian—. ¿Y quién ha podido hacer una cosa así?

—No lo sé —dijo Trixie—, pero me voy a enterar.

Cuando se dirigía de nuevo al teléfono, volvió a sonar. Esta vez, al descolgar el auricular, oyó la voz temblorosa de Honey Wheeler.

—¡Trixie! ¿A que no sabes lo que ha pasado?

—¿Lo has oído en la radio? —le dijo Trixie.

—¿Tú también? —preguntó Honey.

—Yo no. Nick Roberts, y ha llamado enseguida para decírmelo. Es otro acto de sabotaje, Honey. Estoy convencida.

—¿Y qué vamos a hacer? —dijo Honey.

—Lo primero, llamar a la emisora de radio y decirles que, no ha sido cancelado. Luego procuraré enterarme de quién ha lanzado el bulo —dijo Trixie.

—De acuerdo, y cuando sepas algo, me avisas —dijo Honey antes de colgar.

Trixie buscó el número de teléfono de la emisora con manos temblorosas. Marcó el número, y contestó el locutor en persona.

—Me llamo Trixie Belden —le dijo—. Usted acaba de anunciar que el concurso de animales que estoy ayudando a organizar ha sido cancelado. Esa información es errónea. ¿Podría decirme de dónde la ha sacado?

—Pues de ti —dijo el locutor—. O de alguien que me ha dicho tu nombre. Aunque la voz no se parece en nada a la tuya. Perdona si ha habido algún malentendido.

Ya está ahí otra vez, la dichosa palabrita —pensó Trixie—. *Pero esto es más grave que un simple malentendido*.

—El concurso de animales no ha sido cancelado. Es muy importante que la gente lo sepa —dijo Trixie con voz lastimera.

—Naturalmente. Lo anunciaré varias veces esta noche, y me asegurará de que mañana por la mañana también se diga. Espero que esto no haya causado un daño irreparable.

Espero que no —pensó Trixie, preocupada.

Dio las gracias al locutor y colgó.

—¿Qué ha pasado, Trix? —preguntó Brian—. ¿Ya lo has arreglado todo?

Trixie contó a sus hermanos que se había tratado de una llamada falsa del impostor, pero que el locutor había prometido deshacer el entuerto.

—Esta vez nos hemos salvado de pura chiripa —dijo Mart—. Por suerte, nos hemos dado cuenta antes de que las cosas fueran a peor.

—Puede que la próxima vez no tengamos tanta suerte —murmuró Trixie.

—Será mejor que confiemos en que no habrá una próxima vez —dijo Brian.

—¿Y si esperar no basta? —dijo Trixie desafiante—. Yo creo que deberíamos pasar a la acción para defendernos del sabotaje.

—Y ¿qué podemos hacer? —preguntó Brian—. No tenemos

ningún sospechoso, y ni idea del motivo que hay detrás del sabotaje. Es más, ni siquiera sabemos si es o no sabotaje.

—¡Basta, por favor! —dijo Trixie con impaciencia.

Brian levantó la mano indicando a Trixie que le dejara terminar de hablar.

—El que se hayan propagado esos bulos es lógico que nos preocupe —concluyó—. Pero ¿cómo vamos a probarlo?

—La prueba ha de estar en algún sitio —dijo Trixie con tenacidad.

—Quizá —reconoció Brian—. Pero el encontrarla nos ocuparía demasiado tiempo y nos restaría energía, cosas que nos hacen falta.

—Eso es un razonamiento lógico de una razón razonable —añadió Mart con su habitual «vocabulario».

Al darse cuenta de que de nada le serviría discutir con sus hermanos, Trixie volvió al teléfono, en esta ocasión para llamar a Honey.

—¿Ya está todo arreglado? —preguntó Honey inmediatamente.

—Bueno, el concurso vuelve a estar en marcha, pero tenemos que averiguar quién es el responsable del sabotaje, Honey. De lo contrario… —dijo Trixie sin atreverse a terminar la frase.

—Ni siquiera sé por dónde empezar —dijo Honey desesperada.

—Yo sí… —dijo muy convencida—; por ejemplo, por Paul Gale.

—¿Crees que llamó a la emisora de radio y se hizo pasar por ti? —preguntó Honey sorprendida.

—No creo que lo hiciera él, pero pudo habérselo pedido a su ayudante.

—A Brian y a Mart, ¿les has contado algo de esto? —le preguntó.

—Se reirían de mí —respondió Trixie—. Y esto no es ninguna broma.

—Pero ¿qué podemos hacer nosotras? Los chicos no nos creerían sin pruebas, y si ellos no nos creen, ¿quién va a hacerlo? —dijo Honey muy nerviosa.

—Entonces necesitaremos más pruebas —concluyó Trixie.

—Pero ¿cómo?, ¿tienes algún plan? —añadió Honey.

La pregunta de Honey hizo que el cerebro de Trixie empezara a cavilar. No era nada definitivo, ya lo sabía, y tampoco iba a resultar cómodo, pero…

—Intentaremos algo —dijo Trixie—. Tal vez nos salga bien. Mañana vente bien abrigada al colegio, y di a tus padres que llegarás tarde.

—Pero qué… —empezó a decir Honey.

—No puedo decirte nada más en este momento, porque yo misma no sé nada. Mañana lo sabremos. Hasta entonces —dijo colgando el teléfono antes de que Honey pudiera formular alguna otra pregunta.

Por la tarde, al día siguiente, las chicas dijeron a sus hermanos que cogerían el segundo autobús para volver a casa.

—Queremos dar un paseo por la ciudad —dijo Trixie como si tal cosa.

Y las dos se metieron en el baño para poder ponerse los jerseys y las medias de lana que habían traído por la mañana.

—Casi no puedo ni moverme —dijo Honey, abrochándose el anorak por encima de los tres jerseys que llevaba puestos.

—Bueno, en realidad no te has vestido para moverte sino para esperar.

—¿Esperar qué? —preguntó su amiga, desconcertada.

Trixie, disfrutando de la intriga, pero a la vez preocupada por el éxito de su plan sólo respondió:

—Ya lo verás.

Y las dos chicas salieron del instituto y se dirigieron por segunda vez hacia la oficina de la Fundación contra el Hambre en el Mundo. El callejón de al lado del edificio era más estrecho de lo que Trixie recordaba y tenía una valla muy alta por detrás.

—Métete aquí, donde no te vean —dijo a Honey.

Ella, por su parte, se escondió detrás de su amiga, y abrió la cartera del colegio; sacó un cartel enrollado que anunciaba el concurso de animales, un paquetito de chinchetas y un martillo.

Honey lo observó todo con los ojos muy abiertos, pero no hizo más preguntas. Trixie tampoco explicó nada hasta después de salir del callejón, colocar el cartel en un poste telefónico que había fuera de la oficina de la Fundación, y volver al callejón.

—Ahora esperaremos a que Paul Gale pase por aquí vea el cartel —dijo Trixie.

—¿Y entonces qué? —preguntó Honey.

—¿Te acuerdas de la vez en que sospeché que Nick Roberts

estaba saboteando una de nuestras historias porque le vi arrancar un cartel en el colegio? Pues si Paul Gale le tiene tanta manía a nuestro concurso como yo me imagino, lo más probable es que reaccione con bastante violencia al ver el cartel —dijo Trixie.

—Pero el que Paul Gale pase por ahí y arranque el cartel no significa que él sea el saboteador —dijo Honey con escepticismo.

—Claro que no —dijo Trixie—. Lo único que significa es que vale la pena no perderlo de vista. Y puede que convenzamos a Jim, a Brian y a Mart de eso.

Honey resopló, pero por el frío, no por las palabras de Trixie.

—No tenemos ni idea de cuánto tiempo va a tardar Paul Gale en pasar por aquí, ¿verdad?

—Por eso te advertí que trajeras ropa de abrigo —le explicó Trixie.

Después las dos estuvieron en silencio un rato mirando fijamente el poste telefónico, y tratando de olvidarse del frío. Pero no pudieron permanecer así mucho tiempo. A los pocos minutos, Trixie empezó a sentir el dolor que le producía el frío en los pies. Las pisadas fuertes no servían más que para acrecentarlo. Luego sintió un hormigueo en la nariz y se la tapó con un guante. Pero la humedad de su aliento pronto le empapó el guante. Sabía que un frío húmedo era peor que el seco, así que decidió quitarse la mano de la boca. El viento helado le golpeó en la cara como si fuera un enorme bloque de hielo.

Miró a su amiga. Aunque Honey ya no era la niñita delicada que había conocido tiempo atrás, era de naturaleza más frágil, y más friolera. A Honey le brillaban los ojos, por las lágrimas, y tenía las mejillas coloradas.

No aguantaremos mucho más —pensó Trixie—. *Este plan es demasiado arriesgado como para seguir adelante. Vamos a coger una pulmonía*.

Justo entonces, las dos escucharon unos pasos en la acera. Trixie se echó hacia atrás, en el callejón, para asegurarse de que su sombra no la delataría. Luego, con cuidado, se adelantó para ver desde la esquina.

Miró y se quedó de piedra.

—¿Qué es? —susurró Honey.

—Hay alguien delante del poste telefónico, leyendo el cartel —

dijo Trixie.

—¿Paul Gale? —preguntó Honey.

—No lo sé. Sólo le veo la espalda. Ha alargado una mano hacia el cartel. Él…

El ruido del desgarro bastó para decirle a Honey lo que quería saber.

—Lo ha arrancado, ¿no? —dijo Honey.

Trixie asintió, muy nerviosa.

—¡Sí! ¡Él… maldita sea! Honey, échate para atrás. ¡Viene hacia aquí!

Honey la obedeció, pegando la espalda contra el muro. Trixie volvió a su lado.

Ambas esperaron en silencio; los pasos se oían cada vez más cerca. Trixie contuvo la respiración.

Entonces se sobrecogieron; una sombra avanzó por el callejón en el que se habían metido; El hombre se aproximaba…

Con el cartel todavía en la mano, el hombre se plantó delante, mirando fijamente a Trixie y a Honey, bloqueándoles la salida.

Un sospechoso menos • 9

—CREO QUE esto os pertenece —les dijo el hombre, sosteniendo el cartel en alto.

Trixie lo reconoció: era el elegante señor del mercado de Sleepyside. Sus ojos brillaban de forma especial.

—Yo lo coloqué en el poste telefónico —le dijo Trixie. Instintivamente, supo que no tenía nada que temer de él, pero el miedo que había sentido antes de saber quién era no la había abandonado por completo.

—¿Y te importaría explicarme el motivo? —preguntó sosteniendo el cartel en alto, cuyas letras negras sobre el fondo amarillo brillante parecían que resaltaban todavía más.

—Es publicidad… para que la gente venga al concurso —dijo Honey, armándose de valor.

—¿Y sentís algún deseo especial de que Paul Gale acuda a vuestro concurso? —preguntó el hombre, con ironía pero sin dejar de ser amable.

Trixie de pronto se sintió confusa. ¿Cómo iba a explicarle las sospechas que la acosaban? Luego trató de razonar fríamente.

Yo no tengo por qué explicar nada… y menos si este señor no lo hace. Después de todo, él está haciendo cosas tan raras como nosotras —pensó.

Estirando el cuello como dando a entender una confianza en sí misma que no sentía, Trixie preguntó:

—¿Podría usted convencer a Paul Gale para que viniera al concurso? Al fin y al cabo, están ustedes dos siempre tan cerca… por lo menos, estar metido en el coche, enfrente de la oficina, es estar cerca, ¿no?

Los ojos del hombre se entornaron, y su mirada se volvió sombría. Por un momento, Trixie notó que se estaba poniendo otra vez nerviosa.

Aquí estoy, atrapada entre los muros de dos edificios por un hombre a quien ni siquiera conozco, y encima le acusa de comportarse de un modo extraño. Desde luego, no tengo remedio —pensó Trixie para sus adentros.

Pero poco a poco el hombre volvió a recuperar la calma que Trixie había observado anteriormente y que le había inspirado confianza.

—Yo… —exclamó Trixie.

Estuvo a punto de decir que había sido Honey la que le vio metido en ese coche, enfrente de la oficina de la Fundación. Pero entonces se dio cuenta de que eso podía acarrear a su amiga más peligros que alabanzas.

—Yo… vi su coche allí, ayer por la tarde —concluyó.

—¡Uf! —exclamó el hombre, cambiando de tema—. Qué frío hace aquí fuera —dijo—. Vosotras dos estáis medio congeladas.

—Sí —admitió Honey.

—Hay un pequeño cafetín cerca de aquí —dijo el hombre—. ¿Por qué no vamos los tres a tomar algo caliente mientras seguimos charlando?

Trixie le miró fijamente a los ojos.

No puede haber ningún peligro en tomar una taza de chocolate caliente con él —pensó.

Justo cuando iba a acceder a su invitación, Honey se adelantó diciendo:

—Yo me voy a tomar un tazón de chocolate y cuatro melcochas.

El hombre se echó a reír; era una risa floja, espontánea. Trixie, una vez más, sintió que no había motivo para tener miedo.

—Pues entonces, vamos allá —dijo él, apartándose de la entrada del callejón y señalando el lugar con la mano—. Por cierto —dijo, tocándose levemente el ala del sombrero—, me llamo David Llewelyn.

Trixie y Honey se presentaron, se metieron las manos en los bolsillos y trataron de subirse un poco más el cuello de sus abrigos; luego fueron hacia el cafetín.

El silencio duró unos segundos después de sentarse los tres en los asientos plegables, cubiertos de vinilo, del fondo del café. Trixie y Honey pusieron sus manos alrededor de los tazones humeantes de chocolate, para calentárselas. David Llewelyn se distraía dando vueltas a su taza de café en la madera vieja y estropeada de la mesa.

Trixie sintió que se estaba poniendo nerviosa otra vez, y sabía que el mejor modo de combatirlo era rompiendo el silencio.

—Bueno. ¿Trabaja usted para Paul Gale? —preguntó.

David Llewelyn levantó la vista, algo sorprendido por la brusquedad de la pregunta. Pero volvió a mirar con un brillo especial en los ojos, igual que en el callejón.

—En cierto modo, sí. Según se mire… Pero creo recordar que fui el primero en pedir explicaciones, allí, en aquel callejón. Así que me parece que vosotras deberíais ser las primeras en darlas.

Trixie titubeó, pero Honey ya parecía sentirse muy segura junto a David Llewelyn.

—Sospechamos que intenta sabotear nuestro concurso —dijo.

Rápidamente, le refirió los detalles más significativos… la crítica que Gale había hecho en la televisión del concurso, el rumor, y la cancelación anunciada en la radio. Mientras hablaba, pareció percatarse de lo frágiles que eran sus sospechas, de la poca relación que Paul Gale debía tener con los hechos.

—Naturalmente, no tenemos suficientes pruebas para acusarle de nada —añadió—. Por eso colocamos el cartel… para ver cómo reaccionaba. Necesitamos más pruebas para saber que él es el que nos esta boicoteando.

David Llewelyn escuchó a Honey con una expresión de serenidad y calma. Cuando acabó, sin embargo, dijo muy seriamente:

—No creo que sea ese el estilo de Paul Gale.

—Ya sé que resulta extraño —dijo Honey—, teniendo la reputación que tiene de hacer buenas obras, pero…

La justificación que Honey dio acerca de sus sospechas fue interrumpida por un gesto de David Llewelyn, que levantó la mano diciendo:

—No es por eso por lo que pongo en duda vuestra teoría. A mí no me ciega el resplandor de la reputación de Paul Gale, creedme. Aun así, no estoy dispuesto a creer que haya estado saboteando personalmente vuestro concurso. Eso no concuerda con…

La frase quedó inacabada, en el aire. David Llewelyn se entretuvo sirviéndose otra taza de café de la cafetera, añadiendo una pequeña cantidad de crema, y moviendo el café con parsimonia.

Finalmente, estaba claro que no tenía intención alguna de terminar esa frase, al menos, en ese momento.

—¿Qué no concuerda con qué? —preguntó Trixie sin más rodeos.

David Llewelyn sacó la cucharilla de la taza y la agitó delicadamente. La dejó en el platito. Luego levantó la tacita y la sostuvo, como comprobando su peso. Por fin sorbió un poco de café, volvió a dejar la taza, y preguntó sin levantar la vista:

—Chicas, vosotras… ¿me guardaréis un secreto?

Trixie sintió una enorme alegría al oír sus palabras.

—Desde luego —dijo.

—Por supuesto —dijo Honey.

David Llewelyn volvió a sorber un poco de café. Luego continuó diciendo:

—Supongo que lo decís en serio, pero no sé si entendéis lo importante que es este secreto en particular. No podéis decírselo ni siquiera a vuestros padres ni a vuestros mejores amigos… o sea a nadie.

—Ya sabemos lo que es un secreto —dijo Trixie firmemente.

La mirada sincera de Trixie pareció convencer a David Llewelyn. Con las dos manos entrelazadas, encima de la mesa, empezó a decir:

—La idea de que Paul Gale esté saboteando vuestro concurso no concuerda con lo que he averiguado sobre él, como investigador que se ha dedicado a este caso concreto durante los últimos seis meses.

Esas palabras casi le cortan la respiración a Trixie. Vio que Honey se movía en su silla, inquieta, a su lado.

David Llewelyn parecía haber empezado a propósito, por lo más importante. Cuando volvió a hablar, fue de una manera más relajada.

—Soy un agente de la Oficina del Fiscal General —dijo—. Llevo veinticinco años trabajando como investigador. Me he especializado en casos de fraude al público a gran escala. Eso significa que alguien está timándole a la gente miles y miles de dólares.

—Como os he dicho, llevo investigando el caso «Paul Gale» unos seis meses. Tenemos razones para creer que la Fundación contra el Hambre en el Mundo es sólo una tapadera para sacar dinero. No tenemos pruebas… esto es algo que vosotras dos podéis comprender muy bien. Y mi trabajo consiste en encontrar alguna.

—¿Quiere decir que Paul Gale se queda con el dinero, en lugar

de entregárselo a los pobres? —preguntó Honey, asombrada.

—De hecho, lo que sospechamos es peor que todo eso —dijo David Llewelyn—. Es cierto que lleva el dinero a los países pobres. Aparentemente, hasta compra un poco de comida con él, para que su forma de actuar parezca correcta. Pero creemos que la mayor parte la invierte en joyas… rubíes, diamantes, esmeraldas… que vuelve a meter en el país y vende por una fortuna.

Trixie se había quedado con la boca abierta. Después tragó saliva pero siguió sin ser capaz de pronunciar una sola palabra.

—Veréis por qué dudaba de contaros todo esto. Si se lo dijerais a alguien, me meteríais en un buen lío. Peor aún, toda la investigación podría resultar inútil si alguien se entera de que se sospecha de él. Pero me pareció importante que conocierais la clase de persona que es Paul Gale.

—Pero si es capaz de quitarle el dinero a los pobres, ¿cómo está tan seguro de que no ha intentado boicotear nuestro concurso de animales? —preguntó Honey.

—Por eso mismo —dijo David Llewelyn—. Paul Gale maneja un capital enorme. Literalmente, millones de dólares. No va a arriesgar eso por un concursito insignificante. Y no pretendo ofenderos —añadió enseguida.

—Sin embargo, no tuvo reparo en atacar el concurso públicamente —dijo Trixie.

David Llewelyn les dio a entender que estaban equivocadas.

—¿Y qué peligro había en eso? Paul Gale ha construido su Fundación a partir de su imagen de joven agresivo. Eso es lo que atrae a la gente hacia él. Por extraño que parezca, la gente confía en él por esa razón. Les gusta su celo, su tendencia a propagar por todas partes sus «supuestos» ideales… sin que parezca importarle lo que la gente pueda pensar de él… Ha convencido a sus seguidores de que no se preocupa ara nada de sí mismo, sólo de los demás, sobre todo de los necesitados.

—Al criticar vuestro concurso en público… con palabras… reforzó su imagen de duro, de implacable. Pudiera ser la clase de circunstancia que necesitaba para obtener publicidad aquí, en Sleepyside.

—Pero boicotear el concurso podría costarle caro, ¿no cree? —concluyó Trixie.

—No me cabe la menor duda —afirmó—. Como mínimo, sus seguidores se sentirían engañados si le vieran acosando a un grupo de chicos que aman a los animales. Como máximo, podría llamar la atención de la policía. Y no creo que esa idea le atraiga en absoluto. Cualquiera que se interponga entre Paul Gale y sus millones puede estar seguro de que no le esperará un destino agradable. Eso os lo garantizo.

Había tal gravedad en la voz de David Llewelyn, normalmente tan sosegada, que Trixie sintió que un escalofrío le recorría el cuerpo.

—Así que más nos valdrá alejarnos de Paul Gale —dijo en voz baja.

—Me alegra que me hayáis comprendido —dijo David Llewelyn sonriendo—. Ha merecido la pena invitaros a chocolate —añadió mientras guardaba la cuenta que la camarera había dejado en la mesa—. Ahora será mejor que vuelva a mi trabajo, y vosotras a casita.

Trixie entonces se levantó de la silla.

—El caso es que seguimos sin saber quién está saboteando el concurso —dijo preocupada.

El investigador vaciló mientras iba hacia el cajero.

—Es verdad, no lo sabéis —dijo, dando a entender un enorme interés—. Bueno, si tenéis más problemas, llamadme. Estoy en el Hotel de Sleepyside. Nos reuniremos, y hablaremos del caso.

—¿En serio? ¿Lo dice de verdad? —preguntó Trixie entusiasmada.

Al rememorar todas las veces que el sargento Molinson, de la comisaría de Sleepyside, se había negado a atenderla, la idea de que un investigador de verdad estuviera dispuesto a discutir un caso con ella parecía demasiado buena para ser real.

—En serio —aseguró David Llewelyn—. Después de todo, gracias a mí tenéis un sospechoso menos. Lo menos que puedo hacer es ayudaros a encontrar otro. Pero, sinceramente, espero que no tengáis más problemas con vuestro concurso.

En el último momento • 10

SIN EMBARGO, al día siguiente, sin ir más lejos, se complicaron las cosas.

Fue el sábado por la tarde. Trixie había vuelto a casa, después de estar inscribiendo gente en el mercado. Estaba en su cuarto, estudiando historia universal, cuando alguien llamó a su puerta suavemente, y luego más fuerte. Esta llamada especial ya la había oído Trixie antes. Se sentó en la cama algo contrariada.

—Entra si quieres, Bobby —dijo en voz alta—. Pero Reddy tiene que esperar fuera.

—Vale —gritó Bobby Belden.

Luego, en voz baja, añadió:

—Tú espera aquí, Reddy. No, espera aquí. ¡Espera! ¡Reddy! —gritó con impaciencia hasta que empezaron a oírse a la vez una serie de golpes, gritos y ladridos.

Trixie volvió a protestar.

—Venga, vale. Que entre Reddy —accedió al fin.

Inmediatamente, la puerta se abrió de golpe. Reddy irrumpió en el dormitorio con la cabeza bien alta; la lengua le colgaba mientras jadeaba sin parar. Bobby siguió a su perro, y sólo el hecho de que tenía dos piernas, en lugar de cuatro patas, parecía impedirle imitar al animal. Poco a poco, la emoción del perro por haber entrado en la habitación de Trixie fue disminuyendo, y se sentó junto a Bobby, que se había acomodado en la silla del escritorio de Trixie.

—Ahora —dijo Trixie—, dime, ¿a qué se debe esta visita inesperada?

Bobby al principio no contestó. Se quedó mirando a Reddy y le dio unas palmaditas en el lomo.

—Bobby, cariño, quiero ayudarte, si puedo. Pero tengo que estudiar. Así que dime lo que te pasa —suplicó su hermana.

Bobby se aclaró la garganta y miró fijamente a Trixie.

—Quiero que Reddy participe en el concurso del sábado —dijo sin más.

Trixie suspiró.

—Pero no es posible, Bobby —dijo, decidiéndose por una

explicación directa.

—¿Y por qué no? —preguntó Bobby.

—Decidimos que, como los Bob-Whites organizábamos el concurso, ninguno de nosotros podríamos apuntar a nuestros animales.

—Pero yo no soy Bob-White —replicó inmediatamente Bobby—. Siempre estás diciendo que soy demasiado pequeño para ser un Bob-White.

—Y lo eres —dijo Trixie, inflexible.

—¿Y entonces por qué no puedo apuntar a Reddy en el concurso? —preguntó Bobby.

—Porque Reddy también es mío, y yo soy una Bob-White n —dijo Trixie.

—Tú nunca juegas con Reddy, ni te lo llevas a pasear. Ni siquiera le das de comer, si mamá no te obliga —le dijo reprochándole su actitud.

—Reddy es tu perro, Bobby —le explicó Trixie pacientemente—. Tú lo sabes, y yo también lo sé. Pero los demás creen que pertenece a toda la familia. Y si ven que apuntamos a Reddy, dirán que hay tongo. Y por eso no podemos apuntarlo. ¿Lo entiendes?

Bobby se puso a mirar fijamente a la nuca de su perro. Empezó a hacer pucheros, y se le encendieron las mejillas.

Ay, por favor, que no llore —dijo Trixie para sus adentros.

Pero Bobby no se puso a llorar.

—Vale —dijo con una entereza poco frecuente en él—. Si yo no puedo apuntar a Reddy en el concurso porque los Bob-Whites no pueden apuntar a sus animales, entonces… ¿puedo ser del club de los Bob-Whites?

—¡Eso es chantaje! —gritó Trixie.

—¿Y eso qué es? —preguntó Bobby, mirando a su hermana con los ojos muy abiertos.

—Olvídalo —se apresuró a decir—. Escucha, esta decisión no puedo tomarla yo sola. Los Bob-Whites toman todas sus decisiones importantes juntos. En nuestra reunión de mañana veré qué les parece la idea de que apuntes a Reddy en el concurso.

—O de convertirme en un Bob-White —añadió Bobby.

El domingo por la tarde, como era de esperar, hubo un coro de protestas, cuando Trixie explicó a los demás Bob-Whites los deseos de Bobby.

—Bueno, no podemos dejar que Bobby sea del club. De eso más vale no hablar —dijo Honey.

Jim se encogió de hombros.

—Yo creo que deberíamos dejar que apunte a Reddy al concurso. Después de todo, nosotros sólo somos los organizadores, no los jueces. No pueden acusarnos de favoritismo si Reddy gana algún premio.

Trixie se dejó convencer.

—Vale; además, nuestro Reddy está tan loco que es imposible que gane nada.

—Ah, no, algo sí que ganará —dijo Jim—. Recuerda que todos los animales de este concurso ganan algo.

—Hablando de ganar… —empezó a decir Honey sin llegar a terminar la frase.

En lugar de eso, se volvió y miró a Mart.

—Ya sé —adivinó Mart—. Quieres saber cómo va el programa. No te preocupes. Tengo previsto que esté listo para el lunes.

—¡Hurra! —gritó Honey—. He de reconocer que estaba algo preocupada.

Los Bob-Whites dieron por terminada la reunión con esa nota alegre, pero a los Belden de regreso a su casa, en Crabapple Farm, les esperaba una sorpresa desagradable. Nada más entrar oyeron que Bobby estaba llorando a mares.

—¿Qué pasa? —exclamó Trixie—. ¿Qué le ha sucedido a Bobby? —preguntó mientras subía corriendo a su cuarto, sin pararse siquiera a quitarse el abrigo.

Bobby estaba tendido en la cama, boca abajo. La señora Belden se había sentado a su lado, tratando de calmarlo acariciándole la espalda.

Bobby miró a sus hermanos cuando entraron en su habitación.

—Se ha perdido; se ha perdido y no va a volver nunca más —exclamó entre sollozos.

—¿Qué? —dijo Trixie mirando a su madre, confiando en que ella les dijera algo menos terrible.

—Reddy y Bobby salieron a jugar después del almuerzo. Reddy se quedó fuera, y Bobby no se dio cuenta hasta que estaba a punto de regresar a casa. Entonces no nos preocupó, pero eso fue hace cuatro horas. Y ya son muchas horas para que Reddy esté ahí fuera, con este frío.

—Bah, Bobby —dijo Trixie tratando de tranquilizarlo—, no ha transcurrido tanto tiempo. Reddy volverá.

—¿Tú crees, Trixie? —preguntó Bobby, frotándose los ojos.

Trixie se arrodilló a su lado.

—Claro, Bobby. Siempre andamos burlándonos de él, diciendo que es el perro más tonto del mundo, pero Reddy es un perro muy listo, y sabrá volver a casa.

—Pero ¿cuándo, Trixie? —preguntó Bobby—. ¿Cuándo vendrá Reddy a casa?

—Antes de que anochezca, ya lo verás —dijo Trixie.

Pero a la mañana siguiente Trixie se arrepintió de haberle asegurado nada a Bobby. Todavía no había ni rastro del setter irlandés cuando Jim y Honey pasaron con la furgoneta a recoger a los tres hermanos para ir al colegio. Bobby estaba más triste que la tarde anterior.

Los dos Wheeler se quedaron de piedra al enterarse de que Reddy había desaparecido.

—Reddy no es de los que se escapan —dijo Honey.

—No creo que se haya escapado —dijo Trixie—. Yo pienso que lo han robado.

—Bah, Trix, no digas esas cosas —dijo Brian—. Reddy es una monada, pero tampoco vale tanto. ¿Quién va a querer llevárselo?

—El mismo que quiere arruinar el concurso —replicó Trixie—. Después de todo lo que ha pasado, ahora se llevan a nuestro perro para que cancelemos el concurso.

—Sólo una futura detective llegaría a una conclusión semejante —dijo Mart.

—¿Tienes alguna mejor? —dijo Trixie desafiándole.

—¿Para justificar la desaparición de Reddy? —dijo Brian—. Claro. Una liebre tentadora, o algún vecino que se encontraba solo. A lo mejor el viejo Brom lo ha tenido con él esta noche, pensando que hacía demasiado frío para enviarlo a casa. Él no tiene ni coche ni teléfono. Apuesto lo que queráis a que Reddy estará en casa esta tarde, a la vuelta del instituto.

—¿Y cómo explicas lo del bulo y lo de la radio? —preguntó Trixie—. No creerás que también fue el viejo Brom, ¿verdad?

Brian ya empezaba a perder la paciencia.

—Claro que no —dijo subiendo el tono de voz—. Yo no sé quién será el responsable de esas cosas, ni me importa, porque tampoco pasó nada. No voy a romperme el cráneo averiguándolo, y tú tampoco deberías.

Jim ya había entrado con la furgoneta en el aparcamiento de la escuela mientras Brian hablaba. Antes de que la furgoneta parase del todo, Trixie abrió la puerta y salió disparada. Sin mirar atrás, fue corriendo hacia el colegio a grandes zancadas.

—¡Trixie, espera! —gritó Honey.

—Hay veces que estos chicos me sacan de quicio —dijo Trixie

cuando Honey llegó junto a ella—. Brian vio cómo estaba Bobby ayer por la tarde. No sé por qué se pone así.

—Brian está preocupado por Bobby —repuso Honey suavemente — pero no cree que secuestraran a Reddy, eso es todo.

—Bueno, pues yo sí, eso es todo —dijo Trixie en tono desafiante.

Hurgó en su bolso, y al final sacó una moneda que tenía en el fondo.

—Voy a llamar a David Llewelyn —dijo de repente. Luego se dirigió a un teléfono, acompañada por Honey.

Trixie dejó recado de que ella y Honey estarían en el cafetín esa tarde, después de las clases.

—Quisiera que nos viéramos allí para discutir sobre un problema del que ya hemos hablado —dijo—. Escuchó cómo la operadora repetía el mensaje, le dio las gracias, y colgó.

Trixie pasó el resto de la mañana como si se encontrara en un laberinto. Estuvo distraída durante el almuerzo. También Mart parecía ausente, quizá porque las correcciones en el programa del ordenador habían resultado «erróneas».

—Me han dado permiso para llevarme un ordenador a casa esta noche —dijo—. Supuse que no te importaría, Jim, ya que has traído la furgoneta.

Jim le dio a entender que no le importaba.

—Aunque vamos a tener que apretarnos… ¡siete personas y un ordenador! Bah, pero eso no es problema —dijo.

—Honey y yo os dejaremos a vuestra anchas —se apresuró a decir Trixie—. Cogeremos el autobús.

—Pero si no hace falta —dijo Jim.

—No… pero tampoco nos importa —dijo enseguida Honey.

—¿Lo ves? Eso soluciona el problema —le dijo Jim a Mart.

Y tanto —pensó Trixie con alivio.

Mejor o peor, Trixie y Honey sobrevivieron a la tensión de las horas siguientes y terminaron encontrándose en el cafetín, esperando a David Llewelyn. El hombre, tan correcto como siempre, no les hizo esperar demasiado tiempo.

—¿Decís que han surgido problemas? —preguntó, frunciendo el entrecejo, mientras se sentaba.

Trixie asintió y, sin más vacilaciones, le contó que el perro había desaparecido y que su hermano pequeño estaba muy triste.

—Pobrecillo —dijo David Llewelyn—. Realmente es un problema. ¿De verdad piensas que tiene relación con lo de la radio y todo lo demás?

—Estoy absolutamente convencida —dijo Trixie—. Reddy está muy mimado. No se atrevería a alejarse de casa con este tiempo tan malo él solo.

—¿Y crees que Paul Gale está detrás de los tres incidentes? —preguntó el investigador.

—No lo sé —replicó Trixie—. Usted me convenció ayer de lo contrario, pero de todos modos…

—De todos modos —repitió David Llewelyn—. Ya veo. Tú también me convenciste a mí.

—¿Quiere decir que ahora piensa que Paul Gale está implicado? —preguntó Trixie, muy nerviosa.

—No es eso, pero ahora no estoy tan seguro de que no lo esté. Por extraño que parezca, Paul Gale le tiene una cierta aversión a ese concurso. Puede que, personalmente, crea que le está restando donaciones que podría recibir. Esta teoría no tiene mucha lógica, pero seis meses de lógica no me han ayudado mucho en este caso —terminó diciendo.

—Harán falta muchas más pruebas para convencer a la gente de algo aparentemente ilógico —dijo Trixie, que conocía el tema por propia experiencia—. Y no hay modo alguno de demostrar que a Paul Gale le resulta insoportable lo del concurso de animales.

—En realidad, sí que lo hay —dijo David Llewelyn—. Pero de ninguna manera quiero meteros en esto. Lo he pensado largo y tendido antes de contaros nada.

—¿El qué? —se apresuró a decir Trixie—. ¿De qué se trata?

—Bueno, podríamos utilizaros como cebos… es decir, enviaros a la oficina con un micrófono oculto. Podríais intentarlo… hacer que hable más de la cuenta. Si Gale dice algo que se parezca, aun remotamente, a una confesión, yo lo oiría… y utilizaría la grabación como prueba de su culpabilidad.

—¡Vamos a hacerlo! —exclamó Trixie entusiasmada.

—Eh, espera… pensad en el riesgo. Si os tiene manía a vosotras, o a vuestro concurso, este incidente sólo serviría para empeorar las cosas. Si se pone violento allí mismo yo podré acudir en vuestro auxilio. Pero si mantiene la calma y se toma alguna represalia más

tarde, entonces estaréis solas.

—¡Acudir en nuestro auxilio! —repitió Trixie—. Me da igual —añadió después de aclararse la garganta—. Si nos sirve para conseguir la prueba que necesitamos, y demostramos que Paul Gale es el saboteador, habrá valido la pena. Adelante, colóqueme el micro.

—Pues entonces a mí también —dijo Honey—. No voy a dejar que vaya sola.

David Llewelyn sonrió al oírlo.

—No es necesario que llevéis dos micros. Pero si vais las dos juntas, estaréis más a gusto ¿no es así?

Después se metió la mano en el bolsillo y sacó un micrófono. Era pequeñísimo, algo así como la goma de un lápiz. Llevaba un ganchito por detrás, que Llewelyn enganchó al cuello de cisne del jersey de Trixie.

—No te olvides de abrocharte el abrigo, para que no se te vea el micro —dijo.

—¿Ya está? ¿Eso es todo? ¿Ya estoy lista? —preguntó Trixie.

—Sí —contestó David Llewelyn—. Pero antes de entrar en el edificio, mira hacia atrás. Para entonces, yo habré comprobado que el aparato funciona bien. De no ser así, os haré señas para que volváis.

Trixie miró a Honey.

—Manos a la obra —dijo.

Las dos chicas salieron del cafetín, seguidas a una distancia prudente por David Llewelyn. Al llegar a su destino, se volvieron. David Llewelyn fingía que estaba mirando un escaparate.

—¿Esperamos a que nos dé la señal de que todo va bien? —preguntó Honey.

—Esa es la señal —le dijo Trixie.

Después, abrió la puerta de la oficina y entraron.

No había ni rastro de la rubia del otro día. Fue Paul Gale en persona quien las recibió.

—Buenas tardes —dijo—. Bienvenidas a la Fundación contra el Hambre en el Mundo. ¿Os gustaría ver cómo trabajamos aquí?

—Sí —dijo Trixie—. Mire, a nosotras también nos encanta organizar campañas en favor de alguna noble causa, y hemos pensado en contribuir de alguna manera con la Fundación.

A Paul Gale le brillaron los ojos.

—¡Eso es estupendo! —dijo—. Agradecemos especialmente la ayuda de los jóvenes.

—Bien. Estoy segura de que nos gustará ayudar. Lo malo es que… —dijo haciendo una pausa para respirar hondo y calmar un poco los nervios— no podemos empezar todavía. Ahora mismo estamos ocupadas con un proyecto para salvar a las aves de caza que están muriendo este invierno.

A Paul Gale se le ensombreció la mirada.

—¡Ah, ya entiendo! No sé cómo no os he reconocido hasta ahora —dijo entornando los ojos—. Bueno, me alegra haberos convencido de que eso de dar de comer a los pájaros es una pérdida de tiempo. No os culpo por querer terminar lo que ya habéis empezado, naturalmente. Pero estoy contento de que hayáis decidido hacer algo que realmente valga la pena.

Trixie notó cómo le crecía la furia por dentro y sintió unas irresistibles ganas de gritar.

¡Al menos estamos haciendo algo por los animales, y no sólo por nosotras mismas y por un grupo de traficantes de joyas!

Pero su propósito de guardar el secreto de David Llewelyn la obligó a morderse la lengua.

—Siempre nos han interesado las causas que valen la pena —dijo Honey con una voz exageradamente dulce—. Y usted se irá dando cuenta conforme vaya pasando el tiempo.

¡Ay, esta Honey, qué bien lo hace! —pensó Trixie—. *Está diciéndole cosas terribles a Paul Gale, y él ni se entera*.

Y así era. Paul Gale no llegó a captar la ironía de Honey.

—De eso estoy completamente seguro —dijo con una sonrisa.

Su barba espesa le ocultaba casi todo el rostro, y su sonrisa no consistía más que en enseñar los dientes.

Parece una bestia hambrienta —pensó Trixie.

Paul Gale se puso a pronunciar el mismo discurso que su ayudante les había dado el día anterior. Ellas escucharon atentamente disimulando su rabia. Trixie se enfurecía más cada vez que Paul Gale hacía mención a la «noble causa». Pero Honey, conforme iba irritándose más, ponía la voz más dulce.

Finalmente, las dos amigas consiguieron desembarazarse de él e ir hacia la puerta. Fuera, Trixie dijo algo entre dientes y se alejó a buen paso.

—Se suponía que teníais que provocar que se enfadara —les reprochó David Llewelyn, apareciendo de repente—. Lo que habéis hecho es enfadaros vosotras mismas.

Trixie se echó a reír, avergonzada.

—Sí. Me sacó de quicio pero lo que más me molesta es que no hayamos logrado nada.

—Bueno, yo no diría tanto —dijo David Llewelyn, quitándole a Trixie el micrófono del cuello de su jersey—. Después de seis meses detrás de Paul Gale, ya me estaba desanimando. El oírle hablar con ese cinismo ha hecho que me hierva la sangre… y si hace falta seguiré otros seis meses detrás de él.

—Ojalá no sea así —dijo Trixie—. Si hay alguna otra cosa que podamos hacer, cuente con nosotras.

—Gracias —dijo David Llewelyn—. Pero más vale que tratéis de resolver vuestro propio misterio.

Confrontación informática • 11

DESPUÉS DE TODO, a Trixie le quedó muy poco tiempo para pensar esa tarde. Se estaba quitando el abrigo cuando Bobby fue corriendo hacia ella. No estaba llorando, pero tenía los ojos hinchados e irritados.

Trixie lo abrazó cariñosamente.

—¿Se sabe algo… de Reddy? —preguntó con dulzura.

La pregunta y el nombre bastaron para que Bobby rompiese a llorar desconsoladamente.

—No se sabe nada —dijo entre sollozos—. Mamá y yo hemos estado indagando esta tarde. Dijo que vosotros me ayudaríais a mirar esta noche. Pero Mart tiene que trabajar con su ordenador, y Brian va a hacerle un encargo a papá. ¿Y tú? ¿Me ayudarás a buscarlo? ¡Por favor!

—Por supuesto —le dijo Trixie sin vacilar.

Los dos Belden registraron los alrededores de Crabapple Farm hasta que se les durmieron los pies del frío. Gritaron hasta quedarse afónicos. Pero no había ni rastro de Reddy. Finalmente, preocupada de que Bobby pudiera caer enfermo por el frío que hacía, persuadió al pobre niño de que debían regresar a casa.

—Brian y yo saldremos otra vez después de la cena —le prometió Trixie.

La cena, aquella noche, transcurrió en medio de un clima un tanto fúnebre, que nada tenía que ver con el ambiente alegre que solía haber entre los Belden. Bobby no hizo más que jugar con la comida. Mart, que era siempre el más hablador, apenas pronunció una palabra. Llegó a la mesa en el último minuto, se sirvió rápidamente su filete de ternera con puré de patata, repitió, y pidió que le disculparan, ya que tenía que seguir trabajando con el ordenador.

Después de la cena, Trixie ayudó a su madre a lavar los platos, mientras Brian se disponía a ir en busca de Reddy. Luego Trixie se unió a él, y los dos hicieron otra ronda, llamando a Reddy una y otra vez; Pero, una vez más, todo fue inútil.

Cuando Trixie y Brian regresaron, Bobby, al ver que no habían

logrado nada, se puso a llorar otra vez.

—Ven —dijo Trixie, abrazándolo mientras subía con él a su habitación.

—Voy a lavarte la cara, que la tienes toda llena de churretes, y luego te voy a contar algunas historias que yo he oído sobre perros que se han perdido durante días, semanas, y hasta meses, y que al final han regresado a casa.

—¿De veras? —preguntó Bobby—. ¿Eso es verdad?

—Te doy mi palabra —le dijo Trixie.

Espero que con Reddy suceda lo mismo —pensó.

Trixie no tuvo que recordar muchos finales felices, de todas formas. Con el día tan atareado que había llevado Bobby, se durmió enseguida. Trixie le besó en la mejilla, algo cortada por el frío, y salió de puntillas de su cuarto, cerrando la puerta sigilosamente.

Al pasar por delante de la habitación de Mart, le oyó decir, con un tono exagerado:

—¡No entiendo nada!

Trixie entró sin hacer ruido.

—Tu programa sigue sin funcionar, ¿verdad? —dijo, comprendiendo lo mal que lo debía estar pasando.

—Funciona a la perfección —dijo Mart—. Eso es lo que no entiendo. Tenía tal follón de correcciones que decidí empezar por el principio. Así que inicié el programa siguiendo los mismos pasos de hace dos semanas, en el instituto, sin introducir ningún cambio, ni modificaciones… ¡y ahora funciona! .

—Meterías la pata en algo, si ahora va bien y antes no paraba de detectar errores —insistió Trixie.

—No; te aseguro que metí este mismo programa en el ordenador —dijo Mart con cabezonería—. Me costó más de una hora. A la mañana siguiente llegué, y al querer ponerlo en marcha… —continuó, poniéndose de pie de un salto y apartándose del ordenador como si este fuera a explotar—. Sólo hay una explicación. ¡Alguien manipuló mi programa cuando me fui de la sala de ordenadores!

Mart seguía mirando el ordenador fijamente. Se quedó allí plantado, con los pies separados y las manos en los costados. Había adoptado, según vio Trixie, la postura de un pistolero a punto de sacar el revólver y meterle seis balazos al malo de la película.

El contemplar a Mart en esa postura tan grotesca la descargó de la tensión que había sentido toda la noche; de pronto, empezó a reírse a carcajadas.

Mart se volvió y la miró enfurecido.

—¿Te parece gracioso que alguien manipule mi programa con el propósito de fastidiarme el trabajo? —gritó lleno de cólera.

De alguna manera, la rabieta de Mart ponía una nota de humor a la tragedia.

—No, que va —dijo Trixie, pero sus carcajadas demostraban lo contrario—. Lo siento. Ha sido uno de esos días, supongo… Pero ¿estás seguro de que alguien ha querido estropearte el programa?

—¿Y cómo lo explicas si no? —preguntó Mart—. Este es el mismo programa que metí en el ordenador hace dos semanas. Ahora va como la seda, pero entonces… bueno, ya lo viste. Por eso he perdido todo este tiempo tratando de corregir los errores.

—¿Y quién va a hacer algo así… y por qué? —insistió Trixie.

—La razón no la sé, pero sí sé quién ha sido —dijo Mart, muy serio—. Haría falta tener mucha experiencia con ordenadores para hacer una cosa así sin que yo me haya dado cuenta hasta ahora. Y sólo hay una persona en la clase que sabe tanto como para eso.

—¡Gordon Halvorson! —exclamó Trixie.

—Gordon Halvorson —confirmó Mart.

—Pero ¿por qué? —volvió a repetir Trixie—. Yo pensaba que Gordon había estado queriendo ayudarte en todo.

—Sí, aparentemente —dijo Mart—. Pero puede que esa vocación de socorrista le haya servido de excusa para ver lo que hacía y asegurarse de que no iba a poner el programa en orden.

—Pero Mart… no entiendo… —empezó a decir Trixie cuando, de pronto, Brian entró en la habitación.

—¿Todavía tienes problemas con el programa? —preguntó.

—Ya no —dijo Mart—. El problema, ahora, es distinto —añadió, contándole todo lo que habían estado hablando.

Brian se quedó de piedra.

—¡Lo que nos faltaba! —dijo—. Bueno, menos mal que ya está solucionado. Ya empezaba a pensar que no eras tan listo como presumías.

—Magnífico… otro chistoso —dijo Mart.

—Esto no tiene ninguna gracia, Brian Belden —dijo Trixie,

olvidando que tan sólo unos minutos antes ella misma había estado a punto de morirse de risa—. Gordon estropeó el programa de Mart deliberadamente. Lo que hizo está muy mal, y alguien ha de asegurarse de que no lo vuelva a intentar.

—Tienes razón, Trixie. Perdona, Mart —dijo Brian disculpándose—. Supongo que tenía tantas ganas de que terminases el programa para podernos dedicar de lleno al concurso y a buscar a Reddy… Pero es verdad… hay que enfrentarse a Gordon.

Mart se hundió en la silla. Buscó una tecla en la parte de atrás del ordenador y lo desconectó. La pantalla se apagó al instante, pero Mart siguió mirándola.

—Por lo menos ya puedo despedirme del dichoso programa —dijo dando un profundo suspiro.

—¿Despedirte? —replicó Trixie—. El ponerlo en marcha no ha sido más que el principio. Ahora vas a tener que meter todos los datos de los animales.

Mart abrió los ojos como platos. Se volvió y miró a Trixie, desesperado.

Y otra vez Trixie y Brian se echaron a reír.

Mart todavía no estaba de humor para esas cosas. Se levantó de la silla como un zombie.

—Me voy a la cama —fue todo lo que dijo.

—Que sueñes con los angelitos —dijo Trixie con dulzura.

Y entonces, una vez más ahogándose de risa, salió de la habitación de su hermano y se fue a la suya.

Sola en su dormitorio, sin embargo, Trixie sintió un fuerte dolor de cabeza como consecuencia de los ataques de risa que le habían dado minutos antes.

Los problemas de Mart con el programa han terminado, pero aún nos quedan tantos por resolver que no sé cómo nos apañaremos de aquí al sábado.

Y se sumió en un profundo sueño lleno de pesadillas.

En uno de esos sueños se encontró paseando con Reddy por Glen Road. El setter, tan juguetón como siempre, se lanzó hacia adelante de pronto, arrancándole de las manos la correa. Ella lo llamaba, pero el perro iba persiguiendo a un chico. El chico se volvió justo cuando Reddy se le echaba encima, y Trixie vio el rostro aterrorizado de Gordon Halvorson. Reddy lo tiró al suelo, y Trixie

fue corriendo a apartar al perro y a ayudar a que Gordon se pusiera en pie. Pero cuando llegó, Gordon se había transformado en Paul Gale, y era el hombre el que estaba atacando al perro, y no al revés.

En su sueño, Trixie gritaba desesperadamente, pero nadie acudía en su ayuda. De pronto vio que Norma Nelson estaba allí, de pie, en silencio, a un lado de la carretera.

—Ayúdame, por favor —gritó Trixie.

Norma, por toda respuesta, lanzó unos granos de maíz al aire, como si fueran confetis.

A la mañana siguiente, Trixie se despertó como si hubiese tenido que pelear contra siete gigantes. Se metió en el coche con sus hermanos con la cartera de Mart a cuestas, para que él pudiera Hevar el ordenador.

Una vez en el colegio, acompañó a Mart a la sala de ordenadores, para entregarle la cartera después de dejar el ordenador en su lugar.

La sala de ordenadores era enorme. Había una mesa y una pizarra, y cuatro filas de pupitres para que los estudiantes asistieran a las clases. Los ordenadores, en sus mesitas especiales, estaban puestos junto a las paredes laterales.

Mart fue hacia una de las mesitas vacías, para volver a poner en su lugar el ordenador, pero al ver a un estudiante trabajando solo con un ordenador, en un rincón, se detuvo.

Trixie tuvo ganas de volverse y echar a correr al ver a Gordon Halvorson; se preguntó si Mart sentiría lo mismo. Pero era quizá demasiado tarde. Gordon les había oído entrar y se volvió hacia ellos.

—Buenos días —dijo alegremente, levantándose de la silla.

Era un muchacho alto y delgado, con los cabellos castaños y un flequillo que le caía sobre la frente.

—¿Hiciste algún programa anoche? —le preguntó a Mart.

—Sí —dijo Mart, dejando en su sitio el ordenador.

—Hombre, me alegro —dijo Gordon, sin darse cuenta de la sequedad con que su compañero le había contestado—. Trabajaremos en él esta mañana, en clase. A ver si te resuelvo de una vez por todas esos errores.

—Ya no hay errores —dijo Mart. Hubo un momento en que pareció que sería incapaz de decir algo más, pero hizo un gran

esfuerzo y añadió—: Sé lo que has estado haciendo, Gordon.

Gordon se quedó asombrado y negó todos los actos que se le imputaban pero no logró convencer a los Belden.

—Yo… yo no sé de qué me estás hablando —balbució.

—Lo sabes perfectamente —dijo Mart.

Después de la primera acusación, Mart se quedó más tranquilo.

—Has estado saboteando mi programa mientras fingías ayudarme. Anoche inicié el programa como la primera vez, hace dos semanas, y funcionó correctamente.

Gordon seguía perplejo.

—Extraordinaria ocurrencia —dijo—. Yo creí que te pasarías la vida intentando hacer arreglos parciales. Ni se me pasó por la cabeza que pudieses empezar por el principio.

Qué valor —pensó Trixie—. *Incluso ahora nos mira por encima del hombro*.

—¿Y no te parece que nos debes una explicación? —preguntó.

Gordon desvió su atención hacia Trixie.

—Me imagino que sí. Bueno, en primer lugar hice unos pocos cambios en los datos básicos… de manera que no pudieran localizarse en una comprobación sencilla. De vez en cuando, introduje cambios en los lazos de cada bloque y…

—Pero ¿por qué? —preguntó Trixie perdiendo el control de sus nervios.

Gordon miró al suelo, tocando las teclas de su ordenador, casi acariciándolas.

—Pues pensé que, por una vez, vosotros, los Belden, podríais dejar que algún otro os aventajara.

Trixie miró a su hermano para ver si había entendido lo que Gordon había dicho. Pero, al ver que Mart se encogía de hombros, Trixie preguntó:

—¿Y eso qué quiere decir, Gordon?

Gordon miró a Trixie. Tenía los labios apretados, en un gesto de rencor.

—Vosotros, los Belden, y vuestros amigos, los ricachones… siempre andáis metidos en el mismo paquete, viviendo en vuestro pequeño mundo, trabajando en vuestros pequeños proyectos. Os consideráis demasiado listos como para mezclaros con el resto de nosotros. Y pensáis que nadie tiene nada que ofreceros, porque ya

lo tenéis todo, sois inteligentes, tenéis dinero… —dijo con amargura.

—¡Eso no es verdad! —gritó Trixie.

—¿Ah, no? Bueno, mirad lo que pasó cuando quise ayudar a tu hermano con los ordenadores. No me dejó ni que me acercara; me apartó de su lado como a un apestoso —dijo Gordon.

—No es cierto —repuso Mart—. Te agradecía que me echaras una mano, pero no podía aprender nada por el mero hecho de mirarte. Necesitaba una oportunidad para hacer las cosas a mi manera y aprender a solucionar mis propios errores. Pero tú no me dejaste.

—¿Que yo no te dejé? ¡Eso sí que tiene gracia! —exclamó Gordon a quien le temblaba el labio inferior.

Trató de controlarse y, al ver que no podía, salió de la sala furioso.

Mart se quedó sin saber qué hacer. Estaba pálido y muy nervioso.

—No tenía ni idea de todo eso —le dijo a Trixie—. De haber sabido lo importante que era para él, le habría hecho más caso. Puede que entonces no hubiera tenido que…

—¿Que haberte perjudicado de esa manera? —dijo Trixie—. Él no tenía por qué haberlo hecho. Eso es algo muy grave; no creo que las cosas deban quedar así.

Mart suspiró.

—No. Tendré que decírselo al profesor —dijo al fin.

—¿Quieres que te acompañe? —le preguntó Trixie.

—No, mejor iré yo solo —repuso Mart.

Trixie le entregó la cartera a modo de escudo, como si su hermano fuera a afrontar una dura batalla.

—Buena suerte. Te veré en el almuerzo —dijo despidiéndose de él.

Mart fue el último de los Bob-Whites en llegar a la cafetería a la hora del almuerzo. Trixie ya había informado del suceso a los demás, y todos le estaban esperando ansiosamente.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué ha pasado? —preguntó Trixie tan pronto como Mart se acomodó en su silla.

Él abrió una botella de leche y bebió un poco antes de responder.

—Gordon se declaró culpable delante del profesor. El señor Johns no se lo tomó muy mal. No expulsará a Gordon, pero va a ponerle a trabajar varias horas en un programa para una organización de actividades juveniles. Ya pensará en alguno después de la clase.

—Esa es una buena solución —dijo Honey—. Me refiero a que no le necesitamos para el programa del concurso, ¿no os parece?

—No, y no creo que vaya a interesarse por ese proyecto —dijo Mart—. ¿Sabéis? No se mostró arrepentido en ningún momento. En realidad, tiene metido entre ceja y ceja lo de que somos un grupo cerrado.

—¿Y tú crees que mucha gente pensará lo mismo? —preguntó Honey, dolida.

—No mucha, al menos eso creo yo —dijo Jim tranquilizándola —. Quizá la gente como Gordon, que tiene alguna frustración, y que necesitan echarle la culpa a alguien.

—La soledad es terrible —dijo Honey—. A veces puede hacerte imaginar cosas horrorosas. Yo, desgraciadamente, sé bastante de eso.

—Ojalá pudiéramos hacer algo por Gordon —dijo Di.

—Sí —le dijo Mart—. Pero ahora mismo no creo que vaya a aceptar ninguna ayuda de los Bob-Whites.

—No, seguro que no —añadió Dan.

—Bien; los problemas de Gordon no podemos solucionarlos, pero me alegro de que el tuyo ya esté resuelto, Mart —dijo Brian—. Ahora podremos dedicamos a los otros asuntos… Reddy, y el concurso.

—Ya veremos si podemos solucionarlos con la misma facilidad —dijo Jim.

Pero Trixie había estado pensando durante el almuerzo.

—Tal vez sí que podamos —dijo sin más.

Persiguiendo a un sospechoso • 12

—¿QUÉ HAS DICHO? —preguntó Brian.

—Yo… —empezó a decir Trixie, pero se calló al recordar el escepticismo con que sus hermanos solían acoger sus propuestas.

—Todavía quedan un par de cosas por hacer antes del concurso del sábado —dijo—. Honey y yo nos quedaremos después de las clases y nos ocuparemos de ello.

—¿A qué te refieres? —estuvo a punto de preguntarle Honey pero desistió al ver que Trixie le lanzaba una de sus miradas para que se callara—. Qué bien que te hayas acordado de esos detalles de los que estuvimos hablando anoche —dijo finalmente.

Sólo Jim observó la mirada cómplice que las dos chicas se cruzaron.

Jim sospecha que pasa algo —pensó Trixie—. *Si dice algo a Brian y a Mart, no van a dejar que nos separemos de ellos durante los próximos cuarenta días*.

Para su sorpresa, sin embargo, Jim no hizo alusión a sus sospechas, pero miró a Trixie fijamente como dándole a entender que él sabía que ocurría algo.

La campana de aviso sonó: había terminado la hora del almuerzo. Trixie se levantó enseguida y dijo:

—Te veré esta noche.

Los Bob-Whites tiraron a la basura los restos de sus almuerzos, recogieron sus libros, y se separaron para ir cada uno a sus respectivas clases.

Trixie y Honey sólo tuvieron un momento para hablar en el pasillo, después de marcharse los demás.

—Se trata de Reddy, ¿verdad? —preguntó Honey a su amiga—. ¿Vamos a seguir buscándolo esta tarde?

—Eso pienso —dijo Trixie—. Tengo que ir a clase —añadió—. Nos vemos en mi taquilla, al final de las clases.

La tarde transcurrió lentamente para Trixie. Por fin sonó la última campana, y fue corriendo a la taquilla. Ya había guardado los libros y se estaba poniendo el abrigo, cuando llegó Honey.

—¿Qué vamos a hacer? —preguntó Honey con ansiedad.

—Como dicen los detectives, vamos a seguir a un sospechoso, a «pisarle los talones».

—Entonces más vale que empieces diciéndome quién es el sospechoso.

Trixie vaciló un segundo. Naturalmente, tendría que decir a Honey de quién se trataba. Pero una vez que lo hiciera, no habría forma de echarse atrás. Se arriesgaría a que la tomara por una estúpida. O lo que es peor, quizá acusara a algún inocente.

Trixie dio un profundo suspiro y pronunció el nombre:

—Norma Nelson.

—¡Norma! —exclamó Honey llena de asombro—. ¿Y tú crees que es ella la que ha estado saboteando el concurso?

Trixie dijo rápidamente, en voz baja:

—Antes de decirme lo loca que estoy, piensa en ello un minuto. Norma tiene, exactamente, las mismas razones para sabotear el concurso que Gordon tenía para sabotear el programa de Mart. Eso fue lo que me hizo pensar en ella.

—Claro. Ella era la única que daba de comer a las aves de caza hasta que aparecimos nosotros, lo mismo que Gordon era el único experto en ordenadores —dijo Honey.

—Eso es —dijo Trixie—. Y existen otras coincidencias. Ella ha estado rondando la mesa de registros para el concurso igual que Gordon rondaba el ordenador de Mart. Ella no ha estado dándonos ningún consejo, por supuesto, pero tampoco nos ha quitado ojo.

—¿Entonces piensas que fue ella quien difundió el rumor, llamó a la emisora de radio y secuestró a Reddy? ¿Y todo para evitar que se celebre el concurso? —preguntó Honey, no muy convencida de que todo eso fuera cierto—. Parece lógico cuando lo explicas, pero no consigo imaginarme a Norma, que siempre se muestra tan discreta, haciendo todas esas cosas.

—Mart tampoco sospechaba que Gordon fuera a sabotearle el programa, y mira cómo acabó todo —dijo Trixie, sin disimular para nada la impaciencia que estaba sintiendo—. Si Norma es la culpable de todo, y nosotras no hacemos nada al respecto, podríamos llegar a disponer de un programa muy bueno, pero sin ningún concurso al que aplicarlo.

—Lo sé —dijo Honey, resignada—. Pero si la acusamos, y resulta que es inocente… Ay, Trixie, es una chica tan tímida… No sé si

sería capaz de soportar una cosa así.

—Si prefieres no venir, trataré de comprenderlo —dijo Trixie—. Pero yo lo voy a hacer. No puedo esperar ni un día más para averiguar si tengo razón respecto a Norma.

—Pues entonces vamos —dijo Honey resueltamente.

—¡Muy bien! Vete tú a la puerta lateral y yo vigilaré la principal.

Trixie salió por la puerta principal del colegio. Una vez allí, esperó en los escalones de fuera.

Pronto llegó Norma, y pasó a su lado. Con rapidez, Trixie fingió haber olvidado algo, llevándose la mano a la boca y buscando algo en su cartera. Luego salió corriendo hacia la puerta lateral.

—Ven —dijo a Honey.

Las dos volvieron rápidamente a la puerta principal. Todavía se veía a Norma.

—Se lo dirás con amabilidad, ¿no? —preguntó Honey—. Me da lástima de Norma.

—¿Y Bobby? —replicó Trixie—. ¿Él no te da pena?

—Sabes que sí —repuso Honey—. Pero, aun sabiendo que echa muchísimo de menos a Reddy, no creo que se encuentre tan solo como está Norma, no un día sino todos.

Fueron detrás de Norma varias manzanas. Cuando Norma, al fin, iba a meterse en una gran casa de ladrillo, Trixie y Honey apuraron el paso para alcanzarla.

—¡Norma! —gritó Trixie.

Norma se volvió y miró a las dos compañeras que se le acercaban sin hacer el menor gesto.

Trixie y Honey fueron corriendo hacia ella.

—Yo… yo quería preguntarte si has visto a mi perro —dijo Trixie—. Desapareció hace un par de días. Como tú pasas mucho tiempo en Glen Road, pensé que, a lo mejor, lo habías visto.

—Yo no sé nada de tu perro —respondió Norma bruscamente—. Además, a mí no me gustan los perros. Me producen alergia.

Justo en ese momento se oyó un fuerte ladrido en el interior de la casa de ladrillo rojo.

Trixie y Honey se volvieron al oír ese ruido, apartando su atención momentáneamente de Norma Nelson. Al volverse, vieron que se había puesto pálida. Su mirada inexpresiva se había teñido

de tristeza.

—Es él —dijo sollozando—, es tu perro. Perdona por habérmelo llevado. Lo siento, lo siento de verdad.

—¿Podemos entrar? —preguntó Honey con dulzura—. Tenemos que hablar, y hace demasiado frío para estar aquí afuera.

Norma asintió y aspiró profundamente, estremeciéndose. Las acompañó hasta la puerta de atrás y la abrió.

—¡Madre! —gritó—. Ha venido la dueña de Reddy.

—¡Por fin! —dijo la señora Nelson cuya voz era bastante agradable—. Está en el sótano. Baja tú misma.

Los ladridos de Reddy aumentaron mientras las chicas bajaban las escaleras. Al entrar, Reddy fue corriendo hacia Trixie, y se le echó encima poniendo las patas en los hombros.

—¡Abajo! —exclamó Trixie, y, cogiéndole por las patas, lo soltó en el aire.

Reddy entonces fue hacia Honey e hizo lo mismo pero, al ver que Honey también se lo quitaba de los hombros, se puso a correr por todo el sótano como si se hubiera vuelto loco de alegría.

Sólo Reddy tiene el poder de ponerme furiosa cuando estoy, al mismo tiempo, tan contenta de verlo —pensó Trixie sonriendo.

—He cuidado de él —dijo Norma—. Pero es fácil adivinar que es tuyo.

—Naturalmente —dijo Trixie—. ¡Es mi perro!

—Lamento habérmelo llevado —repitió muy compungida.

—¿Y qué hay de lo otro? —preguntó Trixie.

—También lo siento —dijo Norma.

—¿Y cuándo decidiste sabotear el concurso? —preguntó Honey.

—Yo no lo decidí —respondió ella—. Un día, durante el almuerzo, dos chicas estaban hablando sobre el concurso. Estaban comentando lo hermoso que era eso de salvar a las aves de caza y decían que iban a apuntar a sus animales. Eso me sacó de quicio, porque yo me he pasado todo mi tiempo libre dando de comer a los pajarillos, y cualquiera que las oyera pensaría que vosotros tenéis la patente. Entonces yo les dije: «¿Estáis seguras de que así es como van a gastarse el dinero?». Ellas me preguntaron qué quería decir. Yo dije: «¿No habéis visto lo elegantes que van siempre, con esas chaquetas? Y tienen dos coches. Me pregunto de dónde habrán sacado el dinero para todas esas cosas». Las chicas se quedaron muy sorprendidas. Una de las dos dijo: «Los Wheeler son ricos. Y he oído que Jim Frayne ha heredado una fortuna. No creo que necesiten el dinero del concurso». Y eso fue todo. Yo no dije ni una palabra más. Pero un par de días después, oí que unos chicos comentaban que el concurso era una tapadera para que los Bob-Whites sacaran dinero para comprarse coches y ropa. Me quedé de piedra —continuó Norma—. Ni se me pasó por la cabeza hacer correr un rumor así. Sólo había sido una simple tentación; de repente me habían entrado ganas de insultaros, de haceros daño. Y entonces me dediqué a extender la noticia por todo el colegio. Tuve una sensación extraña, como si fuera la primera vez que alguien me escuchara.

—Pero nosotros aclaramos las cosas abriendo la cuenta en el Banco —dijo Honey, con la intención de que Norma siguiera contando.

—Ya lo sé —dijo Norma—. No os resultó difícil hacer que la gente confiara de nuevo en vosotros. Pero yo seguía sin poder soportarlo. Un día ni siquiera fui a dar de comer a los pájaros. Me parecía que erais vosotros quienes debíais hacerlo; en mí nadie se fijaría pero darles de comer me gustaba tanto… No podía permitir que me quitarais lo único que tenía. Y entonces… entonces fue cuando llamé a la emisora de radio —dijo tragando saliva—. Pasé muchísimo miedo, pero tenía que hacerlo… estaba furiosa.

—Pues yo sigo sin entender por qué te pusiste así… ¿sólo porque queríamos salvar a las aves de caza, igual que tú? —dijo Trixie—. Tú sabes muy bien que necesitabas ayuda.

Trixie y Honey estaban desentrañando toda la intimidad de

Norma Nelson. Ya habían detectado anteriormente la tristeza, la amargura, y el miedo. Ahora fueron conscientes de su fracaso.

—Vosotras estáis tan acostumbradas a que todo el mundo os admire y os quiera. No tenéis ni idea de lo que es desear ser especial y ser incapaz de lograrlo.

—¡Vosotras no sabéis lo que es encontraros haciendo una cosa que consideráis importante, y entonces ver que otros vienen y lo hacen mejor hasta el punto de no querer seguir haciéndola!

Trixie dio un profundo suspiro. Sabía que era preciso mantener la calma, pero también que no iban a marcharse sin decirle a Norma unas cuantas cosas.

—Nosotros no hicimos nada para quitar mérito a tu trabajo, Norma. Sólo hicimos lo mismo que tú estabas intentando hacer… salvar a esos pájaros. Y hasta te buscamos, para que te unieras a nosotros, pero ni te paraste a escucharnos. Yo creo que lo que más rabia te dio fue ver que tu orgullo era más fuerte que tu amor a los pájaros. Escucha, Norma —siguió diciendo Trixie, ahora que ya se había lanzado—, antes has dicho que lo que no te gustaba de los Bob-Whites es que nunca pedimos ayuda. Pero yo diría que si hay alguien que tiene la culpa de eso eres tú.

—Ya veo adónde quieres ir a parar —dijo Norma tranquilamente —. Quizás debiera haber antepuesto la salvación de las aves a cualquier cosa. Puede que haya sido egoísta.

—Y el llevarte a mi perro ha sido lo peor de todo —dijo Trixie.

De pronto, los ojos de Norma se inundaron de lágrimas.

—Yo no quería llevármelo… no quería —gritó.

Trixie estaba tan indignada que estuvo a punto de insultarla pero trató de contenerse.

—Entonces, ¿por qué te lo llevaste? —le preguntó.

—Yo estaba en Glen Road, dando de comer a los pájaros, cuando Reddy vino corriendo hacia mí. Estaba suelto, y por allí no había nadie. Sabía que era tuyo; Tiene el nombre en el collar, y, además, lo he visto a veces contigo.

—Lo cogí por el collar y fui hacia tu casa, pero de pronto sentí un gran rencor. Pensé en lo mucho que me gustaría tener un perro, y en que mis padres no me dejan. En cambio tú, teniendo un perro tan lindo, ni siquiera lo cuidabas. Así que me lo traje a casa.

—Nosotros sí que lo cuidamos —se defendió Trixie—. Y sí que

había alguien por estaba mi hermanito. Te trajiste a tu casa su perro, y Bobby ha estado muy triste desde entonces.

—No lo sabía —dijo Norma.

Y antes de que Trixie le dijera nada, continuó diciendo:

—Ya sé que esa no es ninguna excusa. No debería haberme llevado a vuestro perro. Pero no pensaba quedármelo. Dije a mis padres que pondría una nota en el instituto. Iba a decirles que me había enterado de quiénes eran los dueños después de…

Norma se calló, pero Honey, instintivamente, terminó la frase.

—Después del concurso —dijo armándose de paciencia.

—Eso es. No podía acabar con el concurso, pero al menos impediría que lo ganara el perro de Trixie —dijo Norma—. Lo siento. Me alegro de que nada de eso me saliera bien. Al final no he llegado a haceros ningún daño, ¿verdad?

—Claro que no —dijo Honey, procurando consolar a Norma—. Otra cosa hubiera sido, si llegamos a presionar a Paul Gale sobre todo cuando pensamos que era…

Honey se llevó una mano a la boca. Había estado a punto de revelar el secreto.

Trixie apretó los labios también, como si de ese modo pudiera bloquear las palabras de Honey. Norma las miró, confundida, a una y a otra.

—¿Paul Gale? —repitió—. ¿No es ese hombre que da toda esa comida a los pobres? ¿Qué creíais que era?

Honey y Trixie se miraron sin saber qué decir.

Es un secreto —pensó Trixie—. *No podemos decírselo a nadie; lo malo es que ya se nos ha escapado que hay algo y…*

—Bueno —dijo Trixie con resignación—. Te lo diremos… Pero tienes que prometernos que no se lo dirás a nadie.

Norma sonrió amargamente.

—¿Y a quién se lo iba a decir? —preguntó.

¡Lo que hay que oír! ¡Qué sentido del humor! —pensó Trixie.

En pocas palabras, Trixie le contó lo de sus sospechas sobre Paul Gale, y sobre el caso que David Llewelyn llevaba entre manos.

Norma la escuchó con el mismo interés de un niño al que le cuentan un cuento de hadas. Cuando Trixie terminó de contárselo, Norma dijo en voz baja:

—Creo que tengo pruebas contra Paul Gale, que oí sin querer.

Trixie y Honey se quedaron de piedra.

—¿Pruebas? —le preguntó Trixie—. ¿Contra Paul Gale? Pero si él no saboteó el concurso… fuiste tú.

—Las pruebas no tienen nada que ver con el concurso —dijo Norma con impaciencia—. Más bien se refieren al tráfico de joyas, al dinero de la Fundación y a todo lo demás.

—¿Y dónde lo has oído? —preguntó Honey.

—En la Fundación contra el Hambre en el Mundo —dijo Norma —. Fui allí una tarde, para hablar con Paul Gale. A mí me fastidiaba la idea del concurso de animales, pero tampoco quería que la gente dejara de dar de comer a los pájaros. Fui y le pedí que no hiciese más comentarios sobre lo de gastar el dinero en los pájaros.

Trixie estaba inquieta, nerviosísima, mientras Norma hablaba.

—¡Pero si yo te vi! —exclamó—. Tú salías de la oficina de la Fundación justo cuando nosotras entrábamos.

Al ver la cara que estaba poniendo Honey, añadió dirigiéndose a ella:

—Iba a decírtelo, pero dobló la esquina y ya no tuve ocasión de comentártelo después.

—Tenía prisa —dijo Norma—, porque quería llegar a casa a tiempo para dar de comer a los pájaros.

—Y, por supuesto, no llegaste a hablar con Paul Gale, porque, si estuviste el mismo día que nosotras, Paul Gale no estaba —dijo Honey—. Sólo estaba su ayudante.

—Sí que estaba —dijo Norma—. Estaba en el cuarto de atrás, con su ayudante. Cuando entré en la oficina, no había nadie en la sala principal. La puerta del cuarto de atrás estaba abierta, así que me acerqué, pensando toser o hacer algún ruido para que supieran que estaba allí. Oí que hablaban dos personas, de modo que decidí esperar a que terminara esa conversación. Primero escuché la voz de un hombre que decía: «Desde luego hay un montón de palomos aquí en Sleepyside». Al principio pensé que hablaban de palomos de verdad. Ese comentario me sorprendió… me parecía raro que un forastero notara algo así en una ciudad. Pero ahora me parece que hablaba de…

—¡Palomos! —exclamó Trixie—. ¡Naturalmente! Así es como llaman los timadores a sus víctimas. ¡Se refería a toda la gente de Sleepyside que está dando dinero a esa Fundación falsa!

Norma continuó, sin hacer caso de las palabras de Trixie.

—Luego, una voz de mujer contestó diciendo: «Bueno, no será comida de palomos lo que te vas a llevar a Tailandia el mes que viene». Yo creí que decía que iban a llevar alimentos para la gente, no para pájaros, porque como en la tele se había metido con eso de dar de comer a las aves de caza…

—Pero, claro, los timadores, cuando hablan de un montón de dinero, dicen «comida de palomos» —dijo Trixie.

Al darse cuenta de que había vuelto a interrumpida, hizo ademán de disculparse.

—Luego —prosiguió Norma— el hombre dijo: «Si, pero volveré con sacos y sacos de hielo». Eso no lo llegué a entender, porque siempre había creído que en Tailandia hacía calor. De modo que eso de importar hielo no tenía sentido. Además, con lo fácil que es fabricar hielo, no me imaginaba que nadie pudiera importarlo, y…

—¡Hielo! ¡Joyas! —gritó Trixie, interrumpiéndola de nuevo—. ¡Estaba admitiendo que traería joyas de Tailandia, joyas que iba a comprar con el dinero de la Fundación!

Una prueba de hielo • 13

—HAY QUE CONTARLE todo esto a David Llewelyn —le dijo Trixie a Norma—. ¿Tienes teléfono aquí abajo?

En cuanto Norma señaló el teléfono, Trixie se puso en pie de un salto. Reddy, que había estado esperando muy tranquilito, fue tras ella.

A los pocos segundos, Trixie volvió.

—David Llewelyn no está —dijo—. Le he dejado un aviso. ¡Estoy deseando contárselo!

—Pues entonces no esperaremos más —dijo Honey—. Apuesto a que lo encontramos por la oficina de la Fundación.

—Es una buena idea si no fuera porque no podemos llevarlo al centro de la ciudad —dijo refiriéndose a Reddy—. Nos delataría a nosotras y a David Llewelyn.

—Vale, podemos hacer una cosa —continuó Trixie—. Yo me llevo a Reddy; vosotras dos podéis ir a contarle todo a David Llewelyn. ¿De acuerdo?

Las tres chicas se separaron a un par de manzanas de la escuela; Honey y Norma se fueron al centro. Trixie siguió andando deprisa, con Reddy haciendo travesuras a su lado.

—Bobby se va a poner más contento que unas pascuas cuando te vea —dijo al setter irlandés.

Lo de perderse la reunión no le hacía ninguna gracia.

Pero estaré allí para darle la buena nueva a David Llewelyn —pensó —. *Y eso será también muy emocionante*.

Al llegar al colegio, ató a Reddy al mango de la portezuela de la furgoneta de los Bob-Whites y luego entró corriendo en busca de los chicos.

Brian y Jim casi habían terminado.

—Venid conmigo. Enseguida. Por lo menos, uno —les dijo.

Brian y Jim la miraron; luego se miraron el uno al otro. Jim se metió el dinero que habían conseguido en el bolsillo de la camisa, mientras Brian recogía los abrigos que habían dejado en el suelo.

Cuando vio que estaban listos, Trixie volvió al aparcamiento. Reddy seguía atado a la furgoneta, pero al ver a Trixie se soltó

como pudo y fue corriendo hacia ella. Después, al ver a Jim y a Brian, acudió a recibirlos con gran alboroto.

—¿Dónde estaba? —preguntó Brian.

Estaba claro como el agua que le daba tanta alegría ver a su perro que no iba a escuchar la respuesta. Jim, en cambio, miró a Trixie con interés.

—Pues apareció… sin más —dijo disimulando.

—Entonces —dijo Brian—, tus sospechas han resultado carecer de fundamento.

—¿Cómo dices? —empezó a decir Trixie, arrepintiéndose de no haber dicho la verdad ya que parecía como si Brian hubiera adivinado algo.

Después se dio cuenta de que no le había entendido bien. Mart no había hablado de Fundación sino de fundamento.

La mirada de Jim se había tornado más suspicaz. Trixie sintió unas ganas tremendas de salir corriendo; temía que le leyeran el pensamiento.

No tengo tiempo para andar explicando todo lo que ha ocurrido —pensó—. *Me llevaría demasiado tiempo, y me sería imposible alcanzar a Honey y a Norma.*

—Bueno, escuchad —dijo en voz alta—. Yo sólo pasé por aquí para dejaros al perro. Ahora tengo que ver a Honey. Está en el centro, muy ocupada. Es una sorpresa, así que no puedo contaros nada; sólo puedo deciros que está relacionado con el concurso.

Lo cual es verdad —pensó—. *¿O es que no fue el sabotaje al concurso lo que nos llevó hasta Paul Gale y David Llewelyn?*

—Volveremos a casa en el segundo autobús —añadió—. No hace falta que nos esperéis.

Se volvió, y caminó aparentando tanta tranquilidad como pudo, alejándose del colegio. Pero cuando llegó adonde ya no podían verla, echó a correr. El aire helado le hacía daño en los pulmones, pero tenía demasiadas ganas de encontrarse con Norma y Honey como para dejar de correr.

No había nadie en la manzana en la que estaba situada la oficina de la Fundación contra el Hambre en el Mundo.

Tuvo un presentimiento; fue al cafetín, y allí los encontró a los tres.

Norma acababa de comunicarle a David Llewelyn lo que sabían

sobre Paul Gale.

—La mujer se echó a reír cuando oyó a Paul Gale hacer ese comentario sobre el hielo —concluyó Norma—. Luego salió del cuarto de atrás. Pareció sorprendida al verme. Al decirle que quería hablar con Paul Gale, me dijo que él no estaba y que fuera en otra ocasión. Y yo, naturalmente, me marché.

—Eso es una prueba, ¿no? —preguntó Trixie, muy nerviosa.

—A mí me sobra con eso —dijo David Llewelyn.

—¿Y a un juez no? —preguntó Trixie.

—Desgraciadamente, no —afirmó David Llewelyn—. Cualquier abogaducho invalidaría la prueba en un santiamén.

—Entonces no ha servido de nada mi ayuda, ¿verdad? —dijo Norma, desanimada.

—¿Por qué no le colocamos un micro a ella? —sugirió Trixie—. Conmigo salió mal porque yo estaba buscando que confesara algo que no había hecho. Pero Norma podría utilizar sus mismas palabras contra él, y eso resultaría bastante más efectivo.

—Y muchísimo más peligroso —dijo el investigador.

—Si lo hago, ¿hay alguna posibilidad de conseguir pruebas definitivas contra Paul Gale? —preguntó Norma.

—Hay una posibilidad —le dijo David Llewelyn.

—Entonces lo haré —dijo ella.

Trixie observó a Norma con admiración.

Es muy valiente. Supongo que ya hacía falta tener coraje, para salir, como ella hacía, en medio de todo ese frío a dar de comer a los pájaros. Pero esto es distinto.

—¿Quieres que te acompañemos, Norma? —preguntó Honey.

—Ay, ¿lo dices en serio? —contestó ella inmediatamente.

—Claro que sí —dijo Trixie.

David Llewelyn sacó el micrófono de un bolsillo. No había lugar donde esconderlo, ni en la blusa, ni en el chaleco de Norma, por lo que optó por ponerlo en el gancho de su abrigo, donde el pelo lo mantenía oculto. Volvió a explicar que él grabaría la conversación.

—Tiradle de la lengua hasta que estéis completamente seguras de que tenéis la prueba —dijo—. Si nos precipitamos, lo perderemos todo; nos lo estamos jugando todo a una carta Norma asintió solemnemente.

—Y acordaos de que tampoco quiero que corráis ningún peligro —dijo—. Antes prefiero perder a Paul Gale que a vosotras. ¿Comprendido?

Norma tragó saliva y asintió.

David Llewelyn y las tres chicas salieron del cafetín. El investigador se alejó, mientras que Trixie, Honey y Norma se encaminaron hacia la oficina de la Fundación.

La ayudante, una vez más, estaba sola en la sala principal.

—Me gustaría hablar con Paul Gale —dijo Norma.

—No está —dijo la mujer abruptamente.

—¿Tampoco está en el cuarto de atrás? —preguntó Norma—. Esto es importante. Se trata de «comida para pájaros» —dijo subiendo el tono de voz de modo que pudiera oírse desde detrás de

la puerta cerrada del cuarto trasero.

La ayudante de Paul Gale se puso algo nerviosa.

—Bueno, yo… voy a ver si no está ocupado —dijo.

Y se metió en el cuarto de atrás, cerrando la puerta inmediatamente. Las chicas escucharon el rumor de una conversación rápida, pero no lograron entender ni una palabra. A los pocos minutos, volvió la ayudante.

—El señor Gale os va a recibir —dijo, abriéndoles la puerta.

El cuarto de atrás era cómodo, pero sin lujos. Había un enorme escritorio con una silla giratoria, un sofá y una butaca, además de un archivador y una estantería con todos los libros desordenados. Al entrar, Paul Gale se levantó de la silla giratoria.

—¿Por qué no os quitáis el abrigo y os ponéis cómodas? —dijo, señalándoles el sofá y la butaca.

Norma lanzó una mirada atónita a Honey y a Trixie. Lo último que debía hacer ella era quitarse el abrigo, ya que era allí donde tenía escondido el micro.

—Vamos, vamos —dijo Paul Gale—. Si no lo hacéis, cogeréis frío al salir a la calle.

No hay más remedio —pensó Trixie—. *O nos quitamos el abrigo y nos sentamos, o nos negamos a hacerlo y tenemos que largarnos. Mientras los abrigos no salgan de este cuarto, el micro podrá grabarlo todo, me imagino*.

Entonces se desabrochó el suyo y lo dejó descuidadamente en el brazo de la butaca.

Norma y Honey hicieron lo mismo. Entonces apareció la ayudante, recogió los abrigos y volvió a la sala principal, tras haber cerrado la puerta.

¡Oh, no! —pensó Trixie—. *Ahora el señor Llewelyn no podrá grabar la conversación. Bueno, por lo menos ya somos tres para testificar en el juicio, asique es posible que el micro no sea tan importante. Sólo espero que el señor Llewelyn no se asuste y entre a rescatarnos*.

—Y ahora —dijo Paul Gale—, ¿qué es lo que queríais?

—Yo… yo quería hablar con usted —dijo Norma—. Quería saber algo más del «hielo» que trae del Lejano Oriente.

Paul Gale sonrió con malicia.

—No sé de qué me estás hablando. ¿Te refieres al heno? Hay

países del Lejano Oriente que sí exportan heno, aunque deberían guardárselo para alimentar a su ganado que, por cierto, es bien escaso.

—Hielo —insistió Trixie. No tenía tiempo como para andarse con chiquitas. Había que conseguir la prueba antes de que David Llewelyn llegara—. Hielo… o sea, joyas obtenidas con el dinero que usted dice que destina para comprar comida a los pobres.

La sonrisa de Paul Gale fue desdibujándose, al entender que la circunstancia no daba lugar para ningún malentendido.

—¿Quién os ha enviado? ¿Quién me acusa? —dijo en tono amenazador.

—Yo solita lo averigüé —dijo Norma con orgullo.

Paul Gale hizo una pausa, para reflexionar.

—Tenéis razón —dijo finalmente—. Es verdad; utilizo el dinero de la Fundación para comprar joyas. Pero no empecé así, os lo aseguro. Al principio, todo el dinero iba a los pobres.

—Entonces, en uno de los viajes, alguien me ofreció un rubí grandísimo, precioso. El precio era ridículo. Yo pensé en traerlo aquí, venderlo, y obtener más dinero para comprar comida —continuó—. Pero una vez que tuve el dinero en mi poder, me pareció razonable quedarme con una parte de los beneficios, y dar el resto a la Fundación. Me gustaba tener un poco de dinero para mí, después de pasar todos esos años dándolo todo.

Paul Gale no las estaba mirando mientras hablaba. Miraba a la pared, pero era fácil saber que estaba refiriendo fielmente su pasado.

—En el viaje siguiente, el mismo hombre me ofreció dos rubíes. Por supuesto, me pidió el doble de dinero. Yo iba a comprarlos con mi dinero, pero terminé utilizando el de la Fundación. Esa vez no devolví nada. Y así es como empecé. A partir de ahí, la cosa fue creciendo. Era como un juego, y yo no podía dejar de jugar. Ya ni siquiera vendo las joyas. Tampoco me hace falta el dinero. Las miro, eso es todo. Son hermosas. ¿Habéis visto alguna vez un rubí, un diamante…? —concluyó levantando la vista.

Las tres lo negaron.

—¿Os gustaría? Tengo unas pocas en el camión. Os daré algunas, si prometéis dejarme en paz y largaros de aquí.

Trixie estuvo a punto de estallar al oír que Paul Gale intentaba

sobornarlas. Entonces, rápidamente, aprovechó la oferta para jugar con ventaja.

Si llegamos a ver las joyas, el caso estará más que resuelto —pensó.

—Trato hecho —dijo Norma.

Debe de haber estado pensando lo mismo que yo —pensó Trixie.

En ese momento, un gesto de Honey, apenas perceptible, indicó que las tres estaban de acuerdo.

Paul Gale se puso de pie.

—Vamos, pues. La caravana está ahí detrás; no necesitaréis los abrigos.

Abrió la puerta, y Trixie vio un camión con un remolque blanco. Paul Gale abrió la puerta del remolque, y las chicas salieron afuera; el viento helado les azotó la cara.

Dentro del remolque estaba oscuro. Trixie se volvió y vio el perfil delgado de Paul Gale recortado por el marco de la portezuela abierta.

—¿Queréis ver joyas? —dijo burlándose—. Bueno, pues ahí dentro las tenéis. Y os voy a dar todo el tiempo del mundo para encontrarlas. Por lo menos todo el tiempo que os queda de permanecer en este mundo.

Inmediatamente salió del remolque, cerrando la puerta.

Una completa oscuridad se hizo en el interior del remolque. Trixie saltó hacia la puerta.

—¡Está cerrada! —exclamó.

—¡Y tampoco hay modo de abrir las ventanillas! —gritó Honey.

De pronto, sintieron frío. El aire helado les traspasaba hasta los huesos, a pesar de sus ropas.

—Nos ha dejado aquí, para que nos muramos de frío —dijo Norma en voz baja.

Trixie procuró tranquilizar a sus amigas.

—Alguien vendrá a rescatarnos —dijo muy convencida.

Pero en ese mismo instante oyeron que se cerraba la puerta de la cabina del camión, y que alguien ponía en marcha el motor.

¿Y ahora qué? —pensó Trixie, con cierto miedo.

El camión salió del callejón. Trixie intentó saber por dónde iba, siguiendo mentalmente las curvas. Pero no era capaz de pensar nada más que en el frío que se estaba apoderando de ella.

—Vamos a dar patadas al suelo y palmadas —aconsejó a las

otras dos.

—¡Qué dolor! —exclamó Norma después de intentarlo.

—Más te dolería de no hacerlo —le dijo Trixie.

La advertencia fue suficiente para que se dedicaran a ese ejercicio durante unos minutos. Pero una parada del camión las interrumpió. Apagaron el motor, y se abrió la puerta de la cabina, y luego oyeron cómo se cerraba otra vez y cómo se ponía otro motor en marcha después de cerrarse una portezuela. Después todo quedó en silencio.

El miedo se apoderó de ellas. Hacía un frío terrible allí dentro y, lo que es peor, parecía que todo estaba perdido.

—Hay que seguir moviéndose —dijo Trixie.

Y se puso a hacer ejercicios de brazos y piernas. Honey y Norma la imitaron.

—Ya no aguanto más —dijo Honey.

—Pues yo me caigo de sueño —dijo Norma, dejando caer los brazos.

—No te duermas —advirtió Trixie—. Así es como la gente se muere de frío. Hay que seguir charlando.

—¿Y de qué vamos a hablar? —preguntó Honey.

—Del verano —dijo Trixie—. Pensad en el sol, imaginaos yendo en bici, en las parrilladas junto al estanque.

Pero no pudo decir más. Se le hizo un nudo en la garganta al recordar ciertos momentos de su vida.

Entristecerme no va a servir de nada —pensó.

—Recordar algunas de nuestras aventuras —dijo Honey—. Así no se nos helará la sangre. ¿Te acuerdas cuando nos fuimos en aquella caravana roja en busca de mi hermano Jim?

Trixie lo recordó, feliz, y ella y Honey contaron la aventura a Norma. Al acabar, sin embargo, no escucharon ninguna opinión de Norma.

—¿Norma? —dijo Trixie.

—Dejadme… tengo sueño —fueron sus últimas palabras.

Trixie oyó cómo Honey bostezaba, y ella misma no pudo reprimir el bostezo, como si se hubiera contagiado de sus compañeras.

—No podemos… no debemos… dormimos… —murmuró Trixie.

Mientras hablaba, sentía como si estuviera cayendo… cayendo

por el espacio hacia un lugar cálido y oscuro.

Entonces tuvo un sueño. Era por la mañana, y estaba en la cama, en casa. Debía de ser muy pequeña en ese sueño, según vio, porque alguien le estaba lavando la cara, igual que ella hacía a veces con Bobby. Al parecer, se había ensuciado, porque alguien estaba enfadadísimo con ella, y repetía su nombre una y otra vez… «Trixie, Trixie, Trixie». Al mismo tiempo, sentía una tela áspera en la cara.

Trixie se esforzó por abrir los ojos. Esperaba ver las paredes de su dormitorio, pero no fue así. Esperaba ver el rostro de su madre, pero tampoco apareció. En lugar de eso, vio…

—¡Reddy! —gritó Trixie. Apartó al perro, que seguía lamiéndole. Se sentó; miró a su alrededor. La puerta del remolque estaba abierta, y la luz del ocaso entraba a raudales. Vio cómo Honey se incorporaba torpemente ante la insistencia de su hermano Jim. Brian Belden sacudía, entre tanto, a Norma, tratando de que volviera en sí.

Alguien se había quedado en la puerta. Trixie iba a gritar, al recordar a Paul Gale en ese mismo lugar. Pero la voz, afortunadamente, era la de David Llewelyn.

—Me alegro de ver que estáis bien —dijo—, aunque, desde luego, no es gracias a mí.

¡Menudo éxito! • 14

TRIXIE sólo recordaba vagamente que la sacaron del remolque y la metieron en un auto que estaba esperando. Mucho después, según le pareció, la volvieron a sacar del coche. En esta ocasión sí que terminó en su dormitorio.

Cuando se despertó, ya era de día. Al abrir los ojos vio a Bobby que estaba junto a ella, muy preocupado.

—¡Está despierta! —gritó sin apartarse—. ¡Trixie se ha despertado! Estás despierta, ¿verdad, Trixie?

Trixie cerró los ojos, como para apartar de sí la voz excesiva de su hermanito.

—Estoy despierta —dijo con una sonrisa.

—Yo sólo quería que te despertaras porque quería darte las gracias por encontrar a Reddy —dijo Bobby.

—En realidad, es Trixie la que debería agradecer a Reddy el haberla encontrado —dijo Brian Belden desde la puerta.

Trixie miró a su hermano; en ese momento apareció Mart.

—¿Qué ha pasado? —preguntó ella.

—Bien, en primer lugar —dijo Brian, entrando y sentándose—, Jim se olía que había algo raro en ese paseíto vuestro. Dijiste algo de la Fundación que no estaba muy claro. Sugirió que parásemos en la oficina cuando íbamos a casa. Al llegar allí, las luces estaban encendidas, pero la puerta estaba cerrada.

—La ayudante de Paul Gale debió cerrar para poder seguir al camión con el coche y recogerle al parar —dijo Trixie.

—Probablemente —opinó Brian—. Pero nosotros no teníamos ni idea de eso, claro, así que tuvimos que marcharnos sin más. Fue entonces cuando llegó Reddy. Se nos escapó y se metió corriendo en el callejón, justo a tiempo para ver salir el camión de Paul Gale y un sedán marrón que conducía su ayudante.

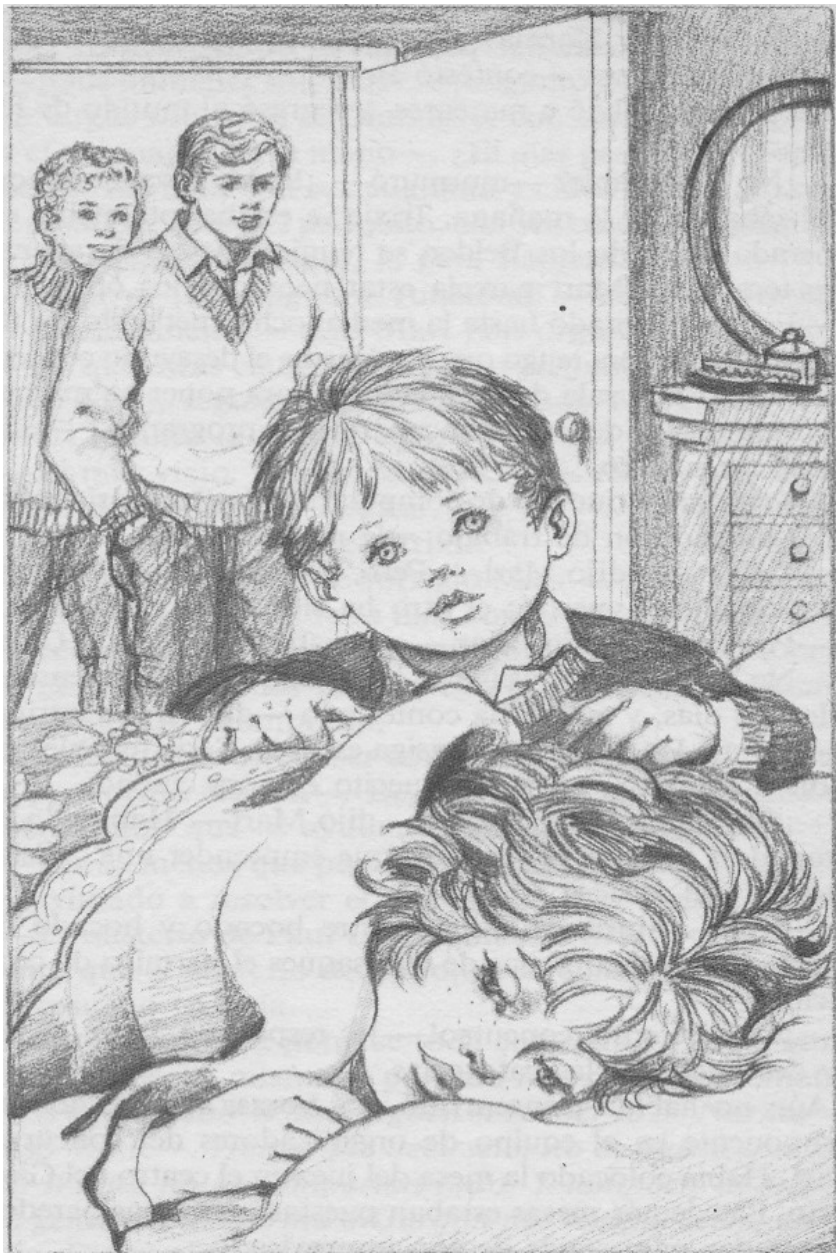
—No nos paramos a pensar en ello, pese a que Reddy estaba como loco. Pero al volver a la acera, apareció el señor Llewelyn. Se había puesto nervioso al ver que la puerta principal estaba cerrada con llave.

—Entonces hablamos cada uno de lo que sospechábamos. El

señor Llewelyn nos dijo lo del micro. Había oído a Paul Gale que os quitarais los abrigos, así que no confiaba en poder sacar nada en claro de la conversación. Decidió daros un poco de tiempo antes de entrar a buscaros. Entonces nos imaginamos que os habría metido en el remolque del camión.

—Pues sí que os costó encontrarnos —dijo Trixie, todavía algo nerviosa.

—Y más nos habría costado de no haber contado con una buena descripción del vehículo —dijo Brian—. Esta vez os habéis librado por los pelos, Trix.



Trixie se estremeció.

—¿Y Honey y Norma? ¿Están bien? —preguntó.

—Perfectamente —contestó Brian.

De pronto, volvió a marearse, y regresó al mundo de los sueños.

—¿No es increíble? —murmuró—. ¡Reddy rescatándonos!

El sábado por la mañana, Trixie ya estaba totalmente recuperada. Cuando los Belden se reunieron para desayunar bien temprano, Mart parecía estar peor que los otros.

—Estuve levantado hasta la medianoche, metiendo los últimos datos. Ahora tengo que engullirme el desayuno corriendo, y volver a la sala de ordenadores para poner en marcha el programa. ¡Y después se acabaron los programas! —dijo dando un suspiro.

—Yo pensaba que eso de computarizar las categorías ahorraba un montón de trabajo —le recordó Trixie.

—Y así era —dijo Mart—. Pero, por desgracia, el trabajo reducido fue el vuestro; el otro ha sido todo mío.

—Por cierto —dijo Brian—, ¿se sabe algo de Paul Gale?

—No. A David Llewelyn le he estado dejando mensajes todos los días, y no me ha contestado —dijo Trixie intrigada—. Ojalá Paul Gale no consiga escapar. Sería terrible que pudiera empezar con su jueguecito en otra ciudad.

—¡Qué idea tan espantosa! —dijo Mart—. Hablando de escapadas, Brian y yo tenemos que emprender una. ¿Estás listo, mi fiel auriga?

—Listo —murmuró Brian, entre bocado y bocado de crêpes—. ¡Ya tengo ganas de que saques el permiso de conducir!

—¡Os veré en el concurso! —les respondió Trixie—. Estoy deseando ver las categorías.

Aún no habían transcurrido dos horas; sólo faltaba un componente en el equipo de organizadores del concurso: Mart. Había colocado la mesa del juez en el centro del Gimnasio. Las demás mesas estaban puestas contra las paredes, preparadas para servir de zoo improvisado.

—Ahora todo lo que necesitamos son animales —dijo Trixie, contemplando la sala con satisfacción.

—¿Qué animales son esos? —preguntó Mart, atravesando a largas zancadas el Gimnasio, con una hoja impresa por el ordenador en la mano—. ¿El más pesado… Clancy, el pastor alemán, con sus

cuarenta y cinco kilos? ¿El menos pesado… Percy, el periquito, con sus cincuenta gramos? ¿El más listo… Samanta, la gata siamesa?

—¡Hurra! ¡El programa funciona! —exclamó Trixie.

—Naturalmente —dijo Mart con orgullo.

—¿Y qué otras categorías hay? —preguntó Di, acercándose a Mart, seguida por los otros Bob-Whites.

Mart levantó la hoja y leyó:

—El más viejo. El más joven. El más raro… una cacatúa. El de orejas más largas…

—¿Un conejo? —tanteó Trixie.

—Un perro basset —le corrigió Mart—. Al conejo tuvo que darle el premio al rabo más corto, para compensar la infracción de Barney, sobre la categoría natural de Mopsy.

—¿Entonces tienes una categoría para cada animal? —exclamó Di, asombrada.

—Qué divertido va a ser con tantos animales alrededor —dijo Norma Nelson—. De verdad que os agradezco el haber dejado que os ayudara a montar todo esto.

—Era lo menos que podíamos hacer, después de habernos ayudado a resolver el misterio —dijo Trixie.

—El misterio de Paul Gale —añadió Mart—. Tened en cuenta que el misterio del sabotaje al concurso no lo habéis resuelto todavía.

Norma empezó a ponerse toda colorada, y Trixie también vio que ella misma se pondría roja como un tomate.

Los demás Bob-Whites siguen sin saber lo de Norma —pensó Trixie —. Habrá que decírselo; no es bueno que los Bob-Whites no lo compartan todo. Y tampoco es bueno que gente como Norma o Gordon nos tengan celos, o envidia. Eso es algo que tendremos que arreglar entre todos. Pero lo primero es el concurso. Nada… ni siquiera la solución de un misterio… debe distraerme de eso.

Como de costumbre, Honey acudió en su ayuda al decir:

—Tú mismo dijiste que no había sido para tanto, Brian. ¿Qué más da que no cojamos al culpable?

—Ah, no, si que lo hemos cogido —dijo una voz.

Los Bob-Whites y Norma Nelson se volvieron; era David Llewelyn.

—Me figuro que estabais hablando de Paul Gale —dijo—. Por

fin lo hemos encontrado. Nos llevó tres días, pero él y su ayudante están entre rejas.

—No estábamos hablando de Paul Gale, pero esas son, desde luego, buenas noticias —dijo Trixie.

Por el agotamiento que se le apreciaba a David Llewelyn, Trixie le perdonó de inmediato que no hubiera contestado a sus mensajes.

Apuesto a que no ha dormido desde que nos sacó de aquel remolque —pensó.

—Ahora me voy a casa, a descansar —dijo David Llewelyn—. Sólo me pasé para aclarar el asunto de la recompensa.

—¿Recompensa? —preguntó Trixie.

—Mil dólares, por darnos la información necesaria para detener a los autores de un delito a gran escala, contra el pueblo —dijo David Llewelyn—. ¿Os lo vais a repartir a partes iguales vosotras tres?

—Ah, no —dijo Trixie—. El dinero es de Norma; ella fue la que consiguió las pruebas.

—En efecto —dijo Honey.

Todos se volvieron, por ver la reacción de Norma. Ella se quedó mirándolos, sin habla.

—Con eso podrás comprar un montón de comida para pájaros —dijo David Llewelyn.

Entonces, a Norma le brillaron los ojos.

—¡Ah, y tanto! ¿En serio podría gastármelo en eso? —preguntó a Trixie y a Honey.

—Es tu dinero —le dijo Trixie.

Norma vaciló un segundo.

—Yo creo que deberíamos dar la mitad a alguna fundación de verdad contra el hambre —dijo.

—Eso sería estupendo —exclamó Honey.

—Sí —dijo Trixie—. De hecho, para lo próximo que organicemos los Bob-Whites, podríamos…

A Trixie le interrumpió la llegada de los primeros asistentes y participantes del concurso. A estos siguieron otros, y otros, y otros más… Pronto todo el mundo había tomado asiento y estaba listo para empezar.

—Ahora todo depende del doctor Chang y de los animales —dijo Trixie, mientras ella, Honey y Norma buscaban un sitio en las

gradas.

El doctor Chang y los animales formaban un equipo ideal. De uno en uno, el doctor Chang fue exhibiendo a los animales, frente a la mesa del juez. A Trixie le asombró lo mucho que sabía sobre cada especie. Tenía un comentario adecuado sobre la práctica totalidad de los concursantes; que si la forma de la cabeza era la correcta, que si el color de los ojos era excepcional, que si era muy grande o muy pequeño para su especie…

Todos aplaudieron las diabluras de los animales, que contribuyeron a animar el concurso. Reddy, con Bobby Belden, fue el que hizo reír más. Al decir su nombre, Bobby fue hacia el centro del Gimnasio con toda la dignidad que pudo… pero su perro se fue en dirección contraria. Como el perro era más grande que el niño, la tozudez de Reddy venció, y el perro se llevó a su amo adonde quiso.

Sólo la paciencia y las insistentes llamadas del doctor Chang permitieron que Reddy acudiera a la mesa del juez, finalmente.

—¡Oh, no! —se lamentó Trixie, hundiéndose en su silla, avergonzada—. ¿Por qué dejaríamos que Reddy participara en el concurso?

—Es encantador —repuso Honey—, y tú lo sabes.

—Sí que lo es —dijo Norma— apuesto a que con dos semanas de entrenamiento lo hacíais campeón.

Trixie y Honey se quedaron mirándola un momento. Luego se echaron a reír.

Norma se sonrojó.

—Ah… hablabais de Bobby —dijo mirando al suelo.

Trixie trató de combatir su risa incontrolable.

Se va a creer que nos estamos burlando de ella. ¿Cómo va a saber que enviar a Bobby a una escuela de obediencia suena tan lógico y tan inútil a la vez?

Entonces, Norma se puso a sacudir los hombros ligeramente. Un ruidito se le escapó. El ruidito se convirtió en risitas, y la risitas dieron paso a las carcajadas.

Las risas de Norma contagiaron de nuevo a Honey y a Trixie, y enseguida se las vio a las tres balanceándose hacia adelante y hacia atrás en las gradas, dándose palmadas en las rodillas.

Sus risas iban decayendo cuando el doctor Chang terminó su examen de Reddy y dijo a Bobby que lo llevara a su sitio. Al ver al perro y al chavalín marcharse, otra vez, en direcciones contrarias, la fuerza de sus risas se renovó. A esas alturas, todo el público estaba partido de risa, y las chicas no tenían que preocuparse por reprimir sus carcajadas.

Poco después de que le tocase el turno a Reddy, el doctor Chang acabó de emitir su juicio sobre los animales. Entonces hubo un descanso, y se invitó al público a votar al animal favorito, mientras él tomaba sus decisiones.

El señor y la señora Belden se abrieron paso entre la multitud para felicitar a los Bob-Whites por su éxito.

—¿Os imagináis? —dijo Trixie, lanzando un suspiro cuando sus padres se marcharon—. Dentro de unos minutos todo habrá terminado.

—Sí —dijo Mart, lanzando un suspiro que pretendía ser una burla de su hermana—. ¿Verdad que es una pena? Ya no tendré que tirarme de los pelos por culpa del quisquilloso de mi ordenador, ni tendré que oír nada de tus extrañas teorías sobre los sabotajes del concurso, ni…

—¡Exacto! ¡Sobre eso, ni una palabra más! —se apresuró a decir

Trixie, mirando a Norma.

—En realidad, esto no acaba aquí —dijo Brian—. Ya habíamos recogido más de doscientos dólares con las entradas. Y hoy lo más probable es que hayamos doblado esa cantidad. Con eso tendremos para comprar un montón de maíz machacado, y eso significa que las aves de caza no pasarán hambre en las próximas semanas.

La conversación se vio interrumpida por el doctor Chang, que hizo que cada cual volviera a su asiento.

—Me ha resultado muy difícil juzgar esto —dijo—, porque cada uno de los animales que me habéis traído es excepcional. Espero haber llegado a conclusiones que estiméis justas.

Y, tras ese breve discurso, empezó a anunciar los premios. La lista impresa de Mart le sirvió para la mayoría. El más grande, el más pequeño, el de las orejas más largas, el de la cola más corta, el de más o menos pelo… uno por uno, el doctor Chang fue entregando a cada animal una alegre cinta púrpura. El público animaba, y todos (tanto dueños como animales) parecían orgullosos y contentos.

Los Bob-Whites y Norma lanzaron vítores especialmente fuertes cuando el doctor Chang anunció el campeón del público. ¡Naturalmente, el vencedor había sido Reddy!

Acabado el concurso, cuando ya la gente iba saliendo del Gimnasio, Bobby fue corriendo hacia su hermana mientras Reddy iba dando brincos a su lado.

Bobby sostuvo en alto el trofeo, para que Trixie lo viera.

—¡Hemos ganado! —exclamó—. ¡Hemos ganado el concurso!

—Por supuesto —dijo Trixie, arrodillándose para darle un abrazo. Lanzó una mirada a Norma, y otra a sus amigos—. ¿Acaso no lo sabías? ¡En este concurso, todos ganan!

KATHRYN KENNY es el seudónimo que utilizaban varios escritores de la empresa Western Publishing para escribir algunos libros de la saga Trixie Belden.

Notas

[*] (N. del T.) The Mall, que se ha traducido por mercado, es una especie de enorme edificio donde hay toda clase de tiendas, restaurantes, hamburgueserías, bares, etcétera. < <

[**] (N. del T.) Reddy significa «rojo». < <

[***] (N. del T.) Patch significa «mancha». < <